

**RECOGIENDO PIEDRAS: MEMORIAS ESTUDIANTILES
DE LA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, 1996–2006**

Pompilio Peña Montoya

Trabajo de investigación
presentado para obtener el
Título de Magíster en Periodismo

Asesor
Julio César Orozco Ospina
Magíster en Filosofía

Línea de investigación Periodismo y
Memoria Histórica

Universidad de Antioquia
Facultad de Comunicaciones y Filología
Maestría en Periodismo
Medellín, Antioquia, Colombia
2023

*Dedicado a aquellos líderes estudiantiles, egresados y exestudiantes
de la UdeA que sintieron el dolor y el miedo
que produce la amenaza paramilitar.*

*Gradezco profundamente a mi asesor Julio César,
quien supo señalarme un camino.*

A mi gato, Nieve.

Tabla de contenido

Resumen	5
Capítulo 1	
1- Pistas para desamordazar la memoria con el periodismo	6
1.1- Los tentáculos de la violencia política	7
1.2- El testimonio de las víctimas para evaluar el pasado	12
1.3- Divergencias entre memoria (histórica) e historia	18
1.4- Habitar el miedo	24
1.5- Olvidos y silencios	29
1.6- ¿Y las víctimas en el cubrimiento periodístico?	31
1.7- Pista para cambiar el chip hacia la memoria	36
1.8- Periodismo narrativo, vehículo de la memoria	38
1.9- El periodismo narrativo Vs periodismo informativo	41
1.10- Periodismo para la memoria	43
1.11- Pistas para narrar la memoria y sus silencios	45
Bibliografía	53
Capítulo 2	
Hacer la guerra en la mente de los estudiantes, 1996 – 2006	57
Capítulo 3	
Crónicas: Recogiendo piedras	66
El negro, crónica de una amenaza	67
Vannesa y Marco, un amor perseguido por el 10F	96
Días de fuego en el tropel	114
Como si los árboles lloraran	143

Resumen

El siguiente trabajo es un esfuerzo por condensar dos ideas frente al abordaje de las memorias desde el campo periodístico. La primera parte es un ensayo en el que se han depositado algunos de los principales conceptos que rodean la idea de memoria, y cómo esta puede y debe ser abordada por la representación periodística. Por lo tanto, se habla de la violencia política como generadora de realidades adversas y violentas; se aborda la idea del surgimiento del concepto de memoria incorporada a una cultura del entendimiento del pasado como reflejo del presente; se reflexiona sobre cómo el periodismo narrativo es un vehículo para la memoria, y cuáles son aquellos métodos y herramientas a los que puede acudir un reportero con interés en trabajar sobre ella.

La segunda parte está compuesta por cuatro crónicas en las que se han aplicado las observaciones planteadas sobre la construcción del relato periodístico, utilizando varias técnicas narrativas. Son las historias de cuatro personas que fueron, durante los años 1996 y 2006 (cuyo contexto e importancia histórica son abordados en el texto que encabeza las crónicas), estudiantes de la Universidad de Antioquia, y participaron del movimiento estudiantil y estuvieron expuestas a los repertorios de la violencia política.

Palabras Clave: Memoria, periodismo narrativo, violencia política, memoria universitaria, crónica.

Capítulo 1

1- Pistas para desemmordazar la memoria con el periodismo

Ocupábamos una mesa en una cafetería desde donde lográbamos ver el movimiento de una serie de jóvenes rebeldes, que se habían apoderado de los bajos del edificio del Parque de los Deseos en la ciudad de Medellín, conocido ahora como Parque de la Resistencia. Los protestantes habían levantado carpas en las que amanecían, y encendían leña en la calle aledaña para las comitivas que venían haciendo desde hacía varios meses. Yo entrevistaba a Carlos Oliveros, un médico guajiro que había sido líder estudiantil de la Universidad de Antioquia en los años 90, y que fue amenazado por paramilitares en la misma misiva en la que, el 26 de junio de 1999, sindicaron al estudiante Gustavo Marulanda como un agente del ELN.

Escuchaba el relato de Carlos cuando a pocos metros sonaron dos disparos seguidos de una algarabía. Nos volvimos a mirar y captamos el momento en el que dos hombres forcejeaban en medio de la calle. De pronto, uno de ellos con su overol azul rasgado por el hombro derecho se marginó de la escena y con una pistola en la mano, con nerviosa dificultad, abrió la puerta de una ambulancia estacionada a escasos cinco metros de donde estábamos. El otro, de camiseta azul y con los ojos inyectados de ira, le gritaba a tres pasos, “sonala pues hijueputa, sonala policía demierda”, mientras la ambulancia comenzó a ser bombardeada con piedras. Alcancé a tomar una fotografía antes de que el carro arrancara y virara hacia nuestra derecha para perderse de vista. Era el sábado 12 de marzo de 2021, y el reloj marcaba 10:11 a.m.

Habíamos sido testigos en ese lapso de realidad, de un hecho que se ha repetido en este país incluso desde el siglo XIX. Los rumores de que la inteligencia de la policía encubría personas para hacer vigilancia de este lugar, ahora se nos presentaban como ciertos. Y el hecho de que hubieran utilizado una ambulancia para invisibilizar tal espionaje, y a un hombre armado, nos hizo comprender de nuevo las artimañas de las que se vale el estamento para mantener vigilancia de los inconformes con el gobierno de turno. Atestiguábamos uno de los ejes centrales del propósito de mi entrevista con Carlos: conocer cómo la violencia con fines políticos se había materializado en contra de estudiantes de la UdeA, cómo los había afectado en sus vidas y qué posibilidad existía de reconstruir periodísticamente sus memorias.

Este **ensayo** tiene por objeto explorar cómo los periodistas pueden acercarse y tratar, entre muchas cosas, eso que no dicen los personajes y que tiene su origen en hechos disruptivos producto del conflicto armado. Hablamos de periodismo parainterpretar y rehacer lo que no se dice, desde donde la memoria manifiesta su calidad mediadora y transformadora. Como categorías a explorar, en el marco de mi interés, reflexionaré sobre violencia política en Colombia, sobre la memoria y su vínculo con las víctimas de tal violencia; sobre el miedo, el olvido y el silencio; y el reconocimiento de la memoria como campo de trabajo del periodismo narrativo. Finalmente, sintetizaré algunos de los principales aspectos que el reportero podría tener en cuenta al momento del trabajo de campo y la escritura.

1.1- Los tentáculos de la violencia política

Dimensionar la violencia política del país no es un asunto menor, y esto me recuerda a los documentalistas Marta Rodríguez y Jorge Silva. Juntos registraron consencillez y justicia poética algunos procesos sociales de los años 70 y 80, cuyos ecos retumban en la actualidad: la lucha del campesino por la tierra, la explotación laboral, la miseria de los barrios suburbanos de Bogotá, el movimiento de resistencia indígena despojada de su territorio, y, por supuesto, la peligrosa persecución vivida por opositores al gobierno. Su sed de denunciar y de narrar la inequidad social y la violencia los convirtió en protagonistas de un drama cifrado bajo la sombra de la amenaza y la persecución estatal. En el documental político de Juan Jacobo del Castillo, *El film justifica los medios*, Marta¹ devela lo que fue el sentido de su mirada crítica y disidente, opuesta al cine hegemónico de la época. Cuenta también detalles de la angustia que vivió por las agresiones contra su trabajo. Asomarse a la realidad contada de sus películas, de sus personajes, es ver en conjunto los síntomas resultantes de una desigualdad congénita, producto del someter de los más poderosos.

Mencionar el ejemplar caso de Marta y Jorge me da pie a comprobar que la violencia política se filtra en todos los ámbitos, como una luz agresora proyectada desde la incomodidad del que quiere que no se conozcan algunas realidades. La antropóloga e historiadora María Victoria Uribe, en su libro *Hilando fino, voces femeninas de La Violencia*, se acerca y analiza esta realidad. Allí expone los testimonios de mujeres víctimas² que sobrepasan los 70 años y que

¹ Los documentales políticos de Marta Rodríguez, hoy de 88 años, son piezas de culto entre los cinéfilos y estudiosos de la historia audiovisual del país. Sus películas son una ventana a la violencia política, a la desigualdad y falta de derechos de campesinos, ciudadanos y activistas políticos de los años 70 y 80. Algunas de sus películas son: *Chircales*, *Nuestra voz de tierra*, *memoria y futuro*, *Nacer de nuevo*.

² En el documento del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), *Aportes teóricos y metodológicos para la valoración de los daños causados por la violencia*, explica que “el Código de procedimiento penal colombiano

narran sus penurias cuando eran niñas, en una época en la que liberales y conservadores trezaron con intensidad una guerra a muerte. Esta confrontación se dio luego del asesinato del político liberal Jorge Eliecer Gaitán, ocurrido el 9 de abril de 1948, y que abrió un capítulo de la historia de Colombia llamado La Violencia. María Victoria, entre otras cosas, muestra en su libro cómo el asesinato de líderes ha sido una herramienta de la violencia política, y es “una práctica que se ha venido repitiendo desde el siglo XIX, a lo largo del siglo XX y en los albores del siglo XXI, y por medio de la cual se han silenciado para siempre las voces de miles de personas que han disentido en el régimen político y el estado de las cosas”, (Uribe, 2015, p. 58). Uno de los propósitos de la violencia política es someter al otro al miedo, invalidarlo de su actuar mental y físico, y a su vez, anularlo como sujeto político³. Esta búsqueda de silenciamiento generó también movimientos de resistencia, cuyo desbordamiento el Estado no pudo más que seguir subyugando, creando una espiral ascendente de violencia en la que se han engendrado guerrillas, paramilitares, grupos narcotraficantes y bandas sin principios que trabajan por conveniencia o a través de acuerdos con los ya nombrados.

Los paramilitares, por ejemplo, poseen algunas de las cifras más escalofrantes de las últimas décadas. Solo el Bloque Calima de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), que operó en el suroccidente del país, fue responsable de 119 masacres entre 1999 y 2004, y de 3400 hechos de desplazamiento forzado individual y colectivo. Estos datos son del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH, 2018), organismo que ha documentado cómo las AUC fueron iniciativas de clanes políticos, familias y empresas con enorme poder financiero y político. Refrendar la patria para ellos significó detener la avanzada de fuerzas alternativas, como sucedió con la Unión Patriótica⁴, sin importar las consecuencias que hoy apenas comenzamos a dimensionar. La bala asesina, y en general, toda forma de agresión, “lleva un mensaje político dirigido a la víctima y a quien piense como ella”, asegura el filósofo español Manuel Reyes

entiende a las víctimas como “las personas naturales o jurídicas y demás sujetos de derechos que individual o colectivamente hayan sufrido algún daño directo como consecuencia del injusto”. Al decir del juez Sergio García Ramírez, una noción más amplia de víctima incluiría tanto “al mismo ofendido como cualesquiera otras personas que sufren —pero no a título de sujeto pasivo del ilícito— las consecuencias dañosas generadas por el delito: así los familiares o dependencias económicas de ambos sujetos, activo y pasivo”. (p.22)

³ En *Recordar y narrar el conflicto*, texto del CNMH, se recuerda que, “Por otra parte, esta exclusión política dejó su huella en la elaboración de relatos sobre la historia nacional que se oficializaron en textos escolares, museos, monumentos y fechas conmemorativas. En estos relatos épicos, los gestores de la historia se asociaron a figuras heroicas asumidas como los “grandes padres de la patria”, los hombres blancos de letras o de armas, en su mayoría propietarios”. (p.29)

⁴ Según la investigación *Todo pasó ante nuestros ojos*, del CNMH: “Uno de los hechos más graves para la historia del conflicto en Colombia es el exterminio que sufrió el partido Unión Patriótica según la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Entre 1985 y 1993 fueron asesinados 1.163 integrantes y desaparecidos otros 123, la mayoría eran hombres”.

Mate, quien agrega a renglón seguido que “el proyecto de muerte da a entender que en el futuro por el que los matones matan no hay lugar para alguien como la víctima”, (Mate, 2015, p. 7 y 8). Los llamados paramilitares o ejércitos privados operaron como una extensión de la opresión de quienes ostentaban el poder. Lo que da para concluir, en parte, que tal sistema paramilitar no fue más que una conversión de actores para encubrir una violencia con fines políticos que sobrepasó toda lógica de humanidad, y que dejó un trauma en nuestros campesinos, indígenas y afrodescendientes que apenas si estamos comprendiendo.

María Victoria Uribe en su libro abre un crisol interpretativo que aborda también el trauma⁵ continuado por la guerra. La antropóloga insiste en que el periodo conocido como La Violencia (1948 - 1958), “a pesar de sus dimensiones y de las atrocidades cometidas, se trata de un vacío de humanidad muy profundo que encierra memorias en ruinas, sepultadas bajo inmensas capas de desmemoria y olvido”, (p.59)

Estas capas de olvido son producto, entre otras cosas, de las formas de los repertorios de violencia utilizados por el Estado y diferentes grupos ilegales. En las últimas décadas estos repertorios adquirieron métodos que dificultan la investigación judicial. Erik Arellana es un investigador de la desaparición forzada; su madre era militante del M-19 cuando agentes del Estado la desaparecieron en agosto de 1987. Según Arellana, la impunidad sobre el crimen de desaparición es tan alta que de los 80 mil casos de desaparecidos reportados al 2018 en Colombia, solo 7 mil 700 casos fueron investigados. De estos, solo 337 tuvieron una sentencia condenatoria. “Lo que quiere decir que hay un 99,5 por ciento de impunidad”, (Peña, 2019), afirmó el investigador en una entrevista al proyecto Hacemos Memoria⁶.

Vemos, de este modo, como la impunidad y la ineficiencia del aparato judicial aceitan el mecanismo que perpetua la violencia política. El investigador colombiano de memoria histórica y miembro del Instituto Hemisférico de Performance y Política (Nueva York), Paolo Vignolo, afirma en su ensayo *La memoria como horizonte de lo posible* que, “no sorprende que los victimarios hayan aprendido a operar según modalidades que no impacten demasiado los registros cuantitativos: «Que parezca un accidente», es ahora el lema de la violencia política

⁵ Los daños psíquicos y emocionales, según el CNMH, en su libro *Aportes teóricos y metodológicos para la valoración de los daños causados por la violencia*: “Estos daños hacen alusión a las lesiones y modificaciones que sufren las víctimas en sus emociones, pensamientos y conductas ante hechos extremos o de carácter traumático. Se refieren también a la imposibilidad de afrontar el evento violento y sus efectos, así como a la dificultad de generar procesos que podrían dar continuidad a sus vidas (decidir por sí mismas, relacionarse con los otros, fijarse metas y proyectos)”, (p.33).

⁶ Hacemos Memoria es un proyecto de la Universidad de Antioquia que investiga, discute y propone un diálogo público sobre el conflicto armado y las graves violaciones a los Derechos Humanos ocurridas en Colombia. Desde el 2014 aporta a la construcción de memorias desde la perspectiva del periodismo por medio de asesorías a medios de comunicación, formación universitaria, debates públicos, producción periodística e investigación académica.

colombiana”, (Vignolo, 2015).Y añade que:

...lo que ha marcado la vida cotidiana de generaciones de colombianos es una violencia hecha sistema, una desigualdad obscena y una impunidad generalizada, cuya cifra peculiar no es la alteración de un supuesto «orden público» sino, por el contrario, un desorden estructural que altera el vivir común y amenaza la vida misma, (2015).

En esta misma línea y para precisar, el Centro de Investigación y Educación Popular(Cinep), entidad que promueve el desarrollo de la equidad social por medio de la investigación del conflicto, en su *Marco conceptual* entiende por violencia política:

... aquella ejercida como medio de lucha político-social, ya sea con el fin de mantener, modificar, sustituir o destruir un modelo de Estado o de sociedad, o también con el fin de destruir o reprimir a un grupo humano con identidad dentro de la sociedad por su afinidad social, política, gremial, étnica, racial, religiosa, cultural o ideológica, esté o no organizado, (Cinep, 2017, p.14).

El Cinep añade que este tipo de violencia puede ser ejercida de tres modos: primero, por agentes del Estado o por particulares que actúan con su respaldo; segundo, por grupos insurgentes que combaten contra el Estado o contra el orden social vigente; y tercero, por grupos o personas ajenas al Estado y a la insurgencia, pero impulsados por motivaciones ideológico-políticas que los llevan a actuar en contra de quienes tienen otras posiciones o identidades, (p.14).

La violencia política surge entonces cuando la estabilidad del poder entra en riesgo en sociedades donde la diferencia de pensamiento es resuelta a través de mecanismos que atentan contra la integridad mental y física, la mayoría de las veces, de los más vulnerables. En consecuencia, estos tipos de ejercicios de lucha se dan por la despolitización de los reclamos y las peticiones de un grupo de la población, que no encuentra representación entre los que ostentan el poder. Marta Rodríguez en sus documentales buscó exponer esta problemática, la oculta al gran público: les extendió el micrófono a las víctimas de la violencia y la desigualdad, escuchó sus dolores y subió los decibeles para hacer audible aquello que denigran en la intimidad. En este camino Marta también se convirtió en una víctima, al igual que Jorge Silva, entre muchos otros. María Victoria Uribe hace lo propio, nos expone las memorias de una violencia política que solo es posible conocer a través del testimonio de los dolientes que vivieron la crueldad inherente de la guerra, y que les empujó a situaciones desesperadas que siguieron habitando en sus mentes por años sin que nadie se interesara en ellas.

Así pues, cuando Carlos y yo levantamos los ojos al escuchar los dos disparos y vimos la

escena al principio narrada, fuimos testigos de una de las muchas formas del repertorio de violencia política, en este caso, en contra de jóvenes universitarios y líderes barriales, inconformes con la forma de gobernar del presidente Iván Duque. Los protestantes, desde hacía meses, se manifestaban en contra de las políticas de Duque, quien propuso una subida de precios en productos de la canasta familiar, lo que desató una ola de protestas en todo el país que fueron reprimidas violentamente⁷. El experto en derechos humanos y conflicto, el docente de la Universidad de Antioquia, Leyder Perdomo, para referirse a esta forma de la violencia política, utiliza la expresión ‘legalismo perverso’, (Peña, 2021) con el fin de referirse a la fuerza represora que ha adoptado el sistema judicial y la fuerza pública para controlar, reprimir y castigar la protesta social, limitando un derecho y criminalizando una acción legítima de inconformismo, de protesta ante la inestabilidad creada por una realidad social excluyente, selectiva y violenta.

Podemos apreciar cómo el conflicto armado de carácter eminentemente político golpeó inicialmente en el campo, luego se trasladó a las ciudades⁸, y posteriormente a las instituciones, siendo una de sus últimas víctimas las universidades⁹. El hecho de que estos centros de estudio y pensamiento crítico fueran tomados por grupos ilegales, muestra su importancia estratégica dentro de intereses ideológicos y militares. Para la muestra un botón: solo en 1987, en la UdeA, paramilitares asesinaron a 17 profesores y estudiantes, vinculados a comités de Derechos Humanos, a la Unión Patriótica y la Juventud Comunista. En 1996 apareció, finalmente, un grupo paramilitar cuyo accionar se concentraba en este claustro, las Autodefensas de la Universidad de Antioquia, AUdeA. Sus actos, como los de otros grupos ilegales, desatarían una ola de asesinatos, desapariciones, acusaciones, encarcelamientos, violencias sexuales y abusos de poder. La comunidad universitaria, entre estudiantes, profesores y trabajadores, pondría la mayoría de las víctimas. Algunos de los afectados, como Carlos Oliveros, optaron perderse para salvar sus vidas.

⁷ El Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz (Indepaz) reveló el balance que arrojó el paro nacional que se dio entre el 28 de abril del 2021 y el 15 de julio del mismo año. De 83 homicidios reportados, 44 presuntamente fueron cometidos por miembros de la fuerza pública. Se registran, igualmente, 96 víctimas que perdieron por disparos alguno de sus ojos.

⁸ Las guerrillas en Colombia surgieron en la primera mitad del siglo XX, como una expresión de autodefensa frente a la persecución del Estado contra los sistemas organizativos del campesinado, con marcada tendencia comunista, siendo el Tolima su epicentro. Posteriormente, en los años 90, células ideológicas y militares comenzaron a ocupar las periferias de las ciudades más importantes del país. Estas estructuras fueron atacadas por paramilitares y fuerza pública. La participación de estas milicias se trasladaría a las universidades públicas, que a su vez fueron captadas por fuerzas de extrema derecha.

⁹ En la actualidad son cuatro las universidades públicas reconocidas como ‘sujeto de reparación colectiva’ por parte de la Unidad de Víctimas, debido al daño que sufrieron durante la arremetida paramilitar, que incluso cooptó sus recursos. Ellas son, la Universidad del Atlántico, la Universidad Popular del Cesar, la Universidad de Córdoba y la Universidad del Magdalena. Sin embargo, estos procesos han andado lentamente, por una falta de compromiso no solo del gobierno sino, incluso, en algunos casos, de las mismas directivas de los claustros, como ocurre en la U. de Córdoba, caso ampliamente denunciado por la mesa de las víctimas de la institución.

1.2- El testimonio de las víctimas para evaluar el pasado

En la última década Colombia ha experimentado un boom por la memoria, a la luz de una creciente vigencia de procesos y hechos que han puesto a las víctimas del conflicto armado en el centro de la discusión. Este concepto también nos ha puesto a reflexionar sobre los alcances y límites de la Ley de Justicia y Paz, sobre las posibilidades brindadas en el marco del Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición. Y nos ha permitido valorar el despertar organizativo de las víctimas y, por supuesto, reconocer el carácter legítimo de su relato como herramienta para evaluar el pasado y ver sus consecuencias en el presente.

Pero ¿qué entender por memoria? ¿Es posible reconocer en ella una fuente de conocimiento sobre el pasado? La noción de memoria ha sido tratada desde los griegos como condición del conocimiento racional. En la actualidad, tanto en Latinoamérica como en Europa, el auge de la memoria, o memoria histórica, se da a partir de una serie de aportes teóricos formulados a principios del siglo XX. Karen Saban, investigadora de la memoria de la Universidad de Heidelberg, en Alemania, afirma que “la crítica coincide en señalar que el filósofo alemán de origen judío Walter Benjamin y el sociólogo francés Maurice Halbwachs fueron los dos primeros autores en estudiar la memoria, integrándola en el marco de una teoría moderna de la cultura”, (Saban, 2020, p.381). Dice Saban, interpretando el texto de Benjamin *Tesis de filosofía de la historia*¹⁰:

La primera de las funciones de la memoria para Benjamin es redimir la historia de las catástrofes que ha acarreado (...). Frente al proceder sistemático y aditivo de la historia, la memoria espacializa el tiempo, lo vuelve en cierto modo atemporal para que el decurso de la historia se detenga (...). Así retenida, como si se tratara de una imagen, se la asocia en una nueva configuración en la que el presente pueda reconocerse. De ahí que, a contrapelo de un método científico que –según la metáfora de Benjamin– enhebra en el rosario de la historia cuentas de hechos y momentos aislados, el pasado puede, a través de la memoria, exigir su derecho y arrojar luz sobre los conflictos no resueltos del tiempo actual. Hacer del pasado histórico un “pasado cargado de presente”, (p.382- 383).

¹⁰ *Tesis de filosofía de la historia* es un ensayo escrito por Walter Benjamin entre 1939 y 1940 en París, meses antes de quitarse la vida en Portbou, España, mientras huía de la persecución de la policía secreta de la Alemania nazi, la Gestapo.

Por su parte, Halbwachs aportaría una idea fundamental en la construcción conceptual de la memoria histórica, el de ‘memoria colectiva’. El sociólogo señala que las convenciones sociales asociadas a un lenguaje común permiten reconstruir el pasado. Halbwachs, en su libro *Memoria colectiva*, escribió que “podemos hablar de memoria colectiva cuando evocamos un hecho que ocupaba un lugar en la vida de nuestro grupo y que hemos planteado o planteamos ahora en el momento en que lo recordamos, desde el punto de vista de este grupo”, (Halbwachs, 2004, p.36). La docente Karen Saban destaca además que el concepto de memoria colectiva envuelve dos dimensiones:

por un lado, se refiere a la memoria autobiográfica del individuo, que adquiere forma en un horizonte sociocultural y por lo tanto desde sus inicios ya es colectiva; por otro, el concepto tiene una dimensión cultural pues actúa dentro de grupos sociales no ahora como interacción inmediata, sino a través de expresiones objetivadas e instituciones,(p.382).

Con los años, estudiosos de diferentes campos del saber han observado en ella un vínculo inherente con el olvido; también se ha discutido ampliamente su relación con la historia y su valor como sustancia objetiva de la cual extraer hechos comprobables; y se la ha utilizado como campo de disputa entre víctimas que reclaman su lugar como sujetos políticos, y gobiernos que han impuesto con violencia simbólica una memoria a conveniencia¹¹.

Pero este debate se abordará más adelante, por el momento, vale la pena conocer, frente a la primera discusión planteada, la posición de la socióloga argentina Elizabeth Jelin. En términos generales, Jelin distingue dos tipos de memorias: las memorias habituales, enmarcadas socialmente en comportamientos aprendidos e incorporados de manera singular en cada individuo, y que abarcan desde los hábitos en el vestir y el comportarse, hasta recuerdos afectivos con los que nos desenvolvemos en el mundo. La ruptura violenta en esta rutina configura las ‘memorias narrativas’, que son las que obligan al sujeto a involucrarse con la realidad de manera distinta, puesto que el acontecimiento violento cobra una vigencia asociada a emociones y afectos que, según la autora, impulsan una búsqueda de sentidos. En palabras de Jelin: “Primero, el pasado cobra sentido en su enlace con el presente en el acto

¹¹ “Construir memoria es un acto político y una práctica social. Tal práctica social se desarrolla dentro de marcos, producto de la intervención de instituciones: la familia, la iglesia, la escuela, las universidades, las artes, la prensa, la radio, la televisión, las organizaciones no gubernamentales, los partidos” (p.30). “Luego, la memoria es un campo en tensión donde se construyen y refuerzan o retan y transforman jerarquías, desigualdades y exclusiones sociales. También es una esfera donde se tejen legitimidades, amistades y enemistades políticas y sociales” (p.24), aclara el documento *Recordar y narrar el conflicto*, del CNMH.

de recordar/olvidar. Segundo, esta interrogación sobre el pasado es un proceso subjetivo; es siempre activo y construido socialmente, en diálogo e interacción”, (Jelin, 2002, p.27). En este punto es posible plantear la cuestión por el deber y el poder de la memoria que se rescata, como herramienta pedagógica, así como su dimensión política.

Estas últimas ideas fueron ampliamente discutidas a mediados del siglo pasado, al analizarse los hechos y los testimonios surgidos tras el Holocausto en la Segunda Guerra Mundial (1939 y 1945). Lo sucedido allí y especialmente en el complejo de Auschwitz, el mayor campo de concentración Nazi en 1945 puso la mirada en las víctimas judías del nazismo, condenadas a cámaras de exterminio. Poco después de derrotado Hitler, comenzaron a aparecer publicaciones de testimonios de sobrevivientes de los campos de concentración. Uno de esos relatos es conocido como *Si esto es un hombre*, el testimonio de Primo Levi, quien fuera parte de los judíos en cautiverio en el infierno de Auschwitz. Levi no solo fue un inteligente narrador de sus miserias, también empleó un original estilo para exponer las penurias de hombres judíos que en su condición de ciudadanos ostentaban respeto, y ahora crepitaban de frío y de hambre bajo capas de mugre y sosteniendo una mueca de humillada dignidad. El miedo, la impotencia y el dolor son una constante en su relato. Este testimonio hace parte de la colección de relatos que le enseñó al mundo los horrores de la guerra y ayudó a poner sobre la mesa la discusión sobre el valor de los testimonios de dolor y trauma de las víctimas, y la necesidad de devolverles su dignidad con su reconocimiento, accediendo en lo posible a la verdad y a la justicia.

Sin duda, en los campos de concentración se destruyó todo sentido de la existencia humana. Los trabajos forzados a los que eran sometidos los judíos, a quienes robaban sus pertenencias, eran destruidos luego por los nazis, puesto que el propósito de la explotación no era utilitario o económico, sino destructivo: acabar con la moral de sus víctimas, transmitiéndoles con ello que su vida no tiene sentido. El terror totalitario buscó que aquellos cuerpos torturados solo respondieran a determinados estímulos, silenciando su mente y cualquier forma de resistencia.

Y es que las formas del repertorio de la violencia inciden ineludiblemente en las memorias de las víctimas. La escritora y teórica política alemana Hannah Arendt nos dio uno de los textos más esclarecedores sobre los mecanismos del totalitarismo y sus consecuencias sobre los indefensos: *Eichmann en Jerusalén*. Es un libro periodístico, pero también histórico y filosófico que, en un sentido más global, puso en entredicho el fracaso de las naciones por defender los estados de derecho. Su concepto de la ‘banalidad del mal’ surgió del análisis que hizo de la vida y el proceder burocrático de Adolf Eichmann, criminal de guerra austriaco-alemán y oficial en el régimen nazi, encargado de coordinar los trenes cargados de víctimas

dirigidas hacia la muerte, y que fue capturado en Argentina en 1960 luego de huir de Alemania. Arendt asistió en calidad de reportera a su juicio en Jerusalén, donde se le condenó a la horca por crímenes contra el pueblo judío. Pero no se quedó con las solas voces provenientes del condenado y los miembros del aparato judicial, Arendt escudriñó en la personalidad de Eichmann y no solo descubrió sus silencios, sino su personalidad apática y sin remordimientos frente a su tarea. La autora no se pregunta solo sobre cómo se lleva el proceso de enjuiciamiento de Eichmann, advierte la necesidad de expandir las acusaciones en su contra como crímenes contra toda la humanidad.

No puedo dejar de hacer un paralelismo entre la figura de Eichmann dibujada por Hannah Arendt, y los soldados colombianos que participaron, en el marco del conflicto, en ejecuciones extrajudiciales o mal llamados ‘falsos positivos’, muchas veces en contubernio con paramilitares, segados por un rigor ideológico que les fue transmitido a la fuerza y a los gritos en entrenamientos, solo seguían las ordenes de sus superiores jerárquicos. Ellos, como Eichmann, estaban convencidos de su causa, a la vez que ganaban el aprecio de sus jefes y se hacían acreedores a beneficios. Por otra parte, el efecto de las arremetidas paramilitares y guerrilleras en poblaciones desprotegidas tenían el mismo propósito nazi: despojar de identidad, de dignidad, de voluntad, de patrimonio y de resistencia a sus víctimas. Los estragos de este proceder sistemático han determinado las memorias del conflicto armado nacional, sobre las que ha recaído el peso de fuerzas agresoras, de allí la importancia de los ejercicios de resistencias de los individuos y las comunidades.

Profundizando, a modo explicativo, sobre el pulso motivador de los victimarios, en una charla ofrecida en el 2014 en el marco de la Fiesta del libro de Medellín, titulado *Antropología del mal*, María Victoria Uribe recuerda su encuentro en la cárcel con varios exmiembros de las AUC, tras su desmovilización. Su propósito era conocer las motivaciones que los empujó a cometer sus barbaries. No encontró a hombres arrepentidos. Por el contrario, orgullosos y convencidos de la legitimidad de sus acciones¹². No en vano, aprecia la investigadora, veintidós estructuras paramilitares llevaron en su nombre la palabra ‘héroes’, como un claro ejemplo de la designación interiorizada por sus integrantes. Años después, María Victoria se encontraría de nuevo con varios de ellos y los notaría absolutamente distintos: receptivos y respetuosos de las voces de las víctimas. Uno de ellos, quien fue un verdadero “carnicero despiadado”, le diría que ninguno de ellos estaba preparado para enfrentar los reclamos de las víctimas y su dolor.

¹² En *Recordar y narrar el conflicto*, del CNMH, se afirma que: “Los actores armados de uno u otro lado buscan instaurar sus versiones del pasado como verdades absolutas y presentan sus intereses particulares como demandas patrióticas o revolucionario-populares. En este afán de control de la historia y de la memoria, los actores del conflicto manipulan las versiones sobre lo ocurrido para justificar sus acciones y estigmatizan las interpretaciones políticas y sociales que les son adversas” (p.24)

María Victoria reflexiona al respecto: “La víctima es el espejo en donde finalmente el perpetrador verá reflejada la realidad de su deseo, y esa realidad innombrable que no ha querido ver, que ha negado una y otra vez, escondiéndose en lo buen padre que es, de lo mucho que ama sus hijos, terminará apareciéndose en la forma de una madre implorante”, (Parque Explora, 2014).

La investigadora de la memoria y doctora en ciencias humanas Judith Nieto, en su texto *Memoria, campo de tensión en un mundo de diferencias*, ofrece otra interesante comparación entre los propósitos de los victimarios nazis y los agentes paramilitares en Colombia. La autora, recordando al filósofo español Reyes Mate, afirma que Auschwitz dejó al descubierto, como lo expresaron en su momento los sobrevivientes, dos leyes fundamentales de la historia aplicadas a los conflictos que trascienden la vocación del mal. Esto es, y citando a Mate, “la ley de la doble muerte en el mismo crimen: la muerte física y hermenéutica. El nazismo, lo sabemos, reducía a polvo y cenizas los cuerpos de los judíos, para no dejar huella, pero se afanaba en no darle importancia. Es el momento del discurso invisibilizador”, (Nieto, 2020, p.51).

Esta ley de la doble muerte ha sido empleada, según Nieto, en los repertorios de violencia que ha vivido Colombia. Su realización ha sido llevada a cabo por toda clase de grupos legales, insurgentes y paramilitares, y ha consistido en desaparecer todo rastro del crimen cometido y “todo rastro del curso de los cadáveres, destinándolos incluso al lecho oscuro de los ríos”¹³, (p.51). Es la suerte que miles de campesinos, indígenas y afrodescendientes sufrieron en medio de sus luchas de resistencia colectiva, cuando grupos antisubversivos vieron en ellos y en sus sistemas organizativos y comunitarios focos ideológicos de izquierda.

Los testimonios de las víctimas ya recolectados por periodistas, investigadores sociales y el CNMH, entre otros, narran las formas atroces e inhumanas de esta forma de la violencia política. Son conocidas por ello las estrategias de muerte, descuartizamiento, incineración y enterramiento de cuerpos. Son bien conocidas también las declaraciones de paramilitares desmovilizados que narraron en audiencias libres, en el marco de la Ley de Justicia y Paz, como ante las evidencias que comenzaban a dejar las masacres decidieron arrojar vivos a sus víctimas en criaderos de cocodrilos para que sus cuerpos no fueran encontrados, (Verdad Abierta, 2011).

Muchas de estas historias no se conocerían, en parte, sin la discusión por el valor de los

¹³ La periodista Patricia Nieto tiene una penetrante crónica que expone una dimensión de este fenómeno, el libro se llama *Los escogidos*, y narra la estrecha relación de un poblado con los cadáveres que bajan por el río Magdalena.

testimonios que se dio a partir de las atrocidades vividas en Auschwitz y quedo pie a un mayor reconocimiento de la memoria en el mundo. Una de estas discusiones es referida por María Victoria Uribe en su libro. Resulta que, en uno de sus textos, el psicoanalista Dori Laub reseña un caso, el de una mujer anciana cuyo testimonio estaba guardado en el Archivo Sonoro de Testimonios del Holocausto de la Universidad de Yale. En el audio se puede escuchar la voz susurrada y débil de la mujer mientras narra su experiencia como testigo de la sublevación de los judíos en el campo de concentración. Cuenta Dori Laub que la mujer en un instante levantó la voz, quizá sobrecogida por las imágenes que le presentaba su memoria, para decir exaltada: "De repente vimos explotar cuatro chimeneas. Las llamas se alzaron hasta el cielo y la gente corrió. Fue algo increíble". Para enseguida dejar a la mujer un largo silencio en la cinta, "como si arrastrara el eco de las explosiones, la estampida, los gritos y los disparos provenientes del otro lado del alambre de púas del campo", (p.92). Historiadores que escucharon el mismo testimonio de inmediato descartaron el relato de la mujer como fiable, pues habían logrado demostrar que no habían explotado cuatro chimeneas, sino una. Dori Laub entendió que la narración de la mujer no podía tomarse de manera literal respecto al número de chimeneas:

... el relato aludía a un asunto más crucial, a la vivencia de un hecho inimaginable. Para la mujer judía, una chimenea equivalía a cuatro; lo relevante no era la veracidad del relato, sino la alusión que ella hacía al evento de sublevación de los judíos en el campo de concentración, algo que rompía con la presunción de que los judíos eran incapaces de una revuelta armada. La figura que encontró la mujer para referirse a este hecho fue la hipérbole, pues solo esta podía dar cuenta para ella de la magnitud de lo sucedido (p.92).

Al parecer la mujer había hecho parte de un grupo de judíos encargados de las pertenencias de las personas que eran conducidas a las cámaras de gas. Algunas de las cosas, ropa y utensilios, habrían sido rescatadas por ella para luego entregarlas orgullosa a sus compañeros de barraca. Dori Laub "se limitó a respetar el balance sutil que la mujer había establecido entre lo que sabía y lo que no podía saber (...). Laub buscaba tocar los límites del silencio, sin perturbarlo ni provocarlo" (p.93).

La investigadora argentina de la memoria, Elizabeth Jelin, en su ensayo *Los trabajos por la memoria*, trae al caso este mismo ejemplo de Laub, para decir que:

Al trabajar sobre la relación entre testimonio y trauma, el eje de la consideración de la «verdad» se desplaza de la descripción fáctica — cuántas chimeneas había en Auschwitz es el tema en debate provocado por un testimonio de sobreviviente, entre entrevistadores e historiadores, como relata Laub — a la narrativa

subjetivada, que transmite las verdades presentes en los silencios, en los miedos y en los fantasmas que visitan reiteradamente al sujeto en sus sueños, en olores y ruidos que se repiten (Jelin, 2002, p.87).

De allí también partió la discusión sobre la construcción de memorias históricas contadas desde los protagonistas que sintieron en carne propia el dolor. La denominación de víctima, a su vez, otorgó a los sobrevivientes un estatus frente al Estado, dignificándolo ante la sociedad. A ello se suma la creación de Comisiones de la Verdad, como estrategia para transitar de un estado de conflicto a uno de convivencia pacífica. En el caso colombiano, la justicia transicional “ha supuesto el establecimiento de amnistías, el reconocimiento del daño, el tratamiento a quienes han sido víctimas, los procesos de reparación y el establecimiento de unos ejercicios de memoria”, (Puerta, 2021, p. 90), afirma la abogada y magister en historia, Catalina Puerta Henao, quien añade que la declaración universal de los Derechos Humanos (DD.HH.), en 1948, y el Derecho Internacional Humanitario (DIH), que busca atenuar y limitar los efectos de los conflictos armados en la población, propiciaron el reconocimiento estatal de los daños sobre la población civil ajena al actividad bélica.

A esta altura, valdría entonces conocer qué dicen algunos estudiosos de la memoria sobre sus alcances, similitudes y diferencias con la historia.

1.3- Divergencias entre memoria (histórica) e historia

El historiador Gonzalo Sánchez, exdirector del Centro Nacional de Memoria Histórica y Premio Nacional de Paz 2016, asegura en su libro *Guerras, memorias e historias*, que las memorias son una nueva forma de representación del discurso del tiempo, puesto que buscan ajustar cuentas con el pasado no acallando los sucesos, los personajes y las reflexiones con interés social, sino poniéndolos en valor en un contexto y una perspectiva histórica. Mientras que la historia “tiene una pretensión objetivadora y distante frente al pasado, que le permite atenuar la ‘exclusividad de las memorias particulares’”, (Sánchez, 2006, p. 23). Para Sánchez, en las memorias también habitan sesgos de identidad que se expresan a través de una gran variedad de relatos que inscriben, almacenan u omiten huellas susceptibles de reactivación, según sus palabras.

El concepto de memoria, pues, se encuentra a medio camino entre la historia (los hechos objetivos y demostrados de forma empírica), y la necesidad social de propiciar un debate crítico y hacer catarsis sobre el propio pasado. Esta interpretación de los hechos genera polémica. Entre otras cosas porque en sociedades donde la violencia está íntimamente

relacionada con la corrupción moral, filtrada en todas las capas de la sociedad, en mayor o menor medida, no basta con dar a conocer los relatos de las víctimas, es necesario cambiar esquemas de comportamiento individual y social en la dirección de la equidad colectiva. Esta es una tarea de gobierno, colectivos y organizaciones, encargados de propiciar pedagogías de la memoria. En nuestro país esta monumental tarea está siendo abordada entre las víctimas agrupadas, colectivos y organizaciones. Organismos como la Comisión de la Verdad¹⁴ y el Centro Nacional de Memoria Histórica¹⁵ se han sumado. En una entrevista dada al diario *La Nación* de Argentina, en marzo del 2006, el doctor en historia y filosofía judío Pierre Nora ofrece una respuesta sobre las diferencias entre memoria e historia que nos ayudará a concretar muchas de las nociones que, hasta el momento, se han planteado. Nora le dijo a la periodista Luisa Carradini:

Memoria e historia funcionan en dos registros radicalmente diferentes, aun cuando es evidente que ambas tienen relaciones estrechas y que la historia se apoya, nace, de la memoria. La memoria es el recuerdo de un pasado vivido o imaginado. Por esa razón, la memoria siempre es portada por grupos de seres vivos que experimentaron los hechos o creen haberlo hecho. La memoria, por naturaleza, es afectiva, emotiva, abierta a todas las transformaciones (...). La memoria es siempre un fenómeno colectivo, aunque sea psicológicamente vivida como individual. Por el contrario, la historia es una construcción siempre problemática e incompleta de aquello que ha dejado de existir, pero que dejó rastros. A partir de esos rastros, controlados, entrecruzados, comparados, el historiador trata de reconstituir lo que pudo pasar y, sobre todo, integrar esos hechos en un conjunto explicativo, (Carradini, 2006).

Nora hace énfasis en que la memoria sólo acepta las informaciones que le convienen. La historia es una operación puramente intelectual, “laica, que exige un análisis y un discurso crítico. La historia permanece; la memoria va demasiado rápido”, agrega Nora.

El interés de Pierre Nora por la memoria no es gratuito. Nació en 1931 en el seno de una familia judía de la burguesía parisiense, y a los doce años salvó su vida arrojándose por una ventana para huir de la Gestapo, la agencia policial nazi que llevó a Walter Benjamin a matarse, lo que muestra la amenaza de la persecución como repertorio de la violencia política. En los años ochenta volcaría todo su conocimiento, en compañía de 130 historiadores, a comprender las huellas de las memorias que guardan lugares en Francia. En sus estudios pudo concluir que durante muchos años los historiadores tuvieron por completo el monopolio de la interpretación y eran “depositarios de la memoria comunitaria”. Esto lo lograron siendo

instrumentos del poder. Luego los historiadores se desligaron de quienes los dirigían para adquirir un carácter científico. Esta característica histórica está acorde con la colombiana, en cuanto gran parte de la historia nacionales un relato hegemónico contado desde los intereses de los gobernantes. Posteriormente, el crecimiento e independencia de las investigaciones académicas brindarían un relato alternativo y complementario en el cual las víctimas han adquirido notoriedad. Añadió Nora en la entrevista ya citada:

Pero casi al mismo tiempo apareció una vida mediática densa, que contribuyó a crear una forma de memoria colectiva, independiente del poder puramente científico. Las tragedias del siglo XX contribuyeron, en gran medida, a democratizar la historia, es decir, a hacerla vivir.

Nora se refiere a allí a que la memoria, como la podríamos interpretar, es historia vivida y viva, además de que convive en función del presente y sus fluctuaciones sociales y culturales. Ello explica la naturaleza subjetiva, diversa, plural, cambiante y no científica del concepto.

El politólogo español Albert Noguera manifiesta que la primera distinción que se podría identificar entre estas dos nociones está sujeta a la relación de estas con la tragedia y el sufrimiento. Mientras la historia trabaja los acontecimientos con la carencia del significado emotivo, la memoria histórica “tiende espontáneamente a meterse dentro de los protagonistas de la historia y erigirse como intérprete de sus sentimientos” (Noguera, 2013, p.252). La historia entonces es captada como *conocimiento*, en tanto es la averiguación y análisis de datos, informaciones y hechos puestos en relación y contraste por medio de un determinado método; y la memoria, según el autor, es captada “en forma de *conciencia*”, y esta conciencia tiene un mayor alcance que la historia:

La conciencia incluye cuatro componentes: averiguación o análisis (de los hechos, datos, informaciones y su puesta en relación); identificación (con los protagonistas de los hechos); oposición (repugna de los acontecimientos del pasado); y, alternativa (la concepción de unas relaciones sociales alternativas a tales hechos), (p.253). A la averiguación y el análisis, conceptos constitutivos de la Historia, se le suma, además, la tragedia y la conciencia como conceptos constitutivos de la Memoria histórica. Pero tragedia y conciencia, no pueden entenderse por separado o por orden. Es a partir de una relación dialéctica entre ellas que se conforma la idea de Memoria histórica, (p.254)

La tragedia y la conciencia, elementos sustanciales a la memoria que aportan a su significado y, por supuesto, a su razón de deber ser, asumen también un lugar en el despliegue conceptual

del historiador búlgaro-francés y estudioso de la memoria Tzvetan Todorov. Todorov, quien murió a los 77 años el pasado 2017, incorpora dos categorías que atañen a la comprensión de la utilidad de la memoria histórica en la sociedad, en tanto esta indiscutiblemente nutre el modelo que regula las instituciones y toma su lugar como fuente de reflexión dentro de la cultura y sus expresiones de resistencia. Estas categorías son la ‘memoria ejemplar’ y la ‘memoria literal’.

En su ensayo *Los abusos de la memoria*, Todorov, primero, resalta la importancia de rescatar las memorias del olvido, ejercicio de disolución que tanto los regímenes totalitarios como los democráticos impulsaron desde propósitos aparentemente distintos. Los gobiernos totalitarios se toman la libertad de instaurar en las diferentes esferas que conforman su sociedad aquellas narrativas, fechas y lugares para conmemoración, y símbolos acordes a unos intereses históricos e ideológicos, y cualquier muestra de reconstrucción del pasado es vista como un acto de oposición al poder. El sablazo a la memoria se da dentro de las autoproclamadas democracias liberales de otro modo: ahogándolas en un mar de sobreabundancia de la información (e interpretación) que suele estar manejada bajo criterios de márketing conducido por las grandes compañías, cuyo propósito es la rentabilidad por encima de los criterios éticos. Todorov indica que las democracias liberales poco a poco nos van separando de las tradiciones: “embrutecidos por las exigencias de una sociedad del ocio” desprovista de curiosidad espiritual. Así “estaríamos condenados a festejar alegremente el olvido y a contentarnos con los vanos placeres del instante”, (p.13).

El autor advierte que, no obstante, el “elogio incondicional de la memoria conduce a caminos problemáticos, comenzando porque el “restablecimiento integral del pasado es algo por supuesto imposible” (p.13), por lo que se hace de manifiesto, como elemento constitutivo de la memoria, una característica fundamental de su naturaleza: la selección. Aquel grupo social o individuo que comunica su tragedia y el tránsito accidentado que sufrió para superar o ir superando el trauma, lo hace fragmentando su historia bajo criterios subjetivos íntimamente sujetos a las emociones. Y esto es así porque, según Todorov, “conservar sin elegir no es una tarea de la memoria” (p.14). De allí la distinción entre recuperar el pasado y su utilización posterior. La ruta hacia un buen uso de la memoria pasa por su transformación en imágenes controlables. Sería una gran crueldad, dice el autor, rememorar momentos dolorosos continuamente, mecanismo que podríamos interpretar como un uso literal de la memoria, que puede llevar a sentimientos de odio y desquite que sobreviven a generaciones. Filtrar la selección de momentos disruptivos con la ayuda de una pedagogía le permitiría a la víctima superar en parte el dolor, sin dejar de lado que existe el derecho al olvido, pareja

incondicional, como ya se referenció en capítulos anteriores, de la memoria. Por ello, Todorov esgrime la hipótesis de fundar la crítica de los usos de la “memoria en una distinción entre diversas formas de reminiscencia” (p.21), y esto pasa por la distinción entre el ser que vivió la violencia, y el que es ahora en su ejercicio de integrarse, ya con el dolor aplacado, a la sociedad. Esto es, servirse del pasado “como un modelo para comprender situaciones nuevas, con agentes diferentes” (p.22); este sería un modo de uso ejemplar de la memoria:

El uso literal, que convierte en insuperable el viejo acontecimiento, desemboca a fin de cuentas en el sometimiento del presente al pasado. El uso ejemplar, por el contrario, permite utilizar el pasado con vistas al presente, aprovechar las lecciones de las injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy día, y separarse del yo para ir hacia el otro (p.22).

Entonces ¿Por qué hablamos sobre Memoria Histórica? La docente de la Universidad de Antioquia y doctora en ciencias humanas Judith Nieto, en sus reflexiones *Memoria, campo de tensión entre un mundo de diferencias*, siguiendo los conceptos planteados, dice, citando a su vez a Blair:

“Se trata de una distinción que presenta la historia como generadora de conocimiento, en cuanto a la memoria histórica, al ser aprehendida por la conciencia, conduce al surgimiento, producción de “contenidos de tipo normativo, modoso de comportamiento y acción. La memoria histórica se caracteriza por su naturaleza auto-reflexiva sobre la función de la memoria””, (p.59).

Siguiendo la línea argumentativa, entonces cuando esas memorias refieren acontecimientos violentos, “el testimonio ocupa un lugar legítimo en la lucha por el poder dentro de la esfera pública”, (Blair, 2008, p.88). En esta medida, afirma el filósofo Manuel Reyes Mate, “la tarea de la memoria no es solo histórica (traer el pasado al presente) sino también interpretativa, esto es, tiene que preguntarse por el sentido moral y político que ese pasado tiene para el presente”, (Mate, 2012, p.6). Esto quiere decir que la memoria, a diferencia de la historia, está potenciada por un afán de escuchar otras verdades fuera de las hegemónicas. En el caso colombiano, según María Ángela Salazar, activista afrodescendiente y comisionada de la Comisión de la Verdad quien muriera el pasado 7 de agosto del 2020 a causa de la Covid-19, manifestó que:

La memoria histórica nos permite conocer y reconocer los hechos traumáticos vividos por una sociedad como la colombiana. La memoria también nos permite

conocer un pasado con muchos matices y actores, para así entender y comprender nuestro presente. Esto se refleja en la débil democracia que tenemos: siendo realistas, nuestra democracia se mantiene, pero todavía es de un bajo nivel desde su quehacer. Por eso tenemos un asentamiento en la cultura del olvido, que está promovido por los que quieren que el pasado se conozca vagamente, (Salazar, 2020).

Otra diferencia entre memoria e historia es que la primera lleva implícito el deseo de justicia jurídica y justicia epistemológica. Esta última busca el reconocimiento de los saberes de las víctimas; la primera exige la verdad sobre el porqué de los hechos y quiénes estuvieron (o están) detrás de ellos, quién o quiénes dieron la orden y con qué propósito. Mientras los relatos de las víctimas se esfuerzan por contar el cómo sucedieron los hechos y cómo los afrontaron. En Colombia es evidente la pugna entre la memoria de las víctimas y la historia hegemónica defendida por el gobierno, muchas veces reforzada por la prensa. Es aquí donde la memoria se convierte en un campo de disputa, donde unos cuentan su sufrimiento en medio del abandono del gobierno, mientras este hace uso de su capital simbólico para negar la veracidad de las memorias surgidas. De hecho, el doctor en ciencias humanas, experto en conflicto armado y coordinador de la macrorregión Antioquia Eje Cafetero de la Comisión de la Verdad, Max Yuri Gil, ha afirmado en sus charlas sobre memoria que en tiempos de transición como los que vivimos, proliferan cuatro narrativas que atentan contra el esclarecimiento: la primera es el negacionismo (eso no pasó); la segunda es el revisionismo (cambiar los hechos); la tercera son las justificaciones (era necesario); y la cuarta es la comparación (sí, pero ustedes más). Todas contrarias a la verdad.

Este contrapeso de las memorias de comunidades o individuos sobre la historia oficial impulsada por la tradición elitista, como en el caso colombiano, devela una relación de odios entre una y otra. Cada una se legitima a través de los capitales que tiene al alcance y allí los medios de comunicación cargan un papel fundamental, pues fue en ellos desde donde se reforzaron (y se refuerzan) imaginarios en el gran público. Imaginarios creados con la estratificación de fuentes y a través de recursos lingüísticos y de representación ampliamente analizados por pensadores como Noam Chomsky y Teun Van Dijk¹⁴.

¹⁴ Noam Chomsky nació en 1928 en Estados Unidos. Es lingüista, filósofo y politólogo y es considerado como uno de los pensadores más importantes del siglo XX. De origen judío, Chomsky ha sido un duro crítico del capitalismo contemporáneo, y por ende de la globalización y sus modos de flujo de información, haciendo un análisis de los tipos de mensajes que discurren en los discursos ofrecidos por los medios de comunicación masivos al ciudadano promedio. La comunicación mediática concierne a grandes conglomerados con intereses comerciales e ideológicos que tienen el control del monopolio de la información y por tanto de los mensajes que se transmiten en ellos a través de una sistematización intencionada de la propaganda.

Por su parte, Van Dijk, lingüista neerlandés, en el artículo El análisis crítico del discurso y el pensamiento social,

Elizabeth Jelin ha reflexionado sobre este campo de disputa y reconoce que se da en condiciones donde los recursos para la confrontación de unos y otros son desiguales:

La lucha se da, entonces, entre actores que reclaman el reconocimiento y la legitimidad de su palabra y de sus demandas. Las memorias de quienes fueron oprimidos y marginalizados —en el extremo, quienes fueron directamente afectados en su integridad física por muertes, desapariciones forzadas, torturas, exilios y encierros— surgen con una doble pretensión, la de dar la versión «verdadera» de la historia a partir de su memoria y la de reclamar justicia. En esos momentos, memoria, verdad y justicia parecen confundirse y fusionarse, porque el sentido del pasado sobre el que se está luchando es, en realidad, parte de la demanda de justicia en el presente (p.35).

De este modo, el reconocimiento de la memoria frente a la historia permitió, afirma Reyes Mate, “repensar el concepto de verdad, de política, de ética y de estética a la luz de la barbarie” (p.6), una barbarie que despertó el miedo, sensación que ocupa un lugar patente en el presente de las víctimas.

1.4- Habitar el miedo

El miedo es una sensación común en los seres humanos. Se crea en la mente ante la proximidad de un peligro, real o imaginario, y se siente en el cuerpo como una fuerza oprimiente. Cuando se hace imperioso el peligro, la cercanía de la muerte o de un daño, el corazón se agita y las piernas no responden, las manos tiemblan y las salidas o escapatorias, de haberlas, no son claras: la mente se nubla, la realidad pierde sentido. El miedo, claro está, es una impresión individual que cada quien confronta con el carácter de su personalidad, pero también puede ser colectivo, y el trauma que conlleva puede perdurar hasta la muerte.

Los expertos en el tema hacen distinciones incluso de la naturaleza del miedo. Los hay viscerales y naturales, los hay culturales, y estos cambian según el tiempo y los lugares en relación con las amenazas que abrumen. En un ensayo publicado en el documento *El miedo, reflexiones sobre su dimensión social y cultural*, llamado *Miedos de ayer y hoy*, el doctor en

manifiesta que su gran interés de estudio está en el análisis crítico del discurso, que centra su atención en los abusos de poder y dominación de grupos sociales. Así, las representaciones sociales emitidas desde los medios sirven a unas ideas que fomentan odio, desconfianza y racismo, principalmente, y según ha estudiado Van Dijk, sobre población minoritaria, migrante y minorías, lo que se traduce en actos discriminatorios que no favorecen la convivencia y la democracia.

historia francés Jean Delumeau afirmó que el miedo es una “emoción choque, a menudo precedida de sorpresa” con la toma de conciencia de un peligro inminente, y añadió que:

La siquiatria distingue ‘miedo’ de ‘angustia’. El miedo tiene un objetivo preciso al cual se puede enfrentar ya que está bien identificado. La angustia, al contrario, es una espera dolorosa frente a un peligro aún mástemible que no se ‘identifica’ claramente. Es un sentimiento global de inseguridad. Sin embargo, miedos que se repiten, pueden provocar crisisde angustia, (Delumeau, 2002, p.10).

De lo planteado por Delumeau se desprende que, entre todos los miedos, “el miedo a la guerra ha ocupado el mayor puesto en la lista de los peligros”, (Delumeau, 2002,p.12). Y en nuestro tiempo este agente ha adquirido otras dimensiones gracias al progreso técnico y tecnológico que ha permitido exhibir, no sin la intención de algunos gobiernos por ocultarlo, “la dimensión aterradora de los conflictos armados”, (2002). Para este historiador no sería descabellado afirmar, de hecho, que el siglo XX ha sido el más criminal de la historia: las guerras mundiales y el Holocausto, las masacres de armenios y los genocidios en Camboya y Ruanda. Las dictaduras Latinoamericanas, caracterizadas por la violencia política, también entran en el mismo saco. Al igual que el conflicto armado colombiano, que incluso suma en sus expedientes un número de desaparecidos y masacres mayores que los registrados en regímenes militares de derecha que proliferaron en paísesvecinos.

Se creería que, quienes detentan el poder y han permanecido en él imponiendo suorden de Leviatán, están blindados contra el miedo, ahogados quizá por la confianzaen su poder. Sin embargo, Delumeau cita en su ensayo una frase de Aung Sans Kyi, premio Nobel de Paz en 1991, que expone una realidad que a la mayoría le está oculta por la carga de violencia simbólica que le dicta seguir el orden establecido y temer al Estado. Aung Sans Kyi escribió a propósito de su país, Birmania: "El poder no corrompe sino el miedo: el miedo a perder el poder para losque lo tienen, el miedo de los que el poder oprime y castiga", (p.17).

El miedo creado en contexto de conflicto de larga duración¹⁵ como el nuestro, en elque varios grupos armados, legales e ilegales, pugnan por dominar territorios sin importarle el daño que puedan causarle a la población civil, produce transformaciones en los contextos sociales de

¹⁵ En *Aportes teóricos y metodológicos para la valoración de los daños causados por la violencia*, el CNMH aclaraque: “El conflicto de larga data posibilita la coexistencia de personas victimizadas en distintos periodos, es decir, varias generaciones violentadas, inscritas en diferentes temporalidades del conflicto. Esto incide en el proceso de elaboración de sus experiencias y demandas, y puede producir “una cadena de odios y retaliaciones que semantienen y reproducen por generaciones, ante la ausencia de una justicia mediadora que castigue a los culpables y repare a las víctimas””, (p.50)

las comunidades. La colombiana Natalia Castellanos Martínez, doctora en antropología social de la diversidad cultural, en su artículo en *Antropología de los silencios en el conflicto armado*, afirma al respecto que:

Cuando se utiliza el miedo como una herramienta para silenciar, se afectan profundamente las representaciones de las personas, sus modos de vida, sus sistemas simbólicos y sus tradiciones, revelando continuidades y transformaciones en las que el miedo y sus formas narrativas aparecen como expresión sensorial, respuesta y saber local (Castellanos, 2016, p.14).

En síntesis, “los silencios van arrojando en sus dominios realidades ya acontecimientos”, y “los dominios de los silencios enmudecen la memoria, una memoria que a largo plazo se irá extinguiendo en el olvido”, (2016, p.17-18), afirma Castellanos. Sus ideas entran en concordancia con lo planteado por la historiadora y una de las más importantes investigadoras del conflicto armado colombiano, Marta Inés Villa. Marta ha recorrido el país escuchando a las víctimas de grupos armados, ha analizado sus contextos y las implicaciones de las arremetidas criminales que han cambiado el rumbo de sus vidas. El miedo despierta en ambientes fuertemente marcados por el terror, ya sea derivado de amenazas directas o indirectas, de asesinatos de familiares, vecinos o amigos, torturas, persecución, extorsión, secuestro, abuso sexual o desplazamiento forzado. Todas estas formas de violencia oprimen la libertad y, en muchos casos, obligan al éxodo, al desarraigo, a la impotencia, al dolor y la tristeza. La casa de una familia campesina, ubicada en las entrañas de la ruralidad y a una distancia de horas del casco urbano más próximo, deja de ser un refugio y una morada para convertirse en una trampa. La relación de profunda cercanía y amor por el campo se ve empañada por el sonido de fusiles y bombas, por la cercanía de hombres armados e impredecibles sin una pizca de respeto. Estos sentimientos de opresión, afirma Marta Villa en su texto *El miedo, un eje transversal del éxodo y de la lucha por la ciudadanía*: “Van tomando forma a través de diversos rostros. El miedo a la muerte, el miedo al ‘otro’ e incluso el miedo a sí mismo, a la propia palabra, a la memoria, resultan relevantes” (Villa, 2006, p.23).

La investigadora encadena consecuencias provocadas por el temor, y asevera que el conflicto derrama desconfianzas que comienzan en lo individual, se extienden a lo familiar y lo vecinal, filtrándose como un fantasma en todas las familiaridades y actos comunitarios. Esto provoca un fenómeno de descomposición del tejido social que se traduce en aislamiento, propósitos del terror. Marta Villa añade que:

Basta conversar un par de minutos con personas que han vivido el

desplazamiento para entender cómo esta guerra ha tocado las subjetividades y la vida colectiva: voces bajas, frases inconclusas, nerviosismo ante la mirada de cualquier conocido o desconocido, llantos de muerte reprimidos, desconfianza como consecuencia de que “las paredes oyen”, “los árboles escuchan” o de que “ver, oír y callar” es la única forma de garantizar, al menos, la sobrevivencia, (p.27).

El silencio¹⁶ se convierte así en un mecanismo de defensa y conservación, dificultando la confianza y la solidaridad. De allí, entre otras cosas, de la importancia de los procesos sociales que las víctimas llevan a cabo dentro de sus colectivos, creando grupos de escucha y apoyo, participando en proyectos productivos, conformando grupos de arte, pintando, escribiendo, actuando, tejiendo, sanando el corazón y atenuando el impacto de los recuerdos atroces a través del acompañamiento resiliente, y, sobre todo, reconciliándose con su pasado y consigo mismas, aliviando el sentimiento de culpa que guardan muchas veces. Estos procesos son largos, frenados en ocasiones por la resistencia emergida del temor. Marta Villa añade al respecto que:

El miedo a la palabra, a expresar lo que se siente, lo que se oye, lo que se ve, lo que se recuerda, lo que se piensa, es una de las implicaciones subjetivas y sociales más profundas y la que de mejor manera expresa la existencia de un ambiente de miedo que encuentra en el acto de comunicar y comunicarse con otros una amenaza directa a la vida, (p.27).

A estos temores se suma la angustia de hallarse, tras un desplazamiento forzado, en lugares ajenos y tan disímiles a los conocidos como las ciudades. Luz Mery Velásquez conoce muy bien esta situación, lleva más de diez años como líder y actualmente es la directora de la Mesa de Víctimas de Desaparición Forzada de Antioquia. Su esposo Julián Emilio Cataño fue desaparecido en el municipio de Norcasia (Caldas) en el 2001. Era un ingeniero civil que trabajaba en la hidroeléctrica La Miel cuando Luz Mery supo que unos hombres lo habían raptado y desaparecido. En su camino en busca de justicia, Luzma, como la llaman sus compañeras, ha hecho parte de colectivos en los cuales tiene contacto con mujeres que arrastran consigo historias de una crueldad inimaginable. Luz Mery apunta que sus historias son desgarradoras y muchas de ellas solo se atreven a contarlas cuando toman confianza en

¹⁶ En el texto *Recordar y narrar el conflicto*, del Centro Nacional de Memoria Histórica, se hace referencia a que: “Frente a los horrores vividos, muchas de las víctimas aíslan recuerdos específicos; otras producen “bloqueos” psicológicos o inconscientes de los hechos traumáticos de la violencia vivida. Muchas recuerdan con claridad lo que les ha sucedido e incluso lo llegan a comentar con sus seres allegados, pero deciden guardar silencio frente a extraños porque no quieren recordar ni sumirse de nuevo en el sufrimiento, en el sentimiento de vergüenza o de enojo”, (p.40).

presencia de otras que han hallado en el encuentro y el arte una forma de transformar sus miedos, desahogarse y llorar. De hecho, Luz Mery junto a otras quince mujeres conforman el colectivo de teatro *Desde Adentro*, un acto de amor que desata las fuerzas creativas de las integrantes, convirtiéndolas en sujetos creadores de cultura. Su estética es capaz de enfrentar y tramitar el dolor, pero también es una apuesta ética que, inevitablemente, choca con una realidad cruda que habitan: el abandono Estatal, la pobreza y marginalidad en la que gran parte de ellas viven, ocupando ranchos miserables en las periferias de la ciudad. Ellas son, doblemente, victimizadas a pesar de los esfuerzos de entidades como la Unidad de Víctimas, organismo encargado, entre otras cosas, de reparar a los afectados por el conflicto armado. Estas vicisitudes, inevitablemente, hacen parte de la memoria, puesto que conforman la forma cómo las víctimas afrontaron la violencia.

La socióloga María Teresa Uribe, quien en el 2015 recibió por parte de la Universidad de Antioquia un doctorado Honoris Causa en Ciencias Sociales y Humanas por su contribución y compromiso para pensar el conflicto del país, en su texto *Estado y sociedad frente a las víctimas de la violencia*, siguiendo con las reflexiones sobre el miedo y el silencio, afirmó que:

Así viven las personas que, por razones de la guerra, por miedo a retaliaciones, a nuevas persecuciones, pérdidas o desarraigos, o por temor a los estigmas¹⁷ y sindicaciones, no pueden hablar sobre los dramas de sus vidas. De modo que los mantienen ocultos, como si el hecho de haber sido víctimas constituyera una falta grave, un delito o algo de lo cual avergonzarse. En esta situación se encuentran miles de desterrados y muchas familias victimizadas por uno y otro actor armado, (Uribe, 2003, p. 11).

Este pulso de lo que no se dice posee varias características que se expondrán a continuación.

1.5- Olvidos y silencios

Rescatar las memorias que guardan estas víctimas y reconstruirlas periodísticamente es una tarea difícil que requiere de una sensibilidad y unos métodos particulares. Por eso, es importante lo planteado hasta ahora en estas reflexiones, puesto que permiten ir divisando un

¹⁷ El estigma opera como justificativo de las acciones de los armados, por ello, para las víctimas resulta relevante que los procesos de justicia y de reparación impliquen “limpiar” y dignificar el nombre de sus familiares, (p.32)

mapa desde el cual reconocer los diferentes territorios que conforman el universo de quienes padecieron la arremetida de los violentos. Con el fin de seguir develando las formas de esta cartografía, en la que ya hablamos de la violencia política y su relación con el tema abordado, así como el origen de la importancia de los testimonios en la construcción de conciencia, y los alcances de la memoria en relación con la historia, se continuará con Elizabeth Jelin. Al hablar del testimonio de las víctimas para evaluar el pasado enunciamos el concepto ‘memorias narrativas’ propuesto por la socióloga, para designar aquellas memorias que parten de hecho disruptivos. Es en estas memorias donde habitan los olvidos y los silencios que nos interesan.

Así pues, la socióloga habla, en esencia, de cuatro tipos de olvidos. El primero de ellos es el ‘olvido profundo’ que se refiere al creado por el hecho traumático, que básicamente se expresa por la imposibilidad de dar sentido al acontecimiento, (2002, p.28); el segundo tipo se da en el marco de una ‘política de olvido’, donde actores construyen estrategias de ocultamiento o destrucción de pruebas, impidiendo la recuperación de las memorias en un futuro, (p.29); un tercer olvido es el ‘evasivo’, y demuestra un impulso de no querer reconocer lo que puede herir. Y está el ‘olvido liberador’, en el que el sujeto o un grupo social se libra de la carga del pasado con el fin de mirar hacia el futuro y seguir edificando su vida en común, (p.32).

La autora de *Los trabajos de la memoria* también señala tres tipos de silencios. Según Jelin, como “contracara” de los olvidos. El primero se configura dentro de marcos impuestos por regímenes dictatoriales de diverso tipo, un ‘silencio obligado’. “También hay voluntad de silencio, de no contar o transmitir, de guardar las huellas encerradas en espacios inaccesibles, para cuidar a los otros, como expresión del deseo de no herir ni transmitir sufrimientos”, (p.31). Finalmente, en el plano de la experiencia individual, está el silencio derivado del temor a ser incomprendido y, portanto, revictimizado.

Vemos que olvidos como silencios coexisten, en tanto que el trauma, la emocionalidad y la subjetividad del testimonio son condiciones imprescindibles de las memorias, desde las cuales se pretende comprender, más que conocer de manera factual, cómo los individuos y las comunidades asumieron sucesos traumáticos, y por qué prefirieron dirigir su relato de un modo y no de otro. Estas experiencias, dentro de las que se inscribe lo que no se dice, son puestas en valor y en perspectiva histórica por el periodista investigador que, en este contexto, debe propiciar una expansión teórica, metodológica, narrativa, ética y política, como estrategias “para conocer a fondo los hechos del pasado de violencia política, comprenderlos y comunicarlos con la intención de evitar la repetición de las atrocidades, esto quiere decir, trabajar por la memoria” (Nieto y Hernández, 2020, p. 140).

Este compendio de lo que no se dice propuesto por Jelin pretende mostrar la valía que

representan los olvidos y los silencios dentro de la investigación periodística y posteriormente en el relato final. Este ensayo busca señalar, en qué medida, los periodistas podemos encarar e interpretar estos silencios con el fin de profundizar en las capas que determinan las memorias. Esto es primordial si reconocemos que muchos periodistas solo encienden la grabadora y preguntan lo que *creen necesario*, moldeando desde un principio un relato que no se ha escrito y envolviendo lo que se escucha en prejuicios, creencias e impresiones primarias, impidiendo que la voz y lo que se omite exprese sus sentidos íntimos a través del testimonio, los hábitos, el lenguaje no verbal, los entornos, las cosas, etc. Por supuesto, no se trata de que el reportero haga un entrometido socavamiento de las memorias a través de insistencias o preguntas encubiertas. Esto porque, entre otras cosas, y según María Teresa Uribe:

El olvido y el silencio son condiciones a las cuales lleva también el miedo a la revictimización. Quienes han sido víctimas de las violencias y las guerras temen ser victimizados de nuevo: que no se conceda crédito alguno a sus palabras, que se piense que están mintiendo o exagerando, que se diga que si algo les pasó fue porque lo debían, que quieren desprestigiar al gobierno de turno o que detrás de sus historias se esconden tretas para conseguir algo, (2003, p.12).

Este miedo a la revictimización es el reflejo del poco valor que desde los gobiernos se les ha prestado a las víctimas del conflicto armado, quienes han tenido por muchos años como único recurso para sobrevivir la organización y el aislamiento. Este retraimiento ha sido en parte propiciado por los grandes medios de comunicación, transmisores de discursos invisibilizadores y de voces oficiales que una y otra vez se reivindicán custodios del orden y la justicia.

1.6- ¿Y las víctimas en el cubrimiento periodístico?

Hacer un breve recorrido histórico sobre los principales tópicos abordados por el periodismo nacional, con el fin de intentar hallar la figura de la víctima en el conflicto armado como portadora de memoria, permite comprobar cómo solo hasta principios del siglo XX este tema ocupó la atención del reportero. Una radiografía historiográfica al respecto es el libro *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)*, de la periodista y doctora en ciencias de la información Maryluz Vallejo Mejía.

En su texto, la autora hace un recorrido sobre los principales hechos históricos que fueron

moldeando la concepción del periodismo nacional, en un marco explicativo que reconstruye los pormenores de una profesión íntimamente ligada al poder político, a la violencia, a la censura, a las corrientes literarias, a los modos de producción de los diarios y su afán de consolidar públicos, a las influencias extranjeras y las tecnologías.

Pero en ninguno de sus once capítulos, Vallejo adopta como tópico la imagen de la víctima como materia abordada por la prensa, y esto básicamente porque en el periodo que se ocupa de exponer, la atención de los periodistas y los medios no estaba allí, y el valor por el reconocimiento del testimonio de las víctimas no había adquirido el valor que luego se le daría. Esto no quiere decir que, durante los cien años analizados por la autora, las rotativas no publicaron sobre las víctimas. Sí lo hicieron, pero el tratamiento de sus tragedias tuvo por objeto mostrar los hechos como propios de un crimen, sin centrarse en el modo de cómo las víctimas asumieron su tragedia en un contexto que cargue de significado su pasado doloroso. Según Maryluz Vallejo, “los primeros investigadores encontraron su hábitat natural en la prensa sensacionalista y amarillista, dedicada a destapar escándalos”, (p. 200), idea diametralmente opuesta a la memoria.

A plomo herido arroja algunas pistas sobre el porqué de la ausencia de la víctima del conflicto en la prensa durante los primeros cincuenta años abordados. Entre ellos están los valores noticiosos y de estilo que cada diario tenía como prioridad. A su vez, en la segunda mitad del siglo XIX, los contenidos de los periódicos tenían por objeto transmitir pensamientos ideológicos, y los escritores de sus páginas desarrollaban notas cortas y su trabajo de estilo, de campo y de investigación respondían más a intereses políticos que informativos. Solo hasta finales de este periodo, con la aparición de *El correo nacional* en 1880, y *El reporter* en 1898, se aprecia un afán por entregar noticias cuya investigación se desplegaba, en lo posible, en los lugares de los hechos.

Vallejo afirma que “la crónica de sucesos –también llamada roja, judicial o de policía–, nació con el periodismo informativo a finales del siglo XIX, porque los hechos de sangre y las tragedias pasaron a ocupar un lugar destacado junto a la política y la literatura”, (p.224). La Colombia de aquellos años, que estaba compuesta por ciudades provincianas y una tradición incontenible de violencia política que desangraba el campo, tuvo uno de sus más altos picos durante la Guerra de los mil días (1899 - 1902), que agudizaría las rencillas entre liberales y conservadores. Este ambiente caldeado por el crimen, la divergencia de pensamiento, la pugna por el poder, la impunidad y la corrupción, conformaría el escenario para el reportero interesado por superar las barreras del encuadre noticioso, y adentrarse en la narrativa. Según Vallejo:

El género que cobró más fuerza en las primeras décadas del siglo XX en la prensa colombiana fue el de la crónica, quizá por su sintonía con las exigencias del periodismo moderno: novedad, rapidez, atracción, ligereza y profundidad. Y nos referimos a la crónica entendida como ejercicio de estilo, en la cual predomina la intención estética sobre la informativa o la analítica. El comentario breve, agudo, original y ameno acerca los vertiginosos cambios que se estaban produciendo en la sociedad,¹⁸ (p. 222).

Existieron grandes cronistas en esta primera mitad del siglo XX. Gracias a compilaciones posteriores, es posible apreciar la valía de sus trabajos en el campo de la narrativa periodística. Los críticos coinciden en que uno de los mayores exponentes de la crónica roja fue Felipe González Toledo (1911 - 1991). González Toledo, apreciado por García Márquez, quien lo llamó el padre de la crónica roja, comenzó su carrera en los años 30, y se ganó un lugar destacado al convertirse en reportero de *El Espectador* y, posteriormente, en codirector del semanario *Sucesos*, dedicado a la crónica. En 1994, tres años después de su muerte, apareció el libro *20 crónicas policíacas: las memorias de un gran reportero sobre medio siglo de crímenes en Bogotá*.

Otro libro que permite apreciar el estilo de las crónicas sobre crímenes de mediados del siglo XX es *Selección de Sucesos: Locura e intriga en el asesinato y proceso de Jorge Eliécer Gaitán*. Esta obra es una recopilación de algunas de las mejores crónicas judiciales y policíacas aparecidas en *Sucesos* entre los años 1956 y 1962. Allí están las plumas de Gabriel García Márquez, Guillermo Cano, Juan Lozano, Carlos Villar y Plinio Apuleyo, entre otros.

A mediados del siglo XX, en Medellín también hubo un gran cronista, Alfonso Upegui Orozco, más conocido por el apelativo de ‘Don Upo’. Sobre Upegui, el escritor y periodista Óscar Collazos, afirmó que, “Alfonso Upegui, don Upo, escribió entre 1930 y 1972 las más sabrosas crónicas rojas que recuerde el periodismo de Medellín y de Colombia, si es que todavía se recuerda lo que se escribió en los periódicos cuando el crimen era el arrebató de las pasiones humanas y no una perversión de las pasiones ideológicas...” (Otra Parte, 2017). Un libro que recopila algunas de sus mejores crónicas son *Ya te maté, bien mío ahora, qué será mi vida sin ti, Crónicas Judiciales de Don Upo*, (2016).

Y así se podría seguir recorriendo, por ejemplo, los dos tomos de la *Antología de grandes*

¹⁸ Para profundizar en este tema, véase Maryluz Vallejo, *La crónica en Colombia: medio siglo de oro*, Bogotá, Biblioteca familiar colombiana, 1997. El prólogo ofrece, según recomienda la autora, un panorama sobre el devenir de la crónica en este periodo y se definen sus rasgos y tipología.

crónicas colombianas, realizados por el periodista y escritor Daniel Samper, que van desde 1529 hasta el 2007. En sus páginas se leen historias sobre viajes, descubrimientos, reinas, el conflicto armado, ciclismo, guerrillas, famosos asesinatos, la vida bandolera, fantasmas, incendios, moda, tomas guerrilleras, tragedias naturales, atentados, toreros, cementerios, paramilitarismo, indígenas, etc. En el prólogo del segundo tomo, Samper afirma que, “me parece, si acaso, que cada vez es más reconocida la influencia del montaje cinematográfico en la narrativa moderna, incluidos el reportaje y la crónica, y que la frontera entre los géneros tiende a difuminarse, más que a consolidarse”, (p.17).

El periodo de La Violencia en Colombia, que se agudizó con la muerte de Gaitán, también ha sido narrado no solo por el periodismo, sino también desde las ciencias sociales. Un ejemplo del primero es *Violencia en el Tolima, ríos de sangre, muerte y desolación*, del periodista tolimense Víctor Prado Delgado. En este texto reconstruye cómo el deseo de la tenencia de la tierra en este departamento despertó una violencia caracterizada por su crueldad y odio. Por su parte, está el estudio *Bandoleros, gamonales y campesinos*, de los investigadores Donny Meertens y Gonzalo Sánchez. Allí, estos dos académicos estudiosos del conflicto armado brindan perspectivas históricas para comprender la composición social de las zonas cafeteras y cómo el bandolerismo impuso una forma de concebir las relaciones sociales. Un texto especialmente interesante y que ya ha sido citado, es *Hilando Fino, voces femeninas de la violencia*, de la antropóloga María Victoria Uribe. En este estudio la autora logra entrevistar a mujeres octogenarias con un fin de memoria, esto es, conocer como ellas, las víctimas, recuerdan, vivieron y afrontaron la violencia.

En los últimos 30 años, los periodistas siguieron interesándose por el fenómeno de la guerra y sus consecuencias y raíces, pero la memoria de la víctima, su relato contado desde la sensibilidad de su recuerdo en clave de qué tanto dice del presente, no se daría sino con fuerza hasta principios del siglo XXI. Algunos de los libros más destacados de la década de los 90 y que trataron la violencia en varias de sus dimensiones, fueron *Crónicas que matan* (1992), de María Jimena Duzán, una recopilación de crónicas de algunos sucesos que marcaron la historia del país en los años 80, cuando el narcotráfico comenzaba a ocupar un espacio decisivo en los arbitrajes del país. Otro reportaje es *El oro y la sangre* (1994), de Juan José Hoyos, sobre las vicisitudes amargas de una comunidad indígena que descubre una mina de oro en su territorio. Y algunas de las crónicas más destacadas y esclarecedoras sobre el conflicto están escritas por Alfredo Molano, siendo algunos de sus libros, *Agua arriba: entre la coca y el oro* (1990), *Trochas y fusiles* (1994), y, *Ahí le dejo esos fierros* (2009). Los libros de Molano, particularmente, giran en torno a narrar el surgimiento de las guerrillas desde las

entrañas del campesinado en su lucha por la tierra. Otro tema que ocuparía la atención de los periodistas es el paramilitarismo, siendo el libro *Guerras recicladas* (2014), de María Teresa Ronderos, uno de los más esclarecedores frente a este fenómeno.

Por otra parte, una gran cantidad de víctimas, debido al desplazamiento y la amenaza, terminaron ocupando precarias viviendas en las grandes ciudades, como Medellín. Ellas fueron testigos y protagonistas de la crueldad de la guerra en la ruralidad, y también han aportado su memoria, en la medida en que reporteros, investigadores sociales y entidades han querido abordar sus recuerdos. La periodista y docente de la Universidad de Antioquia, Patricia Nieto, es la compiladora y editora de algunos de estos testimonios que fueron recogidos en los libros, *Jamás olvidaré tu nombre* (2006), *El cielo no me abandona* (2007), y *Donde pisé aún crece la hierba* (2010).

Las memorias de las víctimas del conflicto urbano también han sido abordadas. Entre los libros de crónicas a destacar está: *Comuna 13. Crónica de una guerra urbana: De Orión a la Escombrera* (2005), del destacado periodista Ricardo Aricapa. Allí el reportero tras un amplio trabajo de campo e investigación cuenta, en primera y en tercera persona, no solo los avatares que significó la incursión militar y paramilitar a esta comuna de Medellín, con el fin de repeler las milicias guerrilleras, sino también las felicidades, los sueños y las frustraciones de sus protagonistas.

Los reporteros, en su trabajo de cubrimiento de este tipo de sucesos, también han sido víctimas de los actores armados, legales e ilegales. La Fundación para la Libertad de Prensa, Flip, lleva un recuento sistematizado en su página web de los periodistas que han sido asesinados por causas asociadas a su oficio; a la fecha (4 de diciembre del 2022) van 164. El recuento comienza el 12 de octubre de 1938, con el asesinato del periodista Eudoro Galarza Ossa, en la ciudad de Manizales, por parte de un oficial de la policía. Las razones de su muerte se debieron a sus denuncias sobre los malos tratos que un oficial daba a su tropa. La lista finaliza el 16 de octubre del 2022, con el asesinato en el municipio de Montelívano, Córdoba, de Rafael Emiro Moreno. El reportero, director del medio radial Voces de Córdoba, y que ya había amenazado de muerte en el 2019, llevaba investigaciones relacionadas con actos de corrupción en varios municipios del departamento. Rafael Emiro estaba en un local de su propiedad cuando fue atacado por dos hombres. Durante 1990 fueron asesinados cinco reporteros; durante 1991 fueron 11; en 1992 fueron tres; en 1993 fueron seis; en 1994 fueron cuatro; en 1995 fueron cuatro también; en 1996 fueron dos; en 1997 fueron seis; en el 1998 fueron cuatro; en 1999 fueron siete; en el 2000 fueron ocho; en el 2001 fueron nueve; en el 2002 fueron diez; en el 2003 fueron siete los periodistas asesinados; en el 2004 fueron tres; en el 2005 fueron dos; en

el 2006 fueron tres; y entre el 2007 y octubre del 2022, fueron asesinados 22 periodistas.

Según se puede deducir de las reseñas que acompañan cada víctima, gran parte de ellas recibieron amenazas de muerte antes de ser consumada la advertencia, y sus muertes se dieron en el marco de investigaciones de corrupción y abusos de poder donde los principales sospechosos eran políticos y grupos armados tanto legales como ilegales. La amenaza como repertorio de la violencia política es una constante dentro de las actividades periodísticas, y tiene como propósito disuadir al reportero de continuar con sus indagaciones y denuncias.

Frente al asedio y a la amenaza en medio de la profesión, el periodista e investigador Carlos Mario Correa, y el filósofo y especialista en periodismo investigativo Marco Antonio Mejía, escribieron el libro testimonial *Las llaves del periódico*, (2009). En él se narra el quehacer periodístico y las consecuencias trágicas que trajo consigo la persecución del Cartel de Medellín en contra del periódico El Espectador, diario que estuvo denunciando los estamentos de corrupción que el narcotráfico edificó en los círculos sociales más importantes del país. Allí la memoria de ambos escritores está presente.

Frente a su labor como reportero y el cubrimiento de la tragedia de las víctimas, el hoy docente Carlos Mario Correa manifestó en una entrevista que:

“Por miedo es que las víctimas guardaron silencio y los periodistas publicamos muy poco sobre ellas; publicamos generalidades de los hechos y no nos detuvimos en la víctima o en las víctimas con nombre propio, dolor propio y situación social propia, con relato, como se piensa hoy con la memoria. Yo creo que los periodistas de los 90, que éramos periodistas de a pie y de choque de cubrimiento *in situ*, con grabadora, libreta de apuntes y fotógrafo, éramos de inmediatez, recogíamos testimonios aleatoriamente, no muy detenidamente y con base a la observación directa de los hechos violentos reconstruíamos lo sucedido. Yo diría que en los 90 y hasta entrado el siglo XXI hicimos un periodismo así”, (C. Correa, comunicación personal, 17 de noviembre de 2021)¹⁹.

1.7- Pista para cambiar el chip hacia la memoria

El periodista Álvaro Sierra, experto en el cubrimiento de temas de paz y conflicto armado, en

¹⁹ Puede leerse la entrevista completa a Carlos Mario Correa en el apéndice de este trabajo. Allí también brindan sus puntos de vista los destacados reporteros y escritores Pilar Lozano y Roberto Herrscher, quienes hablan del oficio y su relación con el cubrimiento de las memorias del conflicto armado.

su artículo *Elementos para el cubrimiento del conflicto y el posconflicto en Colombia. El país del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*²⁰, brinda una interesante perspectiva para entender el modo de cómo los medios de comunicación siguen anclados en viejos modelos de ‘noticiabilidad’, propios del cubrimiento del conflicto. En vez de encaminarse a comprender los elementos esenciales que caracterizan el posconflicto. Al no darse esta distinción, las víctimas siguen ocupando en el relato de prensa un mero lugar que no profundiza en la esencia de sus memorias. Sierra señala que:

Este es el primer problema que el periodismo colombiano enfrenta hoy en este campo; en general, los elementos propios del posconflicto se están cubriendo con las lógicas con las que se ha venido cubriendo por años el conflicto armado; y el posconflicto demanda lógicas y conocimientos muy distintos. La mayoría de los periodistas y sus medios aún no han hecho el ‘clic’ necesario para cubrir los procesos de posconflicto, ni han hecho plena conciencia de que demanda destrezas y sensibilidad muy distintas. Y todo un nuevo aprendizaje, (p. 56).

Sierra añade que el periodismo colombiano, a lo largo de su historia, ha puesto su lupa en el conflicto, no en la paz; en los brotes de violencia, y no en los procesos de reconstrucción que las víctimas desarrollan en medio de las amenazas y el abandono estatal; el periodista se ha afanado en narrar las versiones de los victimarios y las historias que los envuelve, pero poco escuchado la voz de las víctimas en clave de acercarse a interpretar no solo sus historias, sino también sus miedos, sus olvidos y silencios. Sierra expone algunos de los elementos divergentes que componen el cubrimiento del conflicto y el posconflicto:

Los procesos propios del conflicto armado abierto están relacionados con la evolución de la guerra y la negociación y los diálogos con los grupos armados al margen de la ley; la evolución de la política de seguridad democrática, las violaciones a los Derechos Humanos e infracción al DIH, la guerra contra las drogas, al igual que fenómenos como las minas antipersonas, el reclutamiento de menores de edad, el desplazamiento y la situación de los refugiados. Por su parte, entre los elementos propios del posconflicto se identifican los procesos de desmovilización, desarme y reintegración, y los de justicia transicional o

²⁰ La novela *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde* fue publicada en 1886 y su autor es el escritor británico Robert Louis Stevenson. Álvaro Sierra hace referencia a esta obra en el titular de su ensayo para destacar los extremos del conflicto y la búsqueda de la paz en Colombia, y cómo la fluctuación podría representarse en la figura del protagonista de la novela, un científico llamado Jekyll. Este hombre, visto ante la sociedad como un ejemplo a seguir, crea una pócima que, al consumir, lo convierte en un ser despreciable, violento y asesino. Este libro se ha convertido en una pieza para ejemplarizar los impulsos psíquicos del bien y el mal que se le atribuye al ser humano.

restaurativa, de verdad, justicia y reparación, (p. 46).

Sierra escribió las anteriores observaciones durante el 2008, en el marco de un encuentro organizado por la Corporación Medios para la Paz, y hacía un par de años atrás se había dado la desmovilización de estructuras paramilitares, con la Ley 975 del 2005. Si bien esta norma busca facilitar “los procesos de paz y la reincorporación a la vida civil de miembros de grupos armados al margen de la ley (...), garantizando los derechos de las víctimas a la verdad, la justicia y la reparación integral” (Función Pública, 2005), no sería hasta la Ley 1448 del 2011, que las víctimas ocuparon un lugar central de atención para el Estado. En el Artículo 2 de dicha norma, se afirma que: “La presente ley regula lo concerniente a ayuda humanitaria, atención, asistencia y reparación de las víctimas (...), ofreciendo herramientas para que estas reivindiquen su dignidad y asuman su plena ciudadanía”, (Función Pública, 2011). Posteriormente, con la creación del Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición, luego del Acuerdo de Paz entre el Estado colombiano y la exguerrilla de la Farc, hoy partido político, las víctimas se convirtieron en objeto de interés. En este caso, el periodismo que trabaja por la memoria, en la reconstrucción de relatos, busca contribuir a la verdad y a la dignidad de las víctimas. Una de las instituciones creadas con el fin de consolidar el tránsito hacia la paz, es el Centro Nacional de Memoria Histórica. Esta entidad ha sacado varias publicaciones de estilo periodístico que han aportado a la memoria del país. Uno de esos textos es *Esa mina llevaba mi nombre*, (2016), compuesto por diez crónicas que cuentan las historias de víctimas de este tipo de explosivos.

Esta gama normativa, que se desarrolla durante procesos que buscan la transición del conflicto a la convivencia, terminó de abrir las oportunidades para el abordaje de las víctimas en el relato periodístico con enfoque de memoria. Al respecto, Álvaro Sierra indica que, para el cubrimiento del llamado ‘posconflicto’, aunque en la realidad la violencia continúa con otros actores, es necesario no solo conocer las leyes ya citadas, es necesario que el periodista comprenda las dimensiones del concepto de memoria, y se esfuerce en brindar relatos donde quede en evidencia los tortuosos procesos que el conflicto y la falta de oportunidades causaron. Algunos de estos conocimientos ya han sido expuestos en capítulos anteriores.

1.8- Periodismo narrativo, vehículo de la memoria

Para el caso de este ensayo, nos centraremos en comprender las características del periodismo narrativo, cuyo formato es el escrito, aunque muchas de las ideas y conceptos esbozados a

continuación pueden aplicarse a otro tipo de expresiones de la representación periodística, pasando por los formatos audiovisuales y multimediales de la internet. Para luego tejer un diálogo entre el periodismo y la memoria y cómo este primero es un vehículo que reúne cualidades propicias para comprender el pasado del conflicto desde la sensibilidad que permite ser transmitida con la escritura. El periodismo al servicio de la memoria es, ante todo, una apuesta ética con la sociedad y la democracia.

No dejan de inquietarnos las historias reales, porque tácitamente el periodista le está ofreciendo al lector la promesa de que nada de lo contenido en la historia que leerá está inventado. En la ficción este contrato está diluido: el lector sabe de antemano que lo que le está siendo narrado nunca pasó, y que su fiebre de mantenerse en la lectura está sujeto en lo interesante y ágil de la composición narrativa, de su estilo y de su fondo. La cronista argentina Leila Guerriero, afamada por su personal estilo de contar historias, en varias ocasiones ha traído en sus charlas y artículos el ejemplo de la novela de no ficción *Operación Masacre*, del periodista también argentino Rodolfo Walsh, para hablar sobre los orígenes de lo que hoy conocemos como reportaje en Latinoamérica. El relato fue publicado en 1957 y cuenta cómo fueron las circunstancias en torno al fusilamiento de cinco civiles por parte de agentes del Estado argentino de la época, documentando un evidente caso de violencia política. Walsh se encargó de investigar este asunto, luego de que un conocido le contara en un café lo ocurrido. Así fue dando con los sobrevivientes y con la historia. Guerriero destaca que el periodista bien pudo haber escrito esta historia con un lenguaje justiciero y notarial, dando a conocer pruebas, testimonios, documentos y datos duros, lenguaje propio de la época en los diarios. Pero en cambio, Walsh se valió de técnicas literarias para escribir una crónica con características propias que solemos encontrar en la ficción: una sucesión de escenas en orden que van aumentando el clímax de la historia, subiendo la intensidad, manteniendo la tensión y la atención del lector.

La cronista quiere destruir esa pretensión de la objetividad que tanto se ha pregonado como característica esencial del periodismo de calidad. Para ello, Guerriero demarca el límite entre la no ficción y la ficción, señalando que el primero está restringido, ineludiblemente, al no inventar. Y este no inventar debe ser un esfuerzo proveniente de la interpretación, cualidad de la que el hombre no puede huir. Así pues, el periodismo es lo contrario a la objetividad, de hecho, es una mirada del mundo a través de los sentidos, las sensaciones y las interpretaciones del investigador. El escritor y periodista argentino Tomas Eloy Martínez dice siguiendo este pensamiento que, “un periodista que conoce a su lector jamás se exhibe. Establece con él, desde el principio, lo que yo llamaría un pacto de fidelidades: fidelidad a la propia conciencia y fidelidad a la verdad”, (Eloy, 2002), y esto sencillamente porque el periodismo es la vocación

humana donde menos hay lugar para las verdades absolutas. Por ello el periodismo duda, verifica datos e interroga todo el que sea posible. El gran cronista colombiano Germán Castro Caycedo, en su discurso al recibir un reconocimiento por su vida y obra en el marco del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar del 2015, manifestó que: “Pienso que en periodismo no ha existido, ni existe, ni existirá objetividad en cuanto haya seres humanos de por medio: en cambio creo que los cimientos de nuestro oficio son el equilibrio y la precisión²¹”, (Castro, 2015).

Guerriero asegura al respecto en su libro *Zona de obras* que:

...Un periodista evaluará los decibeles de dolor, riqueza y maldad del prójimo según su filosofía y su gastritis, y hasta es posible que un periodista de Londres y otro de la provincia argentina de Formosa tengan nociones opuestas acerca de cuándo una persona es pelada, una tarde es triste o una ciudad es fea, pero lo que no deberían tener son alucinaciones: escuchar lo que la gente no dice, ver niños hambrientos allí donde no los hay, imaginar que son atacados por un comando en plena selva cuando están flotando con un *bloody mary* en la piscina del hotel, (p.45).

Pero si queremos ir más allá, la subjetividad comienza con la versión misma de los testigos o los protagonistas de los hechos investigados, puesto que los testimonios están trabajados por los nervios, los intereses, las preconcepciones, la vitalidad, el trauma, el dolor, los anhelos y sus esperanzas. El recuerdo, el del periodista y el de sus fuentes, es siempre una interpretación comunicada por medio de la plástica de la palabra, lo que pone de manifiesto el carácter relativo que subyace en cualquier relato con pretensiones de mostrar una realidad: la realidad es como somos, nos sentimos y las frases que utilizamos para expresarla. Y es que, según el periodista y escritor Juan Villoro, “el intento de darles voz a los demás -estímulo cardinal de la crónica-, es un ejercicio de aproximaciones. Imposible suplantar sin pérdida a quien vivió la experiencia”, (Villoro, 2005). En su libro de crónicas *Safari occidental*, el mexicano apunta además que “la voz del cronista es una voz delegada, producto de una “desubjetivación”:

²¹ Germán Castro Caycedo va más allá y añade que en la crónica “...confluyen todos los géneros de ese oficio: además de dar noticias, su desarrollo tiene que basarse en una estructura: lineal o secuencia rota. Y debe incluir tantas entrevistas cuantas versiones surjan en torno a un hecho. Y para contar es necesario manejar el tiempo dramático, y el tiempo de época, y la cronología; y también el factor sorpresa en busca de suspenso. Y el ritmo como resultado de la periodicidad con que sean ubicados los clímax o momentos intensos del relato. Como narrativa no-ficción, la crónica debe detenerse en el contraste, un elemento siempre presente en nuestro mundo. Pero, además, la crónica no puede prescindir del ámbito sensorial inherente a nuestra realidad y por tanto debe registrar invariablemente olores, sabores, texturas, sonidos, colores...”.

alguien perdió el habla o alguien la presta para que él diga en forma vicaria. Si reconoce esta limitación, su trabajo no sólo es posible sino necesario”, (2005).

La fama de *Operación masacre* también estriba en que salió al público nueve años antes que *A sangre fría*, de Truman Capote, que el mismo autor rotuló como novela de no ficción. Sin embargo, ya en Colombia, y más concretamente en Medellín, se había publicado en 1875 un relato llamado *El crimen de Aguacatal*, de Francisco de Paula Muñoz. El periodista e investigador colombiano Juan José Hoyos se encargó de indagar los orígenes de este texto, poco conocido en la actualidad, para conocer su autor, los pormenores de los asesinatos y el contexto sociopolítico de la ciudadal momento del crimen. Lo más interesante es que Hoyos llega a la conclusión de que el relato es una muestra temprana de lo que hoy conocemos como reportaje. Muñoz, quien escribió para diarios, se valió de su puesto de funcionario judicial de la época para profundizar y seguirle la pista a la investigación que terminó con la captura y judicialización de Daniel Escobar, primo de una de las víctimas. Escobar afirmaría que lo que lo motivó fue el apoderarse del dinero y las joyas de la familia, a quienes mató una madrugada utilizando un hacha de 75 centímetros que hoy hace parte de la colección de objetos del Museo de Antioquia.

Juan José Hoyos, describiendo la técnica y el estilo de Francisco de Paula Muñoz, afirma en su estudio *Un pionero del reportaje*, muy en consonancia con lo citado por Leila Guerriero frente al estilo periodístico: “A lo largo de su relato, Muñoz trata de dar cuenta de todos los gestos, movimientos y detalles significativos exteriores al mero registro frío consignado por los funcionarios en el expediente”, (p.109), como se puede percibir en el relato que hizo Muñoz de las escenas de juzgamiento del asesino, para dar cuenta incluso de los personajes presentes en el aposento. Hoyos afirma que para crear la atmósfera necesaria de cómo transcurría este hecho en particular, Muñoz utiliza “una narrativa vigorosa, emotiva, basada en sus propias vivencias y en una exposición personal de los hechos” (p.109).

Traigo a colación estos dos ejemplos sobre periodismo narrativo para poner sobre la mesa que la discusión sobre la no ficción y la ficción está delimitada por el grado de verdad y las técnicas utilizadas para aproximarse a ella, ya sea por medio de la investigación, ya sea por medio de la escritura. Si quisiéramos establecer un punto intermedio entre estas dos nociones, podríamos nombrar atrevidamente el *Diario del año de la peste*, de Daniel Defoe, relato de ficción publicado en 1722, y que fue construido en parte con datos reales sobre lugares y acontecimientos. De hecho, el autor vivió esta pandemia mortífera de peste bubónica en Londres entre 1665 y 1666 cuando era un niño. Las crónicas de indias son también una muestra de cuán antigua es la noción y la necesidad de transmitir una verdad en la narrativa,

aunque una gran porción de estos relatos posea pasajes que, en nuestros días, rayan en la fantasía.

1.9- El periodismo narrativo Vs periodismo informativo

Ahora reflexionemos a cerca de tres grandes diferencias entre el que podríamos llamar el periodismo informativo, el del día a día, y el periodismo narrativo, con el fin de apreciar algunos de los alcances de este último frente al tratamiento de las memorias. El primero suele seguir una fórmula sustentada en la ‘pirámide invertida’, un modelo para representar la realidad con datos duros, un lenguaje aséptico y tratando de responder a la fórmula de las cinco W²² (qué, quién, cuándo, dónde y por qué), construyendo un texto que comienza con el dato más importante y terminando con el menos importante (Pena, 2009, p.52); a su vez, su objetivo es mostrar un aspecto actual de la realidad social con base en valores periodísticos como la precisión, la brevedad, la novedad y el equilibrio de fuentes. Además, en el periodismo informativo, el periodista debe dar la impresión, en favor de la pretendida objetividad, de no intervenir u opinar en el hecho que se cubre. Y, en esencia, en las noticias diarias hay fuentes, no personajes como en las crónicas, y estas fuentes están en el no-lugar y en el no-tiempo, (Herrscher, 2012, p.32).

El periodismo narrativo, por su parte, no está subordinado a la pirámide invertida: busca contar una historia con las características formales de un relato donde se desarrollan, en lo posible, hechos, sensaciones, escenas, diálogos y contextos, en escenarios donde no hay fuentes sino personajes y en contextos particulares. En este espacio el autor puede darse libertades retóricas que no tienen nada que ver con un acercamiento a la ficción, como ya dijimos, sino con un recurso sensible dentro del sistema de la dramatización que ayuda a configurar en el relato, entre otras cosas, los silencios y los olvidos. Este hecho es notorio cuando son exploradas las memorias, que no tienen que ver con la actualidad en tanto son rescatadas con el fin de pensar el presente y proyectar el futuro.

Para una definición más exacta de lo que es el periodismo narrativo, adopto lo dicho por el periodista e investigador Juan José Hoyos, al afirmar que este busca:

...captar una historia con todos sus detalles, retratando de paso sus personajes,

²² Esta idea, que funda la base del reporterismo, es anglosajona, por eso en el campo del periodismo se le conoce como las 5W: Who, what, when, where, why. Quién, qué, cuándo, dónde, por qué.

sus ambientes, recreando el drama que hay detrás de los hechos que se narran. Por ese afán totalizador, también es un punto de encuentro entre el periodismo, la literatura, la antropología, la historia, el arte y muchos otros campos del conocimiento ligados a las ciencias humanas, (2003, p.14).

En este mismo sentido, el periodista argentino Roberto Herrscher nos dice del periodismo narrativo en profundidad que:

Los nuevos cronistas se sumergen en las calles de sus propias ciudades y en lejanos poblados como antropólogos, estudian las relaciones y las conductas como sociólogos y psicólogos, aprenden del pasado para entender el presente como historiadores, y en sus libros analizan y piensan en pluma alta a la par que cuentan. Son narradores y ensayistas (Herrscher, 2015, p.32).

Ahora, entre el periodismo netamente informativo y el periodismo narrativo hay toda una gama de acercamientos a la realidad que están íntimamente ligados a la historia que se cuenta, al autor y a los marcos culturales, sociales, políticos y tecnológicos. Pero, aun así, el periodismo según Lorenzo Gomis no deja de ser un método de interpretación, porque escoge entre todo aquello que ocurre en su entorno social lo que considera interesante, noticioso, para interpretarlo y traducirlo a un lenguaje fácil y común. El periodismo, a su vez, distingue de la noticia lo más relevante y lo menos relevante, y “además de comunicar las informaciones así elaboradas, trata también de situarlas y ambientarlas para que se comprendan (reportajes, crónicas)”, (Gomis, 1991, p. 38).

La crónica proyecta también, fuera del universo humano del drama en los hechos narrados, un juicio y una valoración sobre los mismos. Esto desvela el carácter político de la crónica, pues a la vez que denuncia, critica una realidad social particular que interpela a las demás esferas sociales. Podríamos hablar de una especie de estatuto transgresor de la crónica, ya que moviliza nuevas miradas que incomodan las representaciones hegemónicas mostradas por el periodismo con mayor audiencia. El periodista, pues, no es un agente pasivo.

Roberto Herrscher, uno de los más destacados cronistas de nuestra época, en su estudio *Periodismo narrativo, cómo contar la realidad con las armas de la literatura*, manifiesta al respecto que:

Los grandes textos de periodismo narrativo tienen, creo, una enorme ambición escondida. No buscan solo informar, entretener o enseñar algo. Buscan el mayor objetivo al que puede aspirar un escrito: que el lector cambie, crezca, conozca no solo una parcela del mundo que desconocía, sino que termine conociendo una

parcela de sí mismo que no había frecuentado, (p.36).

1.10- Periodismo para la memoria

Abordar las tensiones sociales es uno de los propósitos que tiene el periodismo de memoria. Como ya lo mencionamos, los testimonios de las víctimas abordados como relatos que brindan una realidad que interpela por su injusticia, tienen un alto carácter político hoy, pues por primera vez en Colombia y gracias a los mecanismos de justicia transicional, las víctimas del conflicto tuvieron derechos específicos y legítimo reconocimiento estatal. Esos testimonios, convertidos luego en relatos periodísticos, invitan a reinterpretar críticamente el pasado a partir del relato hoy conocido de las víctimas, que estuvo acallado por más de 70 años de historia. Los efectos de esa propagación de memorias podemos percibirlo hoy con la alta aceptación, como hecho histórico, de los mal llamados ‘falsos positivos’. Este nuevo conocimiento al servicio de la opinión pública ha permitido reinterpretar el pasado acumulado y transmitido por los medios hegemónicos.

Si bien este cambio gradual de paradigma es propiciado también por la propagación de noticias sobre corrupción en todos los niveles expuestos, las crónicas escritas, radiales, televisivas y multimediales han aportado dimensiones más profundas a quienes acuden a ellas. Por supuesto, en nuestro país, el Estado²³ y los organismos encargados de estudiar y recopilar la memoria histórica, tienen como objetivo misional difundir en la mayor cantidad de lenguajes, formatos y medios, realidades rescatadas de la indiferencia histórica.

Podemos apreciar entonces el poder que radica en el relato de memoria, que sigue sirviendo como fuente de consulta mientras va transformando la forma como el ciudadano se concibe como sujeto político. El periodismo en esta dirección aspira a contribuir a la realización de una democracia ideal. Tomas Eloy Martínez expresa esta misma idea de la siguiente forma:

Una de las peores afrentas a la inteligencia humana es que sigamos siendo incapaces de construir una sociedad fundada por igual en la libertad y en la justicia. No me resigno a que se hable de libertad afirmando que para tenerla

²³ María Teresa Uribe nos recuerda en su ensayo *Memorias, historias y ciudad*, que “la obligación de los Estados y las administraciones locales es recordar y hacer recordar, creando las garantías necesarias para desatar las memorias atrapadas en la guerra, y los climas apropiados de respeto y de confianza para evitar, en la medida de lo posible, lo que ocurre cuando se abre sin precauciones la caja de Pandora” (p.77).

debemos sacrificar la justicia, ni que se prometa justicia admitiendo que para alcanzarla hay que amordazar la libertad (...). El nuevo desafío es cómo hacerlo a través de relatos memorables, en los que el destino de un solo hombre o de unos pocos hombres permita reflejar el destino de muchos o de todos, (2005).

Reflejar el destino de muchos hombres a través de la historia de uno fue la fórmula empleada en el documental *Viaje al silencio*, dirigido por la periodista Ginna Morelo, una monteriana que lleva más de veinte años narrando las memorias producto de la violencia en el departamento de Córdoba. La pieza audiovisual centra su atención en contar a través de testimonios las luchas de resistencia del líder indígena Kimy Pernía Domicó, quien se opuso a la construcción de la Represa Urrá I, pues esta amenazaba con despojar e inundar tierras que ancestralmente pertenecían a la comunidad embera katío del Alto Sinú. Martha Domicó, hija del líder que finalmente fue asesinado y desaparecido por paramilitares en junio del 2001, hace un esfuerzo por recordar ante la cámara las motivaciones de Kimy Pernía para oponerse al megaproyecto, cuya licencia ambiental fue otorgada en 1999 en medio de los más altos escándalos de corrupción.

Martha Domicó, como otros entrevistados que conocieron personalmente al líder, hace énfasis en aspectos que las cifras y los sucesos contados en el periodismo informativo no dan cuenta, entre ellos: la relación mágica y cosmogónica de los indígenas con la naturaleza a través de la noción madre tierra, que les permite un profundo conocimiento y cercanía con la misma; y la fuerte convicción de pertenencia del líder, basada en el conocimiento ancestral heredado. Ambos universos son abordados en el documental desde la emocionalidad de los testimonios, mostrados e ilustrados con los escenarios de esa exuberante, hermosa, imponente y mística naturaleza. Los olvidos y los silencios son rescatados por Ginna Morelo por medio de la evocación de los mismos temores que, en su momento, paralizaron a Martha Domicó durante el estigma y la persecución contra su pueblo y su líder, tanto por parte de guerrillas como paramilitares. Los grupos ilegales, de derecha y de izquierda, vieron en Kimy Pernía a un enemigo, poniéndolo en medio de una disputa en la que él solo tenía como arma su palabra y su capacidad de convocar. El documental describe el ambiente sociopolítico de la época, y cómo el líder embera tuvo razón frente a los daños irreparables que el embalse ocasionó a la naturaleza y las economías locales, sembrando el miedo. Miedo que en la actualidad perdura.

Los documentales con una alta carga expresiva, como ocurre con el periodismo narrativo, dan cuenta de un énfasis agregado a las cualidades subjetivas de la experiencia y la memoria, como lo afirma el crítico y teórico del cine estadounidense Bill Nichols. Para Nichols, los documentales tienen una intención política en cuanto el director asume un lugar desde el cual

narrar una realidad social que pone en evidencia las debilidades e injusticias presentes en las comunidades, colectivos o minorías. Bill Nichols coincide con Tomás Eloy Martínez en cuanto a la naturaleza sugerente y crítica que toda representación periodística debe poseer:

La tarea de los documentales es conmover para asumir una predisposición o perspectiva respecto a algún aspecto del mundo. Este objetivo requiere de poner atención a las tres “C”: credibilidad, un carácter convincente y una retórica cautivante. Llamar nuestra atención respecto a problemas sociales que nos unen y dividen como personas, y hacer el perfil de vidas complejas y reveladoras de individuos específicos, son desde las decisiones más recurrentes que toman los documentalistas, (Nichols, 2013, p.271).

Viaje al silencio nos muestra con la historia de Kimy Pernía los ideales de toda una comunidad, toda una manera de estar en el mundo, y la resistencia contra la violencia con fines políticos de miles de campesinos, afrodescendientes e indígenas que han sido asesinados en el país, en un ejercicio de terror sistemático que, como nos lo recordó la antropóloga María Victoria Uribe, se viene ejecutando desde antes de la muerte de Gaitán.

1.11 - Pistas para narrar la memoria y sus silencios

A esta altura del ensayo es posible identificar conceptos, nociones históricas, prácticas y métodos útiles a aquellos reporteros que buscan aportar a la memoria, con el fin de contribuir a una sociedad más justa e incluyente. Se nos presenta una gran oportunidad de que el periodismo cumpla con su función social, y para ello es primordial entender la compleja relación que existe, por tantos años de conflicto, entre la población civil considerada como víctima y los actores armados, y cómo los medios y el poder aportaron a acallar a las víctimas, de allí nuestro recorrido. Y es que, como lo afirma la politóloga Olga Behar Leiser, una de las mayores exponentes del periodismo de memoria, “en un país donde la información es utilizada como arma de guerra, es necesario que ahora ella se convierta en un instrumento hacia la paz”, (Behar, 2016, p.61).

En este capítulo nos centraremos en condensar algunas ideas ya planteadas en torno a prácticas y métodos al momento del trabajo de campo, e ideas sugeridas a la hora de la escritura del relato.

Siguiendo con la antropóloga Natalia Castellanos, ella plantea la necesidad de que el

investigador que se acerca a una persona o a una comunidad que ha experimentado la violencia, debe considerar dos aspectos: la “mordaza simbólica” que acompaña a los personajes y los protege de amenazas del entorno, y la mordaza que el investigador vive en su condición de foráneo donde la palabra está mediada por el miedo, (2015, p.15). Esto último plantea un problema ético y metodológico, en la medida que siempre está latente que el investigador diga o haga algo que acarree consecuencias negativas. Incluso Castellanos recomienda que, en muchas ocasiones, es mejor no utilizar grabadora de voz (esta sobre todo genera sospecha), y darse a la escucha sincera y atenta dentro de un ambiente tranquilo y familiar. De allí la importancia de un diario de campo, en donde se consignan escenas, impresiones, diálogos, expresiones, historias, fechas, nombres, etc.

Ese diario de notas permite, según la autora, almacenar la “filigrana de la narración”, en un ejercicio de consignación propio de la antropología, pero que a los periodistas es útil como método: “La recolección de la memoria del antropólogo como ejercicio de darle voz a sus propios miedos, ofrece pistas acerca de lo que se podría ocultar en esos lugares oscuros, silenciados por los agentes de la guerra; este ejercicio de interpretación del silencio propio puede arrojar luz sobre el ajeno”, (p.16). Por supuesto, vale añadir que la utilización de la grabadora en exceso, quebrando la intimidad con un gesto de despiste, podría cohibir aún más la palabra sincera, sensible y honesta.

Volviendo al tema de la grabadora, el cronista colombiano Alberto Salcedo Ramos recomienda su uso, de ser posible, porque con ella no solo registramos un testimonio y los detalles de la historia, nos permite recordar elementos extras que se dan en la espontaneidad de la conversación. Salcedo escribió en su artículo del 2011, *La crónica, el rostro humano de la noticia*:

Muchos grandes periodistas y escritores critican, con algo de razón, el uso de la grabadora. El problema no es ella misma sino el manejo que le demos. La grabadora puede permitirnos recordar sonidos, gritos, palabras, que pueden servirnos después para la recreación de las atmósferas²⁴, (Salcedo, 2011).

Por supuesto, antes de entrar a las entrevistas y el trabajo de campo, el reportero debe hacer una exhaustiva búsqueda de información sobre la comunidad que vivió los hechos victimizantes. La tarea es acudir a diversas fuentes, “puesto que se busca tanto la

²⁴ Por esta razón no es recomendable que el periodista contrate los servicios de alguien que le transcriba las entrevistas grabadas, pues al hacerlo, se priva de la posibilidad de recordar detalles como impresiones y gestos que quedan consignados en la grabación, y que son necesarios muchas veces para ambientar situaciones o recordar, entre otras cosas, características psicológicas de los personajes.

reconstrucción rigurosa de los datos, hechos y sus cronologías mediante fuentes como archivos²⁵, (CNMH. p.48), videos, la prensa, expedientes, investigaciones, testimonios e informes como los elaborados por el Centro Nacional de Memoria Histórica. Esto permite no solo reconocer un hecho y un contexto social, cultural y político de una comunidad al momento del suceso, aporta contexto sobre cómo era el lugar antes de que se intensificara el conflicto. Permite saber si en la actualidad la amenaza de los violentos sigue latente²⁶ y qué tipo de actividades de reconstrucción social se presentan.

Otro factor que determina lo que se omite está relacionado con la escucha, porque sólo “cuando se abre el diálogo entre quien habla y quien escucha, éstos comienzan a nombrar, a dar sentido, a construir memorias. Pero se necesitan ambos, interactuando en un escenario compartido”, (Jelin, 2002, p.84), de este modo “el testimonio incluye a quien escucha, y el escucha se convierte en participante, aunque diferenciado y con sus propias reacciones”, (p.85). Este juego de relaciones moldea lo que la víctima está narrando, puesto que no es lo mismo contar un pasado a un amigo, a un abogado, a un investigador social, a un notario o a un periodista, entre otras cosas porque el propósito final del testimonio en las diferentes disciplinas es distinto, y es textualizado e interpretado de formas diversas. “En esos ámbitos, la narrativa testimonial puede a veces ser una repetición ritualizada, más que un acto creativo de diálogo. Se requieren «otros» con capacidad de interrogar y expresar curiosidad por un pasado doloroso, combinada con la capacidad de compasión y empatía” señala la investigadora, (p.86).

Este punto es importante, en el entendido que muchas víctimas que vienen por años impulsando y desarrollando colectivos, han creado un discurso políticamente correcto, alejado de la sensibilidad del diálogo y la fuerza rememorativa que producen los objetos y los lugares del suceso, según lo expresa el cronista e investigador de la Universidad Eafit, Carlos Mario Correa, quien cubrió para El Espectador el conflicto promovido por Pablo Escobar y el paramilitarismo, entre 1988 y el 2001: “Yo creo que el periodista debería hablar con la víctima en el lugar donde sufrió, donde la víctima sigue con sus penas, aferrada a su terruño y condición vital, a su entorno, donde esencialmente es, y podría darse que allí cuenta la verdad que no se cuenta en los medios en escenarios preparados”, (C. Correa, comunicación personal, 17 de noviembre de 2021).

El gran cronista colombiano Germán Santamaría destaca, igual que Correa, la necesidad de

²⁵ Hay varios tipos de archivos, entre ellos: judiciales, documentales, testimoniales, históricos.

²⁶ En su libro *Recordar y narrar el conflicto*, el CNMH afirma que: "Cómo es recordado, olvidado o silenciado el pasado es un tema sensible que puede poner en riesgo la seguridad de los gestores y gestoras de la memoria o mantener vivas las tensiones sociales. No es fácil realizar el trabajo de memoria, particularmente en contextos donde el conflicto continúa vigente" (p.14).

informar sobre el lugar en el que viven o vivieron los personajes, “peromás significativo que eso es mostrar de qué manera el espacio que habita influye sobre él”. Y añade que la crónica “es un género tan noble que incluso les da vigencia histórica a acontecimientos que en su momento no fueron noticia”, (Salcedo, 2011).

De aquí se desprende la idea de que la entrevista es la esencia desde donde emerge el arte del reportaje, del periodismo de calidad. En ese diálogo las posibilidades que le presenta la historia oral al reportero en la elaboración del relato son múltiples. Raúl Osorio, PhD y magister en Comunicación por la U. de São Paulo, señala también que la entrevista es una:

... disciplina que produce conocimiento, saberes como sentires y sabores de un mundo más humano, menos teoricista. Pero, ¿dónde queda el poder del silencio? En la convivencia íntima, ya que también él es una expresividad y un decir de nuestra vida. Aunque el recordar cumple una función de diálogo, el callar expresa lo no dicho, que es una forma de decir, (Osorio, 2015, p.89).

Dentro de este proceso, el primero que debe sufrir una transformación es el reportero por medio de la escucha y la observación. No se trata simplemente de registrar con la grabadora o el diario de campo, es necesario sentir que la historia, primero que nada, nos enriquece, (2015, p.31). Sin esta condición, es difícil que el periodista sepa, al momento de escribir, en qué hacer énfasis en la narración, qué tono utilizar, qué ritmo llevar y qué estilo desarrollar en la construcción de la trama, según su estilo. El escritor, periodista y premio Nobel de literatura Gabriel García Márquez, en su artículo “¿Una entrevista? No gracias”, contrasta en este sentido:

Un buen entrevistador, a mi modo de ver, debe ser capaz de sostener con su entrevistado una conversación fluida, y de reproducir luego la esencia de ella a partir de unas notas muy breves. El resultado no será literal, por supuesto, pero creo que será más fiel, y sobre todo más humano, como lo fue durante tantos años de buen periodismo antes de ese invento luciferino que lleva el nombre abominable de magnetófono. Ahora, en cambio, uno tiene la impresión de que el entrevistador no está oyendo lo que se dice, ni le importa, porque cree que el magnetófono lo oye todo. Y se equivoca: no oye los latidos del corazón, que es lo que más vale en una entrevista, (García, 1981).

Grandes periodistas narrativos coinciden en esto último con García Márquez, la grabadora no registra esencialidades que se presentan en el encuentro, pero no deja de ser un recurso crucial para el almacenamiento de la historia. La escritora y periodista bielorrusa de lengua rusa,

Svetlana Aleksándrovna Aleksiéovich, premio Nobel de Literatura de 2015, nos legó un libro de crónicas y testimonios sobre mujeres que conformaron las filas del Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial. El libro lleva por título *La guerra no tiene rostro de mujer*. En algunos de los relatos Svetlana habla en primera persona durante sus encuentros con mujeres ya ancianas que recuerdan sus atroces experiencias en la guerra, cuando ellas apenas si salían de la ingenuidad de la adolescencia, fuertemente adoctrinadas por la ideología de la Unión Soviética. En la crónica *En nuestra casa viven dos guerras...*, la autora escribió:

La grabadora registra las palabras, graba las entonaciones. Las pausas. El llanto y el asombro. Me doy cuenta de que cuando una persona habla surge algo más grande, algo que supera lo que a continuación aparecerá sobre el papel. Me da pena no poder ‘grabar’ los ojos, las manos. Viven su propia vida durante la conversación. Una vida separada. Tienen su propio ‘discurso’, (p.130-131).

En lo posible, la conversación debe hacerse en los lugares de residencia de la persona, lo que permite observar la familiaridad o soledad de esta, y tener acceso a otras cosas, como objetos y ambientes. Salcedo Ramos afirma que, “es necesario saber observar. La observación es importante porque permite describir a los personajes y recrear los espacios en los cuales se desenvuelven”, (2011). No podemos dejar de lado las ventajas que confiere la toma de fotografías, pues estas permiten recordar las características exactas de los espacios, personas, objetos, documentos encontrados en el transcurso de la investigación, entre otras utilidades.

Gloria Castrillón, reportera y directora editorial del proyecto #Colombia2020, campaña periodística y pedagógica para el posconflicto del diario El Espectador, recomienda, para tener acceso a escenarios que permitan un acercamiento más directo con la historia:

Busque un lugar apropiado para que las personas sientan confianza y tranquilidad, en el que haya algún grado de intimidad. Prefiera la vivienda o el lugar de habitación de las personas, esto además le permite tener conexión con elementos personales y familiares que pueden ayudar a construir el relato (fotografías, diplomas, juguetes), (Castrillón, 2016).

Castrillón incluso aconseja:

Invite a la persona a responder preguntas como: ¿cuándo llegó la guerra a su territorio?, ¿cuáles fueron los primeros grupos que llegaron?, ¿quiénes le disputó el control?, ¿qué hicieron?, ¿cómo cometieron esos hechos violentos?, ¿quiénes los hicieron?, ¿por qué cree que sucedió?, ¿cómo lo afectó a usted, a su familia, a sus amigos?, ¿cómo afrontó esa situación?, ¿qué daño reconoce?, ¿qué hizo después?,

¿cómo le cambi6la vida?, (Castrill6n, 2016).

Por otra parte, para tener ideas sobre qu6 contar y c6mo hacerlo, se recomienda que el reportero lea sus anotaciones, las clasifique, las analice y subraye en ellas los datos en los que quiere profundizar, a la vez que advierte qu6 tema no se ha tocado o qu6 cabos sueltos hay que tener en cuenta. En este ejercicio es posible ir determinando la estructura que llevar6 la cr6nica, y qu6 tanto hemos avanzado en la acumulaci6n de la reporter6a. Ello implica ir seleccionando qu6 es digno de ser contado y qu6 no vale la pena ni nombrar, simplemente porque el detalle o el dato es irrelevante, o porque omitirlo le suma al mecanismo del ritmo y la tensi6n narrativa. El escritor Juan Villoro, en su ensayo *La cr6nica, el ornitorrinco de la prosa*, manifiesta adem6s que: “Siguiendo usos de la ficci6n, la cr6nica tambi6n narra lo que no ocurri6, las oportunidades perdidas que afectan a los protagonistas, las conjeturas, los sue6os, las ilusiones que permiten definirlos”, (2005).

El maestro del periodismo Roberto Herrscher, quien ha tenido la oportunidad de viajar por el mundo desarrollando talleres y encuentros de formaci6n para reporteros, manifiesta en su libro *Periodismo narrativo: c6mo contar la realidad con las armas de la literatura*, que los detalles reveladores a los que debemos estar atentos son a veces peque6as escenas, frases, im6genes, cosas que escuchamos, vemos, olemos o tocamos y que quedan en nuestra memoria porque nos hacen percibir con los sentidos cosas que pensamos o sentimos y que nos cuesta expresar. Como periodistas, cuando encontramos una escena as6 y la podemos

transmitir para que el lector sienta que la ve con sus propios ojos, estamos entrando en una dimensión a la que muchas veces solo accede la ficción, la poesía, la música o el cine, (2012, p.34). Herrscher²⁷ recomienda: “Una de las tareas más útiles a las que puede abocarse el periodista narrativo, para mí, es tratar de mostrar lo doméstico que hay en lo que solemos ver como exótico. Y el camino opuesto: encontrar lo exótico y extraño que anida en lo que consideramos doméstico” (p.47). Por su parte, En el libro *Escribiendo historias: el arte y el oficio de narrar en el periodismo*, Juan José Hoyos habla con ejemplos ilustrativos de los cuatro procedimientos del periodismo narrativo: narrar escena por escena, los diálogos, el uso del punto de vista de la tercera persona (narrador focalizado), y la relación entre gestos cotidianos, hábitos, modales, costumbres, estilos de mobiliario, de vestir, de decoración, de comer, de llevar la casa, modos de comportamiento y, en general, otros detalles simbólicos del estatus de vida de los personajes.

Hoyos escribió sobre las escenas en el libro citado:

Se habla del procedimiento dramático, porque la escena es la unidad fundamental de la narración de la tragedia, de la comedia, del drama y, en general, de las formas teatrales. La escena representa un hecho ocurrido en el mismo lugar y en el mismo tiempo. Por eso se dice que tiene unidad de lugar, tiempo y acción, (Hoyos, 2003, p. 363).

Así pues, si bien el periodismo tiene el deber de informar, posee, como lo hemos visto hasta el momento, un gran componente estético, que funciona como suscitador de emociones. Frente al proceso creativo de la escritura, que evoca tantos temores, el maestro de la crónica Germán Castro Caycedo escribió un artículo para la Revista Folios, de la UdeA, en el que reflexionó sobre cómo se pensaba sus textos. Afirma que, por lo general, las crónicas no suelen ni pueden ser lineales, su secuencia lógica es más compleja por la multiplicidad de voces y de hechos ocurrido en un espacio de tiempo determinado. Este trabajo le proporciona una primera estructura para la narración. Y añade luego:

Una vez que tengo la estructura, sé que tengo que comenzar con un clímax, terminar con otro y poner otros en el centro. Se llamará ritmo, se llamará que no se me caiga, que no me haga nudos la historia. Sé que página por página tengo que decir cosas y trabajo el relato con mayor ritmo. Sé que, si manejo el monólogo o, de golpe, manejo el diálogo, en el primer caso tengo intimidad o tengo cadencia, y seguramente con el diálogo obtengo un concepto algo teatral, casi reproduzco. Pero además logro síntesis. Un diálogo de tres o cuatro

parlamentos bien hechos puede hacer que el lector sienta que ha leído un capítulo. Tengo que manejar el factor sorpresa y de esto me tiene que salir un reportaje, unacrónica, con cierto tono, con musicalidad. En dos palabras, son las mismas técnicas para hacer novela, para narrar. Yo las utilizo para ponerle la realidad a la historia, (p.19).

Castro Caycedo esboza su forma de trabajar la escritura, pero cada uno tendrá sus propios modos de pensar el mejor método de contar una historia. El mismo Ernest Hemingway en múltiples oportunidades expresó lo tortuoso que le resultaba escribir, ya fuese una crónica, un cuento o una novela. En su crónica *Muerte en la tarde*, sobre las fiestas de toros en España, publicada en 1932, escribió que para abordareste tema: “me parecía que la mayor dificultad para ello, aparte de saber lo que realmente uno siente y no lo que debiera sentir o lo que a uno le han enseñado a sentir, estriba en trasladar al papel de manera sencilla un hecho, poniendo de relieve los sucesos que de verdad han creado la emoción experimentada”, (p.7).

Para finalizar este apartado referente a los métodos de los que se puede valer el periodista en su trabajo investigativo y de escritura, quiero traer unas iluminadoras palabras de María Victoria Uribe de su investigación sobre la memoria *Hilando fino*: “La memoria es un metasentido que conecta y cruza todos los sentidos, aunque cada sentido tenga su propia memoria” (p.106). Uribe quiere decir que los sentidos básicos que conocemos, como lo son el tacto, el gusto, el olfato, la vista y el oído, guardan sus propios recuerdos y sensibilidades, y, por ello, sus propias memorias. Una víctima puede recordar, por ejemplo, las formas del rostro de un hijo por el tacto, o la naturaleza de las manos de un desaparecido; una víctima puede recordarel sabor de la comida preferida de su ser amado, o tener inscrito en su mente detalles como lunares o cicatrices que, a su vez, traen otros recuerdos. La frase de María Victoria también hace alusión a los recuerdos no gratos que guardan estos sentidos, así como el modo particular de los ademanes y gestos que despiertan con la evocación del pasado.

Un bello ejemplo del tipo de detalles reveladores de los que habla Herrscher y que entra en la categoría citada por María Victoria, íntimamente ligada a los silencios y los olvidos, es el siguiente. En una entrevista, la poeta y escritora Mary Luz López, víctima de violencia sexual en el marco del conflicto armado y miembro del colectivo Ave Fénix de Medellín, narró: “Yo me acuerdo de que cuando iba a presentar el libro que escribí sobre mi experiencia, el día antes fui a comprar el mismo perfume que utilizaba mi esposo desaparecido. Me eché un poquito en el cuello y cuando estaba rodeada de gente, en la presentación, sentía que lo tenía a mi lado, orgulloso de mí; me temblaban las manos y se me aguaban los ojos. Cuando volví a la casa lloré mucho, recordé su sonrisa. Luego me bañé y boté el frasco. Si quería superar su recuerdo,

tenía que olvidarlo, pero sin dejar que se fuera de mi corazón...”.

Hasta aquí estas reflexiones, que espero sirvan a aquellos periodistas que quieren relatar la memoria del conflicto armado desde sus víctimas, apelando a categorías de análisis que podrían ayudar a desamordazar los recuerdos envueltos en miedos, a través de la poética de la escritura.

Bibliografía

- Aleksándrovna, S. (2015). *La guerra no tiene rostro de mujer*. Penguin Random House, Grupo Editorial.
- Aguilera, A. (2014). *Subjetividades políticas en movimiento(s), la defensa de la universidad pública en Colombia y México*. Universidad Pedagógica Nacional. Bogotá.
- Benavides, J. (2017). *El Newsmaking, un nuevo enfoque para el abordaje de las rutinas productivas de los cronistas freelances*. Comhumanitas: Revista científica de comunicación, 8(1), 28-41.
- Behar, O. (2016). *Por qué y para qué un periodismo que narra la memoria del conflicto armado*. Consejo de Redacción. URL: <https://bit.ly/3PXqoZu>
- Blair, E. (2008). *Los testimonios o las narrativas de la(s) memoria(s)*. Estudios Políticos, (32), 85–115. Revista Universidad de Antioquia.
- Cardona, A. (2016). *Usos políticos de la memoria en el movimiento estudiantil de la Universidad de Antioquia*. Facultad de Ciencias Sociales y Humanas. Universidad de Antioquia.
- Carradini, L. (15 de marzo de 2006). “No hay que confundir memoria con historia”, dijo Pierre Nora. La Nación de Argentina. URL: <https://bit.ly/3NaUgji>
- Castellanos, N. (2016). *Antropología de los silencios en la inminencia del conflicto armado*. Revista de Antropología y Sociología: Virajes, p.13-25.
- Castellanos, N. (2011). *El periodismo colombiano en los tiempos del frente nacional. entre la lucha contra el consenso informativo y la profesionalización del oficio*. Revista Folios, N° 26. Universidad de Antioquia. URL: <https://bit.ly/3GHgzef>
- Castells, M. (2009). *Comunicación y poder*. Federación Latinoamericana de Semiótica. URL: <https://bit.ly/3N9nIq7>
- Castrillón, G. (2016). *Recomendaciones para entrevistar a personas afectadas por el conflicto*. Consejo de Redacción. URL: <https://bit.ly/3m7XyrN>
- Castro, G. (2015). *Palabras De Germán Castro Caycedo*. Gran Premio a la Vida y Obra de un Periodista, 2015. Periodismo Simón Bolívar. RUL: <https://bit.ly/3x6XTjH>

- Castro, G. (1997). *Periodismo y literatura: pelea de vecinos*. Revista Folios, Universidad de Antioquia.
- CNMH. (2013). *Recordar y narrar el conflicto, herramientas para reconstruir memoria histórica*. Centro Nacional de Memoria Histórica. URL: <https://bit.ly/3O7nK1R>
- CNMH. (2018). *Todo pasó frente a nuestros ojos*. Genocidio de la Unión Patriótica 1984-2002. Centro Nacional de Memoria Histórica. URL: <https://bit.ly/3x0ITDK>
- CNMH. (2018). *Bloque Camila de las AUC*. Centro Nacional de Memoria Histórica. URL: <https://bit.ly/3z8SBqt>
- Cinep. (2017). *Marco Conceptual*. Noche y Niebla. Bogotá: CINEP-PPP. De Fontcuberta, Mar (1995). *La noticia*. Pistas para percibir el mundo. Paidós.
- Corporación Región. (2002). *El miedo, reflexiones sobre su dimensión social*. RUL: <https://bit.ly/3Nbnajp>
- Correa, C. (2021). Comunicación personal, 17 de noviembre de 2021.
- Eloy, T. (2002). *Periodismo y narración: desafíos para el siglo XXI*. Cuadernos de Literatura, Bogotá (Colombia). Enero-junio de 2002. URL: <https://bit.ly/38WnfbX>
- Fonnegra, G. (1984). *La prensa en Colombia ¿Cómo informa? ¿De quién es? ¿a quién le sirve?* El Ancla Editores.
- Fundación para la Libertad de Prensa. *Estos son los periodistas asesinados en Colombia por causas asociadas a su oficio*. URL: <https://bit.ly/3iFu3PK> (Consultado el 4 de diciembre del 2022)
- Función Pública. (2005). Ley 975 de 2005. URL: <https://bit.ly/3tb0iso>
- Función Pública (2011). Ley 1448 de 2011. URL: <https://bit.ly/3aFYXU9>
- García, G. (1981). *¿Una entrevista? No, gracias*. El País de España. URL: <https://bit.ly/3GJ3YH9>
- Guerriero, L. (2016). *Zona de obras*. Editorial: Crónicas Anagrama.
- Gomis, L. (1991). *Teoría del periodismo*. Paidós.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Traducción de Inés Arroyo. Prensas Universitarias de Zaragoza, primera edición.
- Hacemos Memoria. Línea de tiempo: 50 años de violencia y resistencia en la UdeA, 1968 - 2018. URL: <https://hacemosmemoria.org/udea50/#section-4>
- Hemingway, E. (1968). *Muerte en la tarde*. Círculo de lectores, Barcelona.
- Herrscher, R. (2012). *Periodismo narrativo: cómo contar la realidad con las armas de la literatura*. Periodismo activo. Universidad de Barcelona.
- Herrscher, R. (2015). *El 'nuevo' nuevo periodismo: se expanden los diálogos en el siglo XXI*. Revista Folios, enero-diciembre 2015. Facultad de Comunicaciones, Universidad de Antioquia.
- Hoyos, J. J. (2003). *Literatura de urgencia*. Universidad de Antioquia.

- Hoyos, J. J. (2003). *Escribiendo historias: el arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Universidad de Antioquia.
- Hoyos, J. J. (2002). *Un pionero del reportaje*. Hombre nuevo editores. Colección periodismo.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI de España Editores.
- Londoño, J. (2020). *La memoria histórica, una oportunidad para el cultivo de la ciudadanía. Memorias: conceptos, relatos y experiencias compartidas*. Pp. 43 – 41. Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.
- Nichols, B. (2013). *Introducción al documental*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Nieto, J (2020). *Memoria, campo de tensión en un mundo de diferencias*. En: Memorias: conceptos, relatos y experiencias compartidas. Pp. 43 – 63. Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.
- Nieto, P. & Hernández, Y. (2020). *El periodismo y sus trabajos por la memoria*. En: Memorias: conceptos, relatos y experiencias compartidas. Pp. 123 – 149. Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.
- Noguera, A. (2013). *Crisis y memoria: hacia una definición del concepto de memoria histórica de la Ley 52 de 2007*. Ciencia de la legislación. Anales de la Cátedra Francisco Suárez. Revista anual de filosofía del derecho y filosofía política. Universidad de Granada, pp. 249 -271. URL: <https://bit.ly/3iWSLek>
- Salcedo, A. (2011). *La crónica: el rostro humano de la noticia*. Fundación Gabo. URL: <https://bit.ly/3zlber0>
- Salcedo, A. (2011). *"Sin crónicas, nos quedarían noticias para ser olvidadas a las 24 horas", Germán Santamaría*. Fundación Gabo. URL: <https://bit.ly/3zlber0>
- Salazar, A. (27 de abril de 2020). *Memoria y justicia transicional*. Comisión de la Verdad. URL: <https://bit.ly/394dxUS>
- Sánchez, G. (2006). *Guerra, memoria e historia*. La carrera histórica.
- Cátedra Alfonso Reyes. (31 de octubre del 2013). Sartori, G. Conferencia: Medios de comunicación, información y decisiones públicas: un reto para la democracia [video]. Obtenido de: <https://bit.ly/3PYrjc8>
- Osorio, R. (2021). *La entre-vista-encuentro método del reportaje en el periodismo*. Revista Folios, UdeA, p.84-98. URL: <https://bit.ly/3NTTHul>
- Otra Parte. (2017). Ya te maté, bien mío Ahora, qué será mi vida sin ti Crónicas Judiciales de Don Upo. Otra Parte. URL: <https://bit.ly/3m3GLpT>
- Parque Explora. (30 sept 2014). Antropología del mal: María Victoria Uribe [video]. Obtenido de: <https://bit.ly/3tyDH9t>
- Pena, F. (2009). *Teoría del periodismo*. Alfaomega Grupo Editorial.
- Peña, P. (2019). *La desaparición, un crimen invisible cuya impunidad es alarmante*. Hacemos Memoria. URL: <https://bit.ly/3ahSLBc>
- Peña, P. (2021). *El 'legalismo perverso' que criminalizó la defensa de los derechos humanos*.

Hacemos Memoria. URL: <https://bit.ly/3auRhuj>

-Puerta, C. (2021). *Víctimas. Genealogía reciente, aspectos jurídicos y construcción social del concepto en Colombia*. En: Memorias: conceptos, relatos y experiencias compartidas. Pp. 81-100. Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.

-Mate, M.R. (2013). *De la memoria a la reconciliación, una elipse incómoda*. Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo Núm. 40 Pág. 5-15. URL: <https://bit.ly/3acZKLT>

-Wolfe, T (1998). *El nuevo periodismo*. Editorial Anagrama.

-Saben, K. (mayo, 2020). *De la memoria cultural a la transculturación de la memoria: un recorrido teórico*. Revista chilena de literatura. URL: <https://bit.ly/3zdUUZs>

-Tobón, L. (2010). *Situación del periodismo en Colombia durante las dos administraciones del presidente Álvaro Uribe Vélez*. Trabajo de grado para optar por el título de comunicador (a) social y periodista. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. URL: <https://bit.ly/3m5ng07>

-Tuchman, G. (1983). *La producción de la noticia, estudio sobre la construcción de la realidad*. Gustavo Gili.

-Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Paídos. Barcelona. URL: <https://bit.ly/3iFu3PK>

-Uribe, M. (enero-junio, 2005). *Memorias, historia y ciudad*. Revista de Trabajo Social. UdeA. URL: <https://bit.ly/394gHYK>

-Uribe, M. (2015). *Hilando fino, Voces femeninas de la violencia*. Editorial Universidad del Rosario.

-Uribe, M. (2003). *Estado y sociedad, frente a las víctimas de la violencia*. Estudios Políticos No. 23. URL: <https://bit.ly/3m9IWbw>

-Van Dijk, T. & Atenea Digital. (2001). *El análisis crítico del discurso y el pensamiento social*. Atenea Digital. URL: <https://bit.ly/3zaLptV>

-Verdad Abierta, (17 nov. 2011). *“A su hermano lo lanzaron vivo a los cocodrilos”:* *desmovilizados*. Verdad Abierta. URL: <https://bit.ly/3m5gRC7>

-Vignolo, P. (2015). *La memoria como horizonte de lo posible*. Revista Errata. URL: <https://bit.ly/3xagUmn>

-Villa, M. (2006). *El miedo: eje transversal del éxodo y de la lucha por la ciudadanía*. Corporación Región. URL: <https://bit.ly/3PWZZeh>

-Villoro, J. (2005). *La crónica, ornitorrinco de la prosa*. La Nación de Argentina. URL: <https://bit.ly/3NOsZ67>

-Zeller, C. (2001). *Los medios y la formación de la voz en una sociedad democrática*. Revista Análisis 26, 2001, p. 121-144. URL: <https://bit.ly/3zj3MwV>

Capítulo 2

Contexto de las crónicas:

Hacer la guerra en la mente de los estudiantes, 1996 – 2006

En 1996, dentro de las instalaciones de la Universidad de Antioquia se vivía una disputa cuyo contexto era la continuación de la violencia de los años anteriores. Ese año y con mayor fuerza, se constató la injerencia directa de grupos guerrilleros en acciones bélicas dentro y fuera de la ciudadela, y se reafirmó como nuevo actor contrainsurgente las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá, comando Universidad de Antioquia, hecho confirmado por Carlos Castaño, jefe de las Autodefensas Unidas de Colombia, en septiembre del año siguiente.

Esta conjunción de actores provocó que, a partir de ese año, las acometidas en contra de miembros de la comunidad universitaria se incrementaran, hasta convertir al estamento estudiantil en el más directamente afectado por los repertorios de violencia. Según la investigación entregada a la Comisión de la Verdad, *Sobre una empresa de dolor y fracaso: agresión del paramilitarismo contra la democracia estudiantil en los años 90*, liderada por el profesor Leyder Perdomo, durante la década de los 90 los estudiantes fueron objeto de 38 actos de agresión, que dejaron 224 victimizaciones de individuos y colectivos que experimentaron 11 modalidades de agresión. El estudio arrojó que, del conjunto de ataques, los paramilitares ejecutaron 17 de las acciones, afectando a 89 individuos.

El objetivo de los ataques paramilitares fue agredir la vida y la libertad de los estudiantes. Perdomo señaló que su repertorio de acción se compuso de 12 amenazas que involucraron a varias personas, dos desapariciones forzadas, dos asesinatos y una tortura, a los que sumó al menos 20 desplazamientos forzados y exilios. Las Autodefensas de la Universidad de Antioquia utilizaron la criminalización y el señalamiento para desmeritar los repertorios de movilización política y de protesta, asociándolos a una “gran conspiración” guerrillera para tomarse la universidad, el estado y la sociedad.

Perdomo puntualizó en la investigación que:

Y es que las amenazas fueron la modalidad protagónica de la violencia paramilitar contra la Universidad y sus estudiantes. Queriendo “ser o parecer” universitarios, los paramilitares acudieron a la edulcoración de sus escritos públicos, enviados en muchas ocasiones a medios de comunicación o personalidades políticas de la ciudad y el departamento, con ello buscando hacerse a la altura de la palabra y el discurso como medio predilecto del ser universitarios (Facultad de derecho y ciencias políticas de la UdeA, 2022)

Por otra parte, la pesquisa de hechos victimizantes por medio de la documentación exhaustiva, arrojó que agentes estatales fueron responsables de 6 acciones en contra de estudiantes, con modalidades de tortura, ataques directos y sistemáticos, judicializaciones injustas, desalojos violentos, empadronamientos y al menos una desaparición forzada.

En general, la comunidad universitaria durante los 90 fue blanco de 24 ataques indiscriminados, de los cuales las directivas recibieron ocho, mediante la amenaza y la explosión. Los empleados sindicalizados también fueron atacados. Los profesores y profesoras fueron agredidos en 15 ocasiones, con amenazas, explosivos, asesinatos y desapariciones forzadas.

Solo a principios de 1996, personas encapuchadas pertenecientes a las Fuerzas Armadas Revolucionarias, Farc, y del Ejército de Liberación Nacional, ELN, instalaron y activaron explosivos en las porterías. El 2 de febrero, las directivas de la UdeA denunciaron ante las autoridades el posible secuestro de un joven dentro de las instalaciones, luego de que se diera una balacera en las inmediaciones del bloque 5, a eso de las cinco de la tarde. Testigos de este hecho, según una investigación de la periodista Andrea Aldana, los raptos eran hombres que portaban radioteléfonos y brazaletes del F-2 (Aldana, 2019), organismo ya suprimido de la policía secreta y judicial de Colombia que ha sido relacionada con desapariciones, ‘limpieza social’, paramilitares y narcotraficantes. Los hechos nunca se aclararon.

El 1 de septiembre de ese mismo año, una nota de prensa de El Tiempo del día 14, indicó que 18 hombres llegaron a una vivienda en el barrio San Joaquín de la capital antioqueña y secuestraron a tres personas de una familia, entre ellas, a la estudiante de Artes plásticas Diana María López Bustos. En un principio se creyó que quienes habían irrumpido en la vivienda eran agentes de la Fiscalía, pero días después las autodefensas se atribuyeron el hecho, indicando que los secuestrados eran familiares del segundo al comando del EPL, Bernardo López Bustos.

El 30 del mismo mes recobraron su libertad. Esta fue la primera aparición de las Autodefensas Unidas de la Universidad de Antioquia AUdeA.

El año terminaría con la aparición el 10 de diciembre de un panfleto en el cual se señaló a tres estudiantes de la UdeA como miembros del ELN. Días después, paramilitares desmentirían que el documento hubiera sido redactado por ellos.

Aldana recopiló que:

El 27 de mayo de 1997, durante la celebración de su aniversario, grupos de las Farc, colocaron en una de las porterías una grabación con propaganda revolucionaria diseñada de tal manera que explotara si alguien intentaba apagarla; el 26 de junio, a las 2 de la madrugada, un empleado de la universidad fue herido cuando intentó retirar una bandera de una organización subversiva colgada en la malla universitaria, ya que ésta contenía una carga explosiva, (Aldana, 2019)

Para ese entonces, el movimiento estudiantil había desarrollado 15 coyunturas de lucha y movilización, según Perdomo. Cinco de ellas son clasificadas como exógenas, y diez de ellas como endógenas. Las primeras relacionadas con la financiación de la universidad pública, el Plan de Desarrollo de Andrés Pastrana y la crisis humanitaria por el conflicto armado. De la categoría de ‘endógenas’ se destacan:

- 1) La Huelga de hambre de los estudiantes en el año 1993.
- 2) El Foro Universitario Permanente de Reflexión y Deliberación, iniciativa institucional que, más que por sus alcances, es recordada por la protesta simbólica de un estudiante en una de sus sesiones, a partir de la cual fue expulsado.
- 3) El Paro Taberna, entonces novedosa modalidad de protesta a través de un equipo de sonido en la Plazoleta Barrientos.
- 4) Las primeras elecciones del rector de la universidad en manos del Consejo Superior Universitario.
- 5) Cambio del examen de admisión a partir del puntaje de las pruebas Icfes.
- 6) La privatización de la vigilancia al interior de las sedes universitarias, entendida como un paso más hacia la privatización de la universidad y medio para el ingreso de grupos paramilitares.

El año de 1998 fue uno de los más violentos de la década. El 27 de febrero paramilitares asesinaron en su oficina del centro de Medellín al defensor de Derechos Humanos Jesús María Valle, egresado de la UdeA. Luego de conmemoraciones y jornadas por la paz por la muerte de Jesús María, el 30 de abril fue asesinado dentro del campus el profesor de biología Rafael Caldas Zárate, tras lo cual la administración decidió adoptar medidas de seguridad en las porterías. El 13 de junio, y como un acto simbólico, las directivas otorgaron el título de grado a Hilda Beatriz Castaño Suárez, estudiante de maestría en Ingeniería Ambiental, secuestrada por el ELN desde el 22 de mayo de 1998.

El 20 de septiembre, Édison Correa Ospina, profesor, estudiante de la maestría en Entomología Médica e investigador del programa de Estudio y Control de Enfermedades Tropicales de la UdeA, fue asesinado cuando participaba de una brigada de salud en el Putumayo. El 26 de octubre los estudiantes Alba Luz Restrepo y Edwin Bernardo Vásquez fueron asesinados por el Ejército; ambos, al parecer, eran miembros de las redes urbanas de las Farc. El rector Jaime Restrepo Cuartas, a fin de año, pidió a todos los actores armados alejar la guerra de las instalaciones.

El año 1999 siguió con la violencia. El 4 de mayo fue asesinado el docente Hernán Henao, director del Instituto de Estudios Regionales, Iner, tras lo cual se llevaron a cabo varios actos de protesta por parte de los estudiantes. El 6 de agosto fue asesinado Hugo Ángel Jaramillo, propietario de la cafetería de la Facultad de Derecho de la Universidad de Antioquia. Al día siguiente, un sábado, hombres en moto le quitaron la vida a tiros al líder estudiantil Gustavo Marulanda, que para entonces había adquirido una gran visibilidad por sus apariciones en los medios de comunicación, que, a su vez, estigmatizaban a los estudiantes. Por este hecho la universidad fue cerrada por una semana, días que dieron pie a jornadas de diálogo. Según investigadores y líderes de la época, este suceso desquebrajó por varios meses el movimiento estudiantil.

Uno de los primeros actos de agresión contra la comunidad universitaria en el 2000 ocurrió el 21 de abril, cuando Carlos Andrés Agudelo Henao, estudiante de Historia, fue secuestrado por seis hombres que lo sacaron de la casa de sus abuelos, en el municipio de Santa Bárbara, en el Suroeste antioqueño. Veinte días después, y sin que se supiera de la suerte de Agudelo Henao, durante varias días estudiantes y profesores desarrollaron jornadas para exigir la liberación y se conformó un comité de solidaridad con él. El 6 de agosto, Miembros del Movimiento Bolivariano, brazo político de las Farc, quemaron un bus sobre la calle Barranquilla en rechazo

al Plan Colombia. También conmemoraron un año del asesinato de Gustavo Marulanda.

Según la línea de *50 años de violencia y resistencia de la UdeA*, del proyecto Hacemos Memoria, el 26 de abril del 2001, seis personas, entre ellas Francisco Javier Jaramillo, estudiante de Derecho de la Universidad, fueron asesinadas en una vivienda del noroccidente de Medellín cuando departían en la acera; las autoridades manifestaron desconocer qué grupo estuvo detrás de este hecho. El 8 de noviembre del 2001, los estudiantes Juan Manuel Jiménez y David Santiago Jaramillo fueron baleados mientras jugaban ajedrez en el tercer piso del bloque de Física; por ello las directivas adoptaron nuevas medidas de seguridad, entre ellas la prohibición de ventas ambulantes.

El sociólogo Juan Felipe Quintero Leguizamón, en su trabajo *Reconstrucción histórica del movimiento estudiantil de la UdeA: 1995-2005*, manifestó que el año 2000 fue de poca incidencia colectiva del movimiento estudiantil, fueron pocos sus impactos en la opinión pública, y, en general, el relevo generacional de líderes se dio en una completa tensión.

Juan Felipe Quintero añadió en su investigación que:

Hacia el 2001 el movimiento se sigue recuperando haciendo trabajo organizativo en los barrios y en los colegios, los nuevos activistas estudiantiles se dedican a dar charlas en algunos colegios como el INEM, el CEFA y en algunos barrios se afirma el trabajo con las comunidades como en Santo Domingo y la Comuna 13, esto sirve de aliciente para que los sectores políticos acumulen fuerzas y puedan volver a dar la pelea por la defensa de la universidad pública (p.143)

La coyuntura que llenó el teatro Camilo Torres comenzó en momentos en que se presenta el acto legislativo 012, que pretende recortar los ingresos de los municipios por parte de la Nación. Este decreto no es nuevo ya lo había intentado Andrés Pastrana con el Plan Nacional de Desarrollo. El gobierno nacional argumentó que la decisión se había tomado por un déficit fiscal de la Nación.

Los primeros años del 2002 fue de agitación, protestas y amenazas. El 24 de octubre, Juan Esteban Saldarriaga Villa, de 17 años, estudiante del colegio El Sufragio, murió por la explosión de un petardo durante una protesta en la Universidad. El 1 de noviembre, y bajo el lema “También somos el blanco”, estudiantes, profesores y directivas de la Universidad realizaron una jornada por la vida. Las personas vistieron camisetas blancas y liberaron globos del mismo color. Y el 6 de noviembre, al menos 700 personas desplazadas debido a las incursiones

militares en cinco barrios de Medellín, entre ellos de la comuna 13 debido a la Operación Orión, se tomaron el campus universitario para exigir atención oficial y protección por parte del Estado.

Siguiendo con las reflexiones de Quintero Leguizamón:

El 2002 no fue un año de actividad y de flujo para el movimiento estudiantil, pues cada sector político que hacía parte del movimiento se encontraba reorganizándose y mirando perspectivas de trabajo. Esto no quiere decir que el movimiento haya desaparecido, sino que se manejan otras dinámicas como la clandestinidad y acciones “militares” dentro de la universidad que le permiten visibilización (p.150)

En abril de ese año el saliente presidente de la república Andrés Pastrana, presentó el decreto 808, “por el cual se establece el crédito académico como mecanismo de evaluación de calidad, en dicho decreto se reglamenta los nuevos mecanismos para la calidad académica según los parámetros internacionales”, (p.151)

La coyuntura comenzó en el 2003 en el mes de agosto, cuando estudiantes y sectores políticos llamaron a una asamblea general para discutir la modificación del reglamento estudiantil propuesta por una comisión de la vicerrectoría de docencia, que pretendía derogar el reglamento vigente (acuerdo 1 de 1981) y promover uno nuevo a través del decreto 2566. El estudio de este decreto que durante meses hicieron las asambleas de las facultades, estimuló un despertar organizativo y de discusión que la administración universitaria, en cabeza del rector Alberto Uribe Correa, enfrentó declarando ser ella la única autoridad para tomar decisiones. Para el mes de octubre, la universidad vivía una anormalidad académica.

En noviembre la anormalidad académica continúa en la universidad, paros escalonados, marchas, mítines, bloqueos al bloque administrativo, interrupción del tráfico automotor por la vía Barranquilla en tomas relámpagos, todo hace parte del repertorio de protestas que buscan presionar a la administración para que fije una posición frente al decreto 2566 (p.169)

Para el 2004 el movimiento estudiantil se vio robustecido al hallar en el decreto 2566 una amenaza a uno de los principios rectores del movimiento: la defensa de la universidad pública. A principios de este año los estudiantes se dedicaron a pasar los exámenes finales del semestre que se había visto afectado por la anormalidad académica. En marzo se presenta la problemática del llamado ‘peajito social’, en el municipio de Copacabana, al cual se unió un gran grupo de estudiantes. El malestar no era solo por el cobro de un nuevo peaje con el que se pretendió la

financiación de una doble calzada entre Bello y Hatillo, la Gobernación anunció el inicio del cobro del gravamen de valorización a todos los propietarios de los cuatro municipios de esa zona. Los estudiantes entendieron que la calzada no se iba a construir con dineros del Estado, sino con dineros propios de la comunidad, una política que fue denominada neoliberal. Este modelo de autogestión capitalista fue impulsado desde la presidencia de Álvaro Uribe Vélez. Las protestas de la comunidad y los estudiantes fueron violentamente reprimidas, y se dio la desaparición de un menor de 15 años que, según el sociólogo Quintero Leguizamón, fue desaparecido por la policía.

A mediados de mayo, en plena agitación por el ‘peajito social’, los estudiantes de la UdeA realizan protestas en la calle Barranquilla. Para entonces el conjunto del movimiento también manifestó su inconformismo por la situación de los pensionados, y llamó la atención sobre las políticas de Uribe Vélez, que por entonces impulsaba el Tratado de Libre Comercio, la Seguridad Democrática y la reelección presidencial. Finalmente, y pese a las propuestas y los disturbios, el peaje fue impuesto.

Quintero Leguizamón afirmó en su rastreo que:

En noviembre el movimiento estudiantil vuelve a la agitación, debido a la negociación y la firma inminente que propone el Presidente Uribe del TLC con los Estados Unidos; en este mes también se propone un decreto que propone la liquidación de la Universidad Pública, pues propone la reducción gradual de los aportes del Estado a la Educación Pública para meterlos en una bolsa común donde universidades privadas y públicas se los disputen a través de los parámetros de la acreditación (Decreto 3545 27 de Octubre de 2004).

Por este decreto, durante noviembre se dieron varios enfrentamientos, siendo el más duro el desarrollado el día 25, luego de que el Escuadrón Móvil Antidisturbios (Esmad) disolviera con violencia una toma pacífica de la calle Barranquilla.

Con estos antecedentes, el 2005 comenzó agitado. El 10 de febrero, el lado más beligerante del movimiento estudiantil convocó a una gran protesta. Antes de las diez de la mañana, militantes del movimiento pasaron por las facultades invitando al estudiantado a unirse al tropel, para el cual los estudiantes se habían preparado con gran cantidad de explosivos con el fin de enfrentar al Esmad. Para entonces el temor por la presencia del paramilitarismo dentro de la universidad

era continuo.

En cuanto sonaron las primeras papas bombas y las nubes de gases lacrimógeno invadieron parte de la entrada por Barranquilla, la administración de la universidad pidió evacuar las instalaciones. Pero pocos lo hicieron. Mientras unos estudiantes pintaban murales, otros gritaban consignas contra el TLC y el presidente Uribe. Al menos 150 estudiantes de varias instituciones de educación superior y bachillerato, tomaron posiciones, pero poco después de iniciado el tropel, se dio un accidente en uno de los salones del bloque uno, donde los encapuchados armaban sus papas bomba. La explosión resonó en toda la universidad y sus alrededores, y 17 jóvenes resultaron con heridas de quemaduras y vidrios rotos.

Entre la confusión, el Esmad intentó ingresar a la universidad. Los estudiantes comenzaron a auxiliar a los heridos que fueron trasladado en vehículos particulares al centro de salud más cercano: Policlínica. Diez días después, por estos hechos, morirían dos estudiantes, ambas de la Universidad Nacional: Paula Ospina, estudiante de ciencias políticas, y Magally Betancur, de ingeniería física.

Se dio entonces una persecución judicial contra los estudiantes, que comenzó con una captura masiva de estos y un proceso judicial que se prolongaría por 15 meses. Este proceso, en el que detuvieron a 15 estudiantes que fueron enviados a la cárcel mientras se desarrollaba la investigación, tenía el propósito de desarticular el movimiento estudiantil fortalecido en el 2003. Los estudiantes detenidos fueron acusados de terrorismo, hurto agravado, homicidio culposo y rebelión. El investigador Juan Felipe Quintero, citó lo dicho por el comandante de Policía de Medellín de la época, el general Rubén Carillo, a los medios de comunicación:

"Los capturados aprovecharon su condición de estudiantes no sólo para la organización de protestas, sino para acciones terroristas... no tienen un liderazgo orientado a la organización de aspectos estudiantiles, sino a la parte subversiva" (El Colombiano, sábado 7 de mayo de 2005. Pág. 6D), (p.185).

Por estos hechos muchos líderes estudiantiles prefieren esconderse por algunos meses, entre otras cosas porque corrió el rumor de que las autoridades iban a llevar a cabo otra captura masiva de estudiantes. Pero las protestas en contra de la privatización de la universidad, el tratado de libre comercio y el decreto 3545, continuaron el 13 de abril. El 11 de mayo estudiantes protestaron frente a la sede de la Sijín de la policía por las detenciones, y profesores de derecho

asumieron la defensa jurídica de los estudiantes.

En el 2006, el 15 de febrero, los movimientos camilistas de la universidad conmemoraron los 40 años de la muerte del sacerdote guerrillero Camilo Torres con actos públicos y clandestinos. El 10 de mayo, y a través de un panfleto, el grupo Autodefensas Universidad de Antioquia (Audea) amenazó a 23 personas, entre profesores y estudiantes. Entre los amenazados estuvieron personas que asistían a los estudiantes detenidos.

Según un artículo del proyecto Hacemos Memoria, sobre los estudiantes detenidos con la explosión de febrero del 2005:

...debido a la falta de pruebas, finalmente los estudiantes fueron liberados en julio del 2006, y dos de ellos, Natalia Tangarife y Juan Ordóñez, decidieron instaurar una demanda contra la Fiscalía General de la Nación. Dicha demanda fue resuelta en junio del 2017 a favor de los estudiantes. El Consejo de Estado, en sentencia del 8 de junio de 2017, condenó a la Fiscalía a enviar un memorial oficial de desagravio a cada una de las familias y a pagar una indemnización de cerca de 462 millones de pesos a los dos demandantes y sus familias (Hacemos Memoria).

Entre los últimos hechos dolorosos de este año, el 24 de junio, Gustavo Loaiza Chalarca, profesor del semillero de Matemáticas, fue asesinado por sicarios en momentos en que departía con un grupo de estudiantes frente a la Universidad.

BIBLIOGRAFÍA:

- Aldana, A. (2019). *Memorias de crisis para una universidad en conflicto*. Revista Kavilando, 2(2), 198-211. URL: <https://bit.ly/3PvA3Xq>
- Facultad de Derecho y Ciencias Políticas (2022). *Sobre una empresa de dolor y fracaso: agresión del paramilitarismo contra la democracia*. [Video] Obtenido de: <https://bit.ly/3VZJ4dK>
- Quintero, J. (2007). *Reconstrucción histórica del movimiento estudiantil de la UdeA, 1995-2005*. Facultad de ciencias sociales y humanas. Universidad de Antioquia.
- Hacemos Memoria. *Línea de tiempo: 50 años de violencia y resistencia en la UdeA, 1968 - 2018*. URL: <https://hacemosmemoria.org/udea50/#section-4>
- Hacemos Memoria. *Capturados 14 estudiantes acusados de pertenecer a las guerrillas*. URL: <https://bit.ly/3HX3wrN>

Capítulo 3

Crónicas

Recogiendo piedras

El Negro, crónica de una amenaza

En los años 90, Carlos Oliveros, más conocido en su época de estudiante como El Negro, fue un reconocido líder estudiantil de la Universidad de Antioquia. Tomó parte en las principales causas impulsadas por el movimiento estudiantil reunido en la Coordinadora Estudiantil de la UdeA, que deliberaba en la asamblea general. Él, como muchos de sus compañeros, fue objeto de la amenaza paramilitar, y por este motivo su vida tomó caminos accidentados donde el miedo siempre estuvo presente.

Cuando el médico Carlos Oliveros regresó a Medellín, aún zumbaban en sus oídos los motores de las lanchas con las que surcó los ríos del Chocó. Había pasado siete años de su vida como galeno misionero, llevando consigo una caja hermética de pasta que despertaba la curiosidad de los niños en cuanto pisaba la tierra firme de algún caserío extraviado en las selvas del Darién. Seguía siendo un guajiro de risa fácil con 35 años cumplidos. Cuando Yanet, su pareja, que lo esperaba en la capital, lo pudo apreciar con detenimiento, lo notó subido de peso y con las mejillas infladas. El doble arco de sus cejas había adquirido ese gesto de severidad que pesa en los Oliveros con el paso de los años. Y su piel, antaño caramelo, se había convertido en un chocolate espeso por la inclemencia de las largas jornadas bajo el sol.

Al recordar Yanet González Nieto ese 2006, se regocija al pensar que, en esos días, Carlos seguía siendo la misma estampa del niño que aprendió a nadar en un brazo de agua que baja de la Sierra Nevada de Santa Marta, llamado María Mina, en el municipio guajiro de Dibulla. La presencia de Oliveros en la ciudad pasó dos años más de agache: del trabajo a la casa y de la casa al trabajo, hasta que se decidió recorrer los pasillos de la Universidad de Antioquia para reconciliarse con su pasado. En la cafetería de Tronquitos alguien lo detuvo y le dijo sin contener el asombro: “Negro, pensé que te habían matado o que habías terminado en un frente guerrillero”.

La precaución que guardaba Oliveros tenía su origen al final de aquellos años 90, década durante la cual había actuado en calidad de líder estudiantil en algunos de los capítulos más convulsos de la universidad. Aquel pasado lo perseguía como su sombra. Su identidad seguía anclada en aquel líder larguirucho, de metro ochenta, de bluyín, camisilla y camisa

desabotonada, mochila cruzada y zapatos rotos. Su peculiar acento peninsular se había hecho habitual en las asambleas estudiantiles, que para 1999 constituían un escenario de debate que conducía el destino de las cotidianidades académicas.

En uno de aquellos debates acalorados en el Teatro Camilo Torres, pocos días después de que apareciera amenazado de muerte en un panfleto firmado por las Autodefensas de la Universidad de Antioquia (AUdeA), Oliveros irguió su cuerpo desde las gradas altas para pedir la palabra, tras escuchar al también líder estudiantil Gustavo Marulanda, amenazado en la misma misiva. Marulanda, en tono irónico ante las acusaciones paramilitares que lo señalaban de infiltrado guerrillero, había dicho: “Bueno, si es verdad lo que dicen, entonces voy a reconocerlo, yo soy del ELN”. Un rumor tenso se cernió sobre el auditorio, pues sabía que dentro del recinto un grupo de opositores le reprochaba su actuar agitador, que entre otras cosas había sido parte del combustible de las airadas protestas y tropes en contra del plan de desarrollo del presidente Andrés Pastrana. Carlos Oliveros esperó a que la mesa que dirigía la asamblea le diera paso, para decir con ese rasgo tan suyo de asumir con humor los momentos más dramáticos: “Bueno, ahora todo el mundo aquí se está confesando, yo también voy a decir de dónde soy, yo soy de Asococo, Asociación Colombiana de Costeños, y la presidenta es una burra”. El ambiente beligerante de la reunión estalló en una carcajada que alcanzó el corredor exterior.

Días después, el sábado 9 de agosto de 1999, dos hombres en motocicleta interceptaron a Marulanda en la salida de la universidad y le quitaron la vida a balazos, mientras su novia Sandra Mazo apreciaba la escena que la marcaría para siempre.

Carlos Oliveros ya había tomado precauciones. Hacía sus prácticas rurales a 240 kilómetros de distancia, en el recién inaugurado hospital Ismael Roldán de Quibdó, cuando se enteró del asesinato de Gustavo Marulanda. A finales del 2007, en versión libre ante los tribunales de Justicia y Paz, el exjefe paramilitar Éver Veloza García, ‘alias H.H.’, confesaría que el crimen, en efecto, había sido ordenado por el jefe máximo de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), Carlos Castaño. La muerte de Marulanda fue la confirmación para Oliveros de que él y otros líderes del movimiento estudiantil, organizados en la Coordinadora Estudiantil Universidad de Antioquia (Ceua), eran objeto de la vigilancia y la violencia con fines políticos que ejercían las autodefensas y el estado en su búsqueda por eliminar cualquier tipo de expresión de inconformismo dentro de la U. De hecho, aquel 1999 dividió de nuevo la historia de la universidad, como había ocurrido a finales de los años 80.

Ese fin de milenio comenzó con una amenaza masiva a través de la circulación de un panfleto

por parte de las AUC, exactamente el primero de mayo, Día Internacional del Trabajo. Tres días después, el 4 de mayo, personas con el rostro cubierto sacaron de la oficina 243 del Bloque 9 al docente antropólogo Hernán Henao Delgado, y le dispararon en tres ocasiones. Henao era el director del Instituto de Estudios Regionales y su muerte hoy es atribuida, según estudiantes de la época, al deseo paramilitar de enviar el mensaje de que nadie estaba a salvo. El sábado 15 de mayo, al menos mil personas entre universitarios, docentes, empleados y bachilleres que iban a participar de una marcha con antorchas, y que habían sido agredidas por la policía que no les permitió desarrollar la jornada, salieron de la universidad tras amanecer en ella. Para entonces las actividades académicas eran intermitentes y el ambiente era de total zozobra.

Hoy, egresados de aquellos años y que fueron activistas, recuerdan, trayendo su propia experiencia, que incluso la fuerza pública infiltró el movimiento estudiantil con bellas jovencitas que tenían como objetivo conquistar a líderes estudiantiles para sacarles información. Posteriormente, el 26 de junio, circularía el panfleto de las AUdeA con los nombres de Gustavo Marulanda, Eder Navarro, Huber García, Jorge Correa, Jorge Maldonado, Carmiña Zapata y el protagonista de esta crónica, Carlos Oliveros, a quien acusaron de pésimo estudiante a pesar de que le faltaban pocas semanas para graduarse, y siempre había conservado un buen promedio durante su carrera. La amenaza de seis hojas decía en la primera página: “Hacemos un llamado a la comunidad universitaria a cerrarle las puertas al terrorismo de la narcoguerrilla, y sumarse a nuestra organización...”. Y la frase con la que terminaba la amenaza fue: “Con nuestros mejores deseos para la UdeA, Autodefensas Universidad de Antioquia (integrante de las AUC)”.

A diferencia de algunos compañeros también integrantes de la Ceua, Oliveros había optado por no exiliarse en otro país, a pesar de que lo invadía el miedo, y en los últimos dos años había adquirido una rutina de autoseguridad casi maniática. Al recordar aquellos años, Oliveros dice que “preferíamos no decir nuestro nombre por seguridad. Pocos sabían que yo estudiaba medicina y todos me decían “el Negro”. Por ese tiempo uno como líder estudiantil tenía que cuidarse porque sabía que podía ser objetivo militar, por eso debía mantener una disciplina. Nosotros, los líderes, estábamos entrenando nuestras mentes para olvidar nombres, direcciones, caras, porque estaba de por medio la traición. Todo esto nos costó sangre, amenazas, desapariciones y estigmas”.

Los señalamientos en contra del movimiento estudiantil no solo se dieron con mecanismos de desprestigio dentro de las instalaciones, el temido comandante de las AUC, Carlos Castaño, se valió de su influencia para enviar misivas que los medios de comunicación

replicaron sin cambiarles una coma. A su vez, la creciente entrada de milicias guerrilleras a los barrios periféricos en la ciudad y su combate con grupos paramilitares como el Bloque Cacique Nutibara, contribuyeron a señalar a la universidad como un “nido del terrorismo”, según el historiador y entonces líder estudiantil Alejandro Sierra. El solo hecho de asistir a las asambleas era suficiente para ser tildado de guerrillero, aunque para nadie era un secreto que células del ELN, el EPL y las Farc hacían presencia en la U con fachadas tanto ideológicas como militares.

Al notar que sostener la lucha por una universidad pública y crítica al gobierno que paulatinamente buscaba su privatización, se había convertido en un trabajo peligroso, Carlos Oliveros aceptó la propuesta del presidente de la Asociación de Profesores de la época, Enrique Rentería, de viajar y resguardarse en Quibdó. Quizá el azaroso desasosiego de ser la próxima víctima mortal se extinguiría al cabo de unos pocos meses, mientras desarrollaba sus prácticas rurales. Y la situación de violencia política dentro del claustro menguaría su gravedad, pensaba, pues el asesinato de Marulanda había desvertebrado en gran parte el movimiento estudiantil. Luego, con las aguas mansas, Oliveros deseaba regresar con el fin de culminar un sueño, especializarse en cirugía y adquirir el “don de la resucitación” que ostentaban los galenos del Hospital San Vicente de Paúl. Pero un año se le convirtieron en siete, y las desoladoras noticias de la radio daban cuenta de cómo los universitarios se convertían en una de las poblaciones más amenazadas y con mayor número de asesinatos del país. Las estrategias de terror de las AUC, incluso, se habían extendido, entre otros centros de educación superior, a las universidades del Atlántico, Nacional, de Córdoba y Popular del César.

“El profesor Enrique Rentería me dijo, ‘Marica, no te vayas del país, venite para el Chocó, para mi casa. Eso sí, juicioso, no se ponga a hacer maricadas y termine surural’. El caso fue que yo no pude volver a la universidad, no pude hacer mi especialización ni competir con mis compañeros. Tuve que reenfocar todo mi plan de vida como médico general. Alguien podría haber dicho que me fuera para otro país, pero no pude y me enloquecía el solo hecho de imaginar que no tendría a mi familia cerca. Además, cuando me fui al rural, todavía andaba con los zapatos rotos y me mantenía Yanet. En el Chocó me dediqué a ser médico y a trabajar en Derechos Humanos”, comenta Carlos Oliveros con mirada introspectiva, luego añade: “El haber roto por completo el vínculo con mi pasado, me convirtió poco a poco en un alcohólico con delirios paranoides. El solo hecho de pensar en lo acontecido me causaba terror”. Sin embargo, las experiencias que lo esperarían recorriendo las selvas del Darién, y rehaciendo una nueva vida en Medellín tras su regreso, lo pondrían en situaciones que pocos podrían

soportar, como aquella vez que un homónimo suyo entró a su consultorio y le confesó, en tono íntimo y no acordada compinchería, un hecho que a Oliveros le heló la sangre.

Primeros años en la universidad

Carlos Oliveros llegó a estudiar a la ciudad de Medellín en una de sus peores épocas de violencia y agitación política. Meses antes, al graduarse de bachillerato y antes de entrar a la UdeA, había aceptado la invitación de unos primos aventureros paraviajar a la Sierra Nevada de Santa Marta en inmediaciones de Dibulla, a trabajar de barequero, buscando oro artesanalmente, a pocos kilómetros de la parcela de su abuelo materno que años atrás había tomado parte, estando en desacuerdo, de la bonanza marimbera. Aquel camino accidentado por el bosque terminó al pie de un río en cuya orilla, un centenar de personas agitaban grandes bateas de madera con los ojos tan abiertos como les era posible, y con los rostros cubiertos por chorros de sudor. El primer día fue de práctica, de habituar la mirada, de agudizar la intuición y comprender las normas sin ley de la minería de la suerte. Sus primos lo habían prevenido de que el polvo de oro era esquivo, aunque no tanto como para no dejarse atrapar por los perseverantes. “La primera semana me fue muy bien, me dieron ciento diez mil pesos, ¡eso era un platal y se lo envié casi todo a mi madre! Y luego en la segunda fueron cincuenta y cuatro mil pesos. Y de ahí en adelante no pasé de los seiscientos pesos. Un día me gané dos mil y me pareció espectacular. Así hasta que una vez pensando y meciéndome en la hamaca, flaco, cansado, ojeroso y sin ilusiones, me dije que eso no quería para mi vida y me fui a presentar de nuevo a la UdeA. Era octubre de 1990. No tenía ahorros y me consiguieron el pasaje para Medellín”, recuerda.

Oliveros dice “de nuevo” porque un año atrás había hecho el examen sin concentrarse, pues la atención de sus ojos no estaba sobre la hoja de los problemas, sino sobre una joven paisa con la que estuvo cruzando miradas que no terminaron en nada que valiera el enorme esfuerzo que hacía su familia por enviarlo a Medellín. Su madre Nilva Rosa Peralta deseaba que su hijo estudiara medicina, “como lo hizo en parte el amor de toda su vida que fue el señor Nicolás Palacio, del que estaba separada”. Pero Olivero le adelantó la sorpresa de que una vez siendo estudiante se pasaría a ciencias sociales o psicología. Esto le hace recordar a Oliveros que, “el hambre genera una desesperada y distorsionada conciencia. Yo vine a entender que había muchas cosas que no comprendía de la realidad cuando fui barequero de oro y vi miles de personas haciendo huecos en la tierra, desesperados en pleno sol guajiro, buscando un pedacito de oro que les diera el sustento inmediato. Eso es de nunca acabar. Mis primos continúan en el negocio”.

Recordar los dos primeros años en la universidad para Oliveros es verse en una etapa de maduración incesante. “Cuando entré yo era el costeño más costeño. Teníamos un grupo especial, había un indígena de apellido Chasoi, un soldado de las fuerzas especiales, Álvaro, que llegó traumatizado por la guerra a la U, y hoy es mecánico en Niquitao. Él no pasó del primer semestre; vivíamos situaciones desesperantes. Conmigo se reían mucho por mi forma de hablar. Por ejemplo, unavez un pelao comenzó a molestarme la cabeza desde la silla de atrás. Era clase de estadística y de pronto el profesor Zuan se dio cuenta y preguntó con severidad: ‘Qué es lo que está pasando ahí’. Y yo le respondí, ‘profe, es queste quetácatras me está jodiendo’. Y la gente comenzó a repetir, ‘es queste quetácatras, es queste quetácatras... juajuajua’. Yo no entendía porque la gente se burlaba. Una compañera llamada Beatriz me dijo, ‘yo nunca pensé en la vida que esa frase fuera verdadera: es queste quetácatras’. Yo la verdad aun no entiendo el chiste”. Oliveros dice esto último con expresión seria, pero sí entiende el chiste, sino que se hace el loco, filtrando con la ironía un humor silencioso para matizar el matoneo perverso del que fue víctima por dos semestres, hasta que comprendió que podía sacarle provecho a su particular forma de ser. Se dijo que, si para él era toda una sorpresa las formas como los paisas se expresaban en la vida, para ellos de igual forma su modo de lanzar frases cultivadas en los sectores populares de Santa Marta, Riohacha y Sincelejo, debía ser como escuchar un pueblerino costeño sacado de una telenovela. Muchos años después se encontraría con un viejo compañero de aquellos años, ahora cardiólogo, que le dijo, digamos, en charla: “Huevón, es que voz tenías los cuatro males: costeño, negro, pobre y rebelde”.

Pero esto no era lo único. El recién bachiller provinciano, ocupó un cuarto a cuatro cuerdas arriba del Parque Gaitán, por encima de la carrera 30, en el barrio Manrique, y desde allí todos los días subía y bajaba a pie. Durante dos años, Oliveros siempre utilizó el mismo par de zapatos, incluso hasta cuando sus dedos asomaban por los rotos en un descuido, no había plata para más. Oliveros recuerda además que siempre era uno de los últimos en estudiar una lección, pues tenía que esperar a que sus compañeros de medicina terminaran de leer las fotocopias para que se las prestaran. El hambre también estrujaba con violencia. Pocas veces Oliveros lograba llevar una coca con comida y podía pasar casi un día entero con un par de cafés, un pan, y tragando grandes bocanadas de agua de grifo para distraer la falta de comida. Oliveros lograba disimular el apetito; y una vez un compañero del movimiento estudiantil al que apodaban Simpson, un estudiante de periodismo llamado Sergio, le enseñó una estrategia que muchos estudiantes realizaban y que Oliveros desconocía. “Me acuerdo de que una vez Simpson me invitó a comer y me dio mucha emoción porque estaba maluco del hambre. Y me llevó hasta el restaurante de deportes. Me senté en una de las mesas y me

dijo que esperara, y me quedé esperando a que me trajera un almuerzo. Cuando vengo a ver, una pareja se levantó, y el Simpson cogió uno de los platos con una sobra de carne, así, sin escrúpulos, y lo puso frente a mi cara. Luego me dijo, ‘vaya comiendo que ya le traigo la ensalada’. Luego me trajo un sobrado de arroz y me dijo: ‘vaya comiendo hermano para que no se le acumulen los platos’. Yo creo que de la penale reproché su invitación a comer, y el verraco lo que hizo fue regañarme, me echó un discurso para decirme que no tenía mentalidad de ‘Guerra’, esa fue la palabra que utilizó. Con el paso de los días me enteraría que esa forma de buscar comida era común entre los estudiantes más pobres, muchos de ellos grandes oradores en la asamblea, como el mismo Simpson o Rollo. En tiempos mejores dejábamos de ir al restaurante y nos sentábamos todos en un corredor y se armaba lo que fue conocido como el cartel de la coca, que consistió en que permitíamos que nuestras cocas de comida, (portacomidas), cayeran de mano en mano con el fin de calmar la ansiedad de las tripas”.

Pronto el Negro advirtió que habitar la universidad requería más que asistir a clase y mantener el estómago tranquilo. Comprendió que las ideas y las expresiones que agitaban con gravedad la tranquilidad y el corriente devenir académico, estaban ligadas a hechos históricos evocados e interpretados por actores que ocupaban universos sectarios y diametralmente opuestos. Los objetivos, ideales y expectativas de los estudiantes con vocación de líderes, comprendería el Negro, estaban animados por las promesas que un año atrás la constituyente había hecho ley en letra impresa. La apertura de la inclusión política de diversos sectores sociales, que por años había detenido la dogmática Constitución de 1886, y que hizo recaer el poder sobre estrechas esferas elitistas, motivaron los síntomas de un debate en el que los estudiantes promulgaban la defensa por una universidad pública al servicio de los jóvenes más pobres. En los corredores y al calor de un café, era habitual que se formaran corrillos en los que se discutían, con nerviosismo, de los últimos asesinatos, desapariciones, amenazas y torturas en los que participaron por igual sicarios a sueldo, policías y militares, según se aprecia en las notas de prensa.

Las consignas y los rostros pintados en las paredes de la U, percibió el Negro, tenían como propósito sacar del olvido del tiempo una violencia política que no menguaba desde hacía al menos cinco años, cuando en 1987 fueron asesinados, durante agosto, los docentes Pedro Luis Valencia, Luis Felipe Vélez, Héctor Abad Gómez y Leonardo Betancur, a manos de los paramilitares en contubernio, al parecer, con agentes del Estado. De hecho, 27 años después serían declarados como delitos de lesa humanidad las muertes de Héctor Abad y Luis Felipe Vélez, a manos del Clan Castaño, ligado a poderosas castas políticas. El 17 de diciembre de ese año, cuando se pensó que era imposible que la violencia se ensañara más contra la U, tras

continuados explosivos, allanamientos militares y el asesinato de al menos cuatro estudiantes, fue hallado muerto con dos tiros de gracia uno de los profesores más queridos, Luis Fernando Vélez, quien había asumido la presidencia del Comité Permanente de la Defensa de los Derechos Humanos, en remplazo de Héctor Abad. El docente de derecho fue encontrado junto a su vehículo en las horas de la noche a la orilla de la carretera al mar. La profesora de idiomas de la UdeA, María Cecilia Plested, quien fue su alumna, declaró para el proyecto Hacemos Memoria, recordando aquel acontecimiento: “Nunca había oído a la Universidad llorar al unísono. Era impresionante. Desde la puerta de Barranquilla se escuchaba que todo el mundo lloraba”, dijo conmovida Plested.

Poco a poco, el hasta ese momento tímido Oliveros fue enterándose de todos estos hechos y de los posteriores. Vio las llamadas milicias estudiantiles incinerar vehículos a las afueras de la U; por primera vez tendría a pocos metros a encapuchados del Ejército de Liberación Nacional repartiendo panfletos y gritando consignas en la Plazoleta Barrientos; escucharía comentar el asesinato de un estudiante de ingeniería, luego de uno de derecho, luego una de artes, y así, una lista de crímenes cuya impunidad no dejaba de ser denunciada por temerarios defensores de Derechos Humanos. Según recuerda el Negro, la asamblea de estudiantes por entonces era incipiente, pero activa, y en ella comenzaron a aparecer voces con convicción que se definirían en octubre de 1993 con la huelga de hambre. El Negro había decidido salir del anonimato para convertirse en uno de los estudiantes de medicina que auxiliaba a los huelguistas. Aquel año fue neurálgico y terminó de empeorar cuando el rector de la UdeA de la época, Rafael Aubad López, relacionó a los encapuchados tropeleros con la Asamblea de estudiantes. Incluso, el periódico *El Colombiano* en su portada del 13 de septiembre publicó la declaración de rechazo de la Asamblea por las declaraciones de Aubad, afirmando que la peligrosa acusación tenía como objetivo justificar las continuas incursiones militares dentro de las instalaciones, a su vez que rechazaba el pliego de peticiones de los estudiantes. Y no era para más, entre sus exigencias estaba la renuncia del rector y la revocatoria de su plan de desarrollo, que según los estudiantes buscaba paulatinamente privatizar la universidad.

La huelga de hambre de octubre de 1993 duró once días y fue apoyada por la Ceua. Primero participaron ocho estudiantes con el rostro cubierto que se encadenaron en una de las entradas del bloque administrativo, y en la que después se sumaron otros que se sometieron al régimen de alimentarse solo con suero endulzado. Una de sus exigencias principales era tener real participación en la construcción del nuevo Estatuto General de la UdeA, cuya comisión había convocado el rector Rafael Aubad. Los últimos tres días el Negro participó en la asistencia médica de los protestantes que iban cayendo desmayados.

Yanet María, que estudiaba Educación Especial, aquella vez, día once de la huelga, había decidido quedarse amaneciendo para asistir a los jóvenes, que al tercer día de encadenados buscaban donde apoyar la cabeza para detener el vértigo del hambre y acallar su mente de la confusión que los rodeaba: “Por casualidad terminé quedándome el último día de la huelga y se lo hice saber al Negro que me dijo que tuviera cuidado, y se fue, jajaja. Yo quería acompañar a los muchachos, darles ánimo, cuando, ya en la madrugada, entre las sombras, nos emboscó el Ejército en completo silencio, unos soldados súper armados, y nos obligaron a ponernos de piea empujones y cuando me di cuenta cada uno tenía de a tres soldados y eso que éramos como quince. Yo tenía uno a mi derecha, otro a mi izquierda y uno más atrás. Nos llevaron hasta las instalaciones del DAS²⁷ y nos dejaron en un enorme patio, soportando el frío de la madrugada, sentados sobre el piso, y eso para una costeña como yo era una tortura. Nos mirábamos en silencio. Algunos lloraban. Yo estaba muy preocupada, sobre todo porque tenía que ir a una práctica académica en el Centro de Servicios Pedagógicos y cumplir un horario. ¡Dios mío! ¿Yo qué le iba a decir a mi coordinadora? ¿Que estaba apoyando la tan sonada huelga de hambre?”, dice Yanet mientras observa a su hijo de cinco años, el hijo del Negro, que juega entre la arena con unas gafas de nadador sobre la cabeza, en el Parque de los Deseos. Camilo es discreto, observador, amante de los superhéroes y es la imagen viva de Oliveros cuando tenía esa misma edad: sin exagerar, es exactamente el mismo.

En el transcurso de esa mañana y luego de reseñarlos, con presión de los estudiantes, los huelguistas fueron dejados libres. Yanet recuerda “como si fuera ayer” que agotada regresó a la U en compañía de otros retenidos donde cientos de estudiantes se habían aglomerado en los alrededores del Teatro Camilo Torres, escenario de un candente debate. Se le acercaron a preguntar cómo estaba mientras se habría paso hacia el auditorio. Yanet encontró a el Negro en plena discusión, donde se deliberaba sobre la forma cómo había operado la administración echando por el piso los diálogos bilaterales, deshaciendo la huelga de hambre arbitrariamente. Aquella vez se ratificó el deseo general de que era necesaria la renuncia del rector Aubad, atrincherado y protegido en el Consejo Superior, que se había posicionado a dedo como rector a mediados de 1992, en remplazo de Luis Pérez Gutiérrez. En una nota de prensa de EL Tiempo, lo dibujaron como un entusiasta de la revolución cubana en sus años de líder estudiantil, como un investigador que había pasado 22 años de docente, con diplomas

²⁷ El Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) fue un organismo de seguridad del Estado, cuyas tareas se centraban en la inteligencia y contrainteligencia del país, y su dirección estaba bajo mando presidencial. El 31 de octubre del 2011, el entonces presidente Juan Manuel Santos, a través de decreto, eliminó esta entidad. Su desaparición se dio luego de que se dieran a conocer que sus funcionarios estaban operando de forma ilegal, desarrollando investigaciones de espionaje a jueces de Altas Cortes, periodistas, políticos opositores y defensores de Derechos Humanos. Según investigaciones que comenzaron en febrero del 2009, el DAS hizo interceptaciones de llamadas y seguimientos ilegales durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez.

obtenidos en Francia, Chile y Brasil, y para el momento de su posesión era la cabeza del Centro de Investigaciones Económicas de la UdeA (CIE). En un párrafo de aquel artículo se lee: “Con tanto trajín, encuentra una gran paz en sus caminatas y en la lectura de los libros de Marguerite Yourcenar (que lo hacen pensar sobre las cosas profundas) y en los de Milan Kundera (que lo ponen a reflexionar en lo efímero de lo superfluo)”. En una nota de prensa del mismo medio del 9 de octubre, durante la huelga, se hizo alusión de la problemática de seguridad dentro de la U a causa de delincuentes que robaban sin discriminación. Y al menos doscientas personas, entre ellas profesores que reclamaban sus derechos sindicales, estaban amenazadas de muerte, y los casi setenta días de Asamblea desde la posesión de Aubad tenía con retrasos de hasta cuatro meses, al menos una docena de carreras. Según las cifras del informe, la UdeA en ese momento contaba con “19.245 estudiantes de pregrado, más que la Universidad Nacional, en cuya sede de Bogotá llegan a 19.200, tiene 16 centros de investigación, asesoría y consultoría y 138 programas académicos, que han graduado, en 190 años, a más de 33.000 profesionales”.

En la nota referida, Aubad, que había instalado una comisión el mes anterior para discutir el nuevo Estatuto General, afirmó que había pedido la presencia de la Fiscalía dentro de la ciudadela con el fin de que hallara los responsables del torbellino de delitos, lo que no quería insinuar que estaba en contra de la Asamblea. A esto, los estudiantes respondieron que era imposible, pues el ente investigativo cargaba consigo la mala imagen de ser una de las herramientas de criminalización desde donde el gobierno ejercía su violencia política. Carlos Oliveros, “segregado por mi color de piel, mi cultura y mi pobreza”, asegura que su condición de estudiante lo hacía tomar conciencia de que los mecanismos que utilizaba la UdeA para recaudar fondos y llenar el hueco fiscal, estaba recayendo directamente sobre los estudiantes, liquidando matrículas de una forma injusta e incorrecta, sin tener en cuenta algo tan simple como el estrato del aspirante y su situación socioeconómica. Según Carlos Oliveros, aquella Ley 30 de 1992, que tanto prometía una apertura en el aumento de coberturas e investigación universitaria al servicio social, debido a la falta de soltura económica de parte del gobierno para sostener una U pública, era una excusa para ir privatizando el claustro universitario. Entre las ideas de la administración estuvo comenzar a alquilar el Teatro Camilo Torres con el fin de que particulares hicieran uso de él. Aubad, desesperado ante la situación, declararía al periódico citado en el artículo titulado *U. de Antioquia, amenazada*: “Yo soy rector de universitarios y no de encapuchados y elementos extraños, y mi única arma es la razón”.

El asunto no terminaría allí. La asamblea había determinado la necesidad de suspender por completo las actividades académicas ante los oídos sordos de la administración que había aceptado algunos de los puntos del pliego de peticiones, pero había descartado lo que a juicio de los reclamantes era los más importantes, entre ellos, la renuncia del rector. Mientras esto se daba, la comisión encargada de crear el nuevo Estatuto General redactaba el documento al margen de las peticiones de los estudiantes. Para ese momento, el rector Rafael Aubad se había marginado temporalmente de su cargo cuando el viernes 5 de noviembre de 1993, cincuenta jóvenes decidieron cerrar el Alma Máter y levantar un campamento permanente, al cual el Negro se sumó como uno de sus participantes. El domingo siguiente, luego de cancelados y ollas comunitarias, a los estudiantes les llegó una visita militar de Rito Alejo del Río, comandante en ese momento de la IV Brigada; que años después se sabría, según investigaciones de la justicia, ordenaba masacres, asesinatos sistemáticos a líderes rurales, falsos positivos y, en general, crímenes de lesa humanidad durante toda su carrera. Incluso, este general; recibiría reconocimientos y elogios del entonces gobernador de Antioquia, Álvaro Uribe Vélez, quien lo consideraba un pacificador del Urabá, cuando entre 1995 y 1998 el referido “estratega” fue comandante de la Brigada XVII del Ejército.

El Negro recuerda ese momento, conteniendo una risotada: “Cuando se acabó la huelga quisimos seguir con un campamento universitario, y nos cayó en la madrugada la IV Brigada con Rito Alejo del Río, nos reseñó y a algunos compañeros se les dañó la vida. Durante el campamento, sin que lo supiéramos, nos estuvieron acompañando personas de la inteligencia militar. Su propósito era hallar pruebas que nos incriminaran en nuestras cosas y actividades que nos vincularan con la insurgencia. Entonces cuando nos agarraron a todos nos trasladaron a la cancha de fútbol, nos sentaron, nos requisaron las maletas y fuimos rodeados por un pelotón del Ejército. Y llegó Rito Alejo del Río, con su paso pesado y de camuflado. Se hizo en frente de nosotros y nos miró detenidamente por algunos segundos. Hasta ese momento yo no sabía quién era, pero si estaba vestido de militar no era nada bueno. Entonces le escuchamos levantar la voz como para que todos le dirigiéramos la mirada: ‘Ahora sí vamos a meter a esta gente presa’. Dio algunos pasos y ordenó a una mujer: ‘Compañera *fulana*’. Y vimos surgir de la nada una muchacha que llevaba en la mano unos papeles. Rito Alejo los recibió complacido y se quedó por un instante en silencio, analizando lo que después supe que era un dibujo. Por fin dijo, disimulando su molestia: ‘¡Carajo! ¿Esta es la prueba?’. La joven interpelada se precipitó a resaltar la apología a la marihuana del cantautor dibujado en el papel. Y de pronto escuchamos de nuevo al militar, con voz alterada: ‘¡Pero por Dios! Hasta mi nieta tiene un afiche de Bob Marley’. Y juajuajua, no pudimos más que reírnos”.

El gobernador de Antioquia y presidente del Consejo Superior Universitario, el conservador Juan Gómez Martínez, en un comunicado dijo haber autorizado el ingreso de los militares al Alma Máter para el desalojo de cincuenta estudiantes. Según las directivas, en cabeza del rector encargado Álvaro Gaviria Ortiz, “el mazo Gaviria”, el fin de semana dentro de la Universidad hubo petardos y disparos, y el sábado los manifestantes se habían apoderado de las porterías de la ciudadela para no dejar entrar a algunos directivos, estudiantes y profesores. En una nota de prensa de *El Colombiano* del 9 de noviembre, las autoridades policiales afirmaron haber hallado dentro de la U, “una granada de fragmentación M-26, 17 cartuchos para revólver calibre 32, una capucha verde y panfletos del Ejército de Liberación Nacional y del Frente Estudiantil Revolucionario”. Otra persona que emitió su declaración sobre la operación militar fue el abogado Jesús María Valle²⁸, docente y exalumno de la UdeA, y quien para ese momento era miembro del Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos: “La experiencia enseña que la intervención militar en la universidad no es conveniente ni para la academia ni para el buen funcionamiento de la institución. Hay que insistir en los diálogos, el foro permanente, colocando en pie de igualdad a todas las partes integrantes de la Universidad”. El Nuevo Estatuto General de la UdeA sería aprobado en marzo del siguiente año, y la renuncia de Rafael Aubad sería aceptada por el gobernador en agosto de 1994, cinco meses después de haberla presentado.

“En el 94 –continúa el Negro-, se dio una pelea casi igual, casi siempre tenía que ver con necesidades y problemas de facultades. Pero la característica que quiero anotar y que más recuerdo, es que eran peleas de muy poquitos estudiantes. La participación del movimiento no era masiva. Estoy hablando de máximo cien personas que convocábamos asambleas. Y cuando teníamos buenos resultados aparecían hasta trecientos estudiantes, y eso que el auditorio es de mil doscientos. Esto nos obligó a hacer algo que hoy es considerado de moda, y fue fortalecer la presencia del trabajo estudiantil con actividades culturales, con elementos simbólicos para concientizar a los demás de la importancia que se constituyeran como sujetos políticos en defensa de la universidad pública. Así que más de una vez utilizamos el símbolo del entierro de la universidad. Lo que hicimos fue vestirnos como monjes benedictinos o parecíamos, por la capucha, miembros del Ku klux klan más que de otra cosa, con estudiantes

²⁸ Jesús María Valle (1943 - 1998) fue un abogado y defensor de los Derechos Humanos nacido en el municipio de Ituango, norte de Antioquia, asesinado por paramilitares el 27 de febrero de 1998 dentro de su oficina, en el centro de Medellín. Hasta allí llegaron dos hombres y una mujer de la banda criminal La Terraza y le dispararon. El principal autor intelectual de este asesinato fue el jefe paramilitar Carlos Castaño, en compañía de otros hacendados. Su caso fue investigado en el 2008 por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, y en el 2018 fue declarado de lesa humanidad. Su muerte se dio luego de que el abogado denunciara una connivencia entre el Ejército y paramilitares en la consecución de masacres, principalmente en Ituango, donde las principales víctimas eran campesinos.

de teatro que se encargaron del dramatizado del tema de la privatización en toda la Plazoleta Barrientos. A nosotros nos obligó la necesidad de crear ese tipo de formas de trabajo para llamar la atención de la gran mayoría de los estudiantes y de los profesores, a quienes les daba terror participar del movimiento estudiantil”, recuerda el Negro.

El efecto para aglomerar comunidad universitaria en torno a los reclamos del movimiento estudiantil tuvo positivos resultados a finales de ese año, entre otros factores, por la seguidilla de denuncias de estudiantes de varias regiones del país por un repentino aumento en las matrículas. A ello se sumó la lucha del estudiantado para que se dejara de utilizar el puntaje obtenido por los bachilleres en el examen del Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior (Icfes), como método de ingreso a las universidades; y docentes universitarios avizoraban un incumplimiento por parte del gobierno ante sus peticiones de nivelación salarial y pensional. A este caldo se sumaron varios crímenes: el asesinato en abril de Luis Fernando Ortiz Velásquez, líder estudiantil del Consejo de Facultad de Ingeniería, cuyo cuerpo fue hallado descompuesto en el río Medellín; y el asesinato del docente de ingeniería sanitaria Marco Aurelio Pérez Castrillón, sacado del salón de clases por hombres armados el 28 de octubre de 1994. El miedo era el sentimiento dominante.

En el 95 la problemática del examen del Icfes se incrementó. De ese tiempo, El Negro recuerda que, “eso fue una lucha cuasi académica entre estudiantes y la administración. Líderes de varias facultades nos juntamos y nos propusimos estudiar como locos con el fin de vencer los argumentos de la rectoría ya en ese momento en cabeza de Jaime Restrepo Cuartas. Con Alberto Uribe Correa rector, le tocaría a otra generación librar la misma lucha 20 años después. Lo que hicimos nosotros en 1995 fue enfrentar con argumentos a la administración, para democratizar la decisión a tomar. Esa dura tarea solo fue posible en una lucha de contra argumentación permanente, leyendo libros y estudiando estadísticas por montones. Estuve discutiendo el tema, así con mi acento, en las facultades de Filosofía, de Economía, de Enfermería y Medicina. Así mismo, estuvimos en colegios ilustrando a los futuros bachilleres sobre las desventajas del nuevo modelo de admisión a la universidad. Y luego llegamos a reunir en el Camilo Torres, si la memoria no me falla, al menos cuarenta colegios, muchachos de grados 10 y 11 con sus profesores, que escucharon una exposición sobre el examen del Icfes del profesor Henrique Batista. Ese día comenzó el paro y hubo tropes. Recuerdo una anécdota que no se me olvida, ahí en pleno tropel en la portería de Barranquilla. Unos pelados del colegio Pascual Bravo cayeron y ayudaron a bloquear la calle, y llegó un batallón antinarcóticos y nos levantaron a fusil y gases. El enfrentamiento, que consistió en quedarnos todo el tiempo pegados en tierra para evitar un balazo, fue muy duro.

Yo participaba como paramédico por la pésima puntería para tirar piedras y una horrible letra para hacer pintas; tengo letra de médico y una vez casidescalabro a pedrada a un compañero. La suerte no se definía a nuestro favor, y los protestantes estábamos sometidos, tirados en el piso, esperando un espacio para huir. Cuando de pronto se hizo un profundo silencio y salió corriendo un pelado, de apariencia diminuta y de nuestro lado. Caminó hasta la malla que da a la calle Barranquilla con la portería de la esquina de la Avenida Ferrocarril, y le pegó un grito al batallón antinarcóticos que se escuchó en toda la universidad: “¡Ríndaaaseenn que estaaán rodeadooss!”. Juajuajua... Ese día casi nos matan”.

A mediados de ese año la actividad académica estuvo troncada también por paros programados por docentes, y el primer semestre del año había quedado elegido como rector de la UdeA, Jaime Restrepo Cuartas, quien publicaría una carta abierta a mediados de julio del 95 donde explicó y pidió lo siguiente: “... A finales de 1994, el Consejo Académico, por medio del Acuerdo 021, decidió modificar el antiguo examen de admisión por el de las pruebas del Icfes, hecho que originó el actual movimiento estudiantil, cuya Asamblea General hizo siete solicitudes perentorias y entró en un paro indefinido a partir del 17 de mayo de 1995. Con la admisión programada para el segundo semestre de este año, la Universidad había hecho un compromiso público que legalmente tenía que respetar y por esta razón ingresaron bajo ese sistema 1634 estudiantes, el 57 por ciento de colegios oficiales. [...] Ahora la Universidad hace un llamado categórico a la normalización de las actividades académicas a partir del 17 de julio del presente año, una vez concluyan las vacaciones reglamentarias de los docentes ...”.

Ese año ocurrió uno de los peores hechos de violencia política en contra de estudiantes de los últimos años, y que incluso llegó a instancias internacionales. “No se me olvida la discusión que hicimos en el teatro por la desaparición del estudiante Jorge Iván Alarcón; fue liderada por Gabriel Bocanumenth, Rollo. Asistió a la Asamblea casi toda la familia del desaparecido, y nos propusimos hacer toda la bulla posible para que las autoridades respondieran”, afirma Oliveros.

Todo comenzó el 6 de mayo entre los municipios de Armenia y Heliconia, cuando Jorge Iván Alarcón y su amigo artista Édgar Augusto Monsalve fueron detenidos por la policía, que se encargó de traerlos y llevarlos por diferentes zonas y poblados. Declaraciones de familiares de los jóvenes quienes llevaron a cabo su propia investigación, comprobaron que ambos, tras ser retenidos, fueron trasladados por agentes hasta el corregimiento de San Antonio de Prado, donde los esperaban otras policías del municipio de Armenia-Mantequilla, que finalmente condujeron a los estudiantes a zona rural de Titiribí. Allí fueron entregados a

paramilitares. El proyecto Hacemos Memoria reconstruyó en parte esta historia, y comprobó que familiares de las víctimas acudieron incluso a la Asociación de Familiares de Detenidos y Desaparecidos (Asfaddes), desde donde comenzaron una investigación más exhaustiva. Informes de la Policía Nacional citados por Asfaddes, corroboran tales datos. Días después a la Universidad acudió un tío de Alarcón con el fin de buscar ayuda y empapelaron toda la universidad con las fotografías de los jóvenes. Ese tío era Luis Gonzalo Sánchez, a quien se le ocurrió arrojar desde una avioneta 25 mil volantes con las imágenes de los desaparecidos, en zonas rurales del Suroeste antioqueño. Pero cuando todo estaba preparado, agentes de la Policía lo interceptaron en el Aeropuerto Olaya Herrera y, sin dar explicaciones, le decomisaron los papeles. El caso llegó a ser conocido incluso en Amnistía Internacional, y un año después la Fiscalía, según archivos de Asfaddes, dictó medidas de arresto contra 37 personas, entre ellos un teniente del Ejército, un cabo y un policía. Este procedimiento fue disuelto por la justicia militar que los absolvió. A pesar del desalentador panorama la hermana del estudiante de ingeniería Jorge Iván Alarcón, Sandra Alarcón, continuó en búsqueda de justicia y se vinculó a la Asociación de Familiares de Detenidos y Desaparecidos. “Pero el 6 de octubre del 2000, –dice una nota de la línea de tiempo elaborada por Hacemos Memoria-, ella también fue víctima de desaparición forzada, junto a su compañero Ángel Quintero, también miembro de la organización. Ambos desaparecieron en el centro de Medellín, luego de que un grupo de hombres los obligara a subir a un automóvil”. Luis Gonzalo Sánchez, por su parte, no dejaría de recibir amenazas de muerte durante muchos años.

Y continúa el Negro, escarbando en su memoria, que, junto a María Múnera, Carmiña, Elda Soler, Sergio y otros elegidos por la Asamblea de estudiantes: “Nosotros logramos que se ‘suspendiera’ el examen del Icfes como criterio de admisión, y obtuvimos el derecho a que la administración nos publicara las conclusiones a las que llegábamos en la Asamblea General”.

“Una vez, en 1996, por motivo de respaldar a unos desplazados campesinos del Oriente antioqueño y el Bajo Cauca, le pedimos al rector Jaime Restrepo Cuartas

que nos publicara unas conclusiones de la Asamblea, en la que por primera vez nos atrevimos a llamar las cosas por su nombre. Estábamos algunos líderes en la sede de la Ceua, esperando a que nos llegaran las copias, pero nada que llegaban. A las tres de la tarde decidimos encarar al rector y cuando entramos al bloque administrativo, lo vimos salir con sus escoltas. En ese momento le reclamamos porqué no había publicado las determinaciones de la Asamblea. Y él nos respondió, “nosotros no pensamos publicar esas conclusiones”. “¿Y por qué?”, le dijimos. “Es que miren, tratan al presidente del Consejo Superior de la universidad como paramilitar, aparte de eso miren los términos que utilizan: revolución, lucha, movimiento... Esos no son términos para una conclusión de asamblea de estudiantes”. Y uno de nuestros compañeros al que le decíamos Simpson, Sergio; un estudiante de periodismo, le respondió ante la sorpresa de todos: ‘¿Entonces usted es uno de los que cree que las palabras se privatizan y que la palabra revolución, lucha, movimiento, justicia, son de izquierda? ¿Y las palabras orden, disciplina y fuerza, son de derecha? Pues déjeme decirle que no, vaya y pregúntele al cuentero Jorge Aníbal Niño, que escribió todos sus cuentos y los publicó, y alguien le dijo que, por allá, un señor guanabanero en no sé qué municipio, cada vez que le compraban un jugo recitaba uno de sus cuentos. Imagínese que a Jorge Aníbal le dio mucha curiosidad y se fue a conocer al guanabanero y lo encontró y le escuchó contar muy bien sus cuentos, y le preguntó de quién eran esos relatos, y el guanabanero le dijo, ‘esos cuentos son míos’. Ese día aprendió Jorge Aníbal Niño que las palabras que alguna vez fueron de él, ya no lo eran, que ahora pertenecían al pueblo. Ahora ¿usted me está diciendo que las palabras se privatizan? ¿Y que esas palabras no se pueden utilizar en una asamblea de estudiantes?’. En ese momento el rector se quedó mirando la hoja y nos dijo, viéndose derrotado: ‘¿Cuántas copias quieren?’. Juajuajua. Todos quedamos sorprendidos”.

El presidente del Consejo Superior de la universidad, a quien acusaban de promotor del paramilitarismo, era Álvaro Uribe Vélez, para entonces gobernador de Antioquia. Poco después de este hecho ocurriría una masacre por la cual 17 años después el Estado aceptaría responsabilidad. El 29 de junio de 1996, a eso de las 8:30 de la noche, en el sector de la terminal de buses del corregimiento de Belén Altavista, llegaron al menos diez hombres que según testigos portaban armas de uso privativo de las fuerzas militares y distintivos (chalecos y brazaletes), del Cuerpo Técnico de Investigación de la Fiscalía (CTI). Gran parte de los allí reunidos eran jóvenes que celebraban el vaciado de una placa polideportiva para el barrio. Los presuntos agentes del Estado enfilaron a varios jóvenes y les interrogaron sobre el paradero de milicianos (células urbanas de grupos subversivos). Una nota de prensa afirmó que los hombres tenían fusiles R-15, pistolas y subametralladoras 9 milímetros, y habían

llegado al lugar en un Chevrolet Sprint gris y un Skoda azul, con las placas tapadas. Lo primero que hicieron fue disparar a los pies de los jóvenes y rematarlos allí. Un menor, que buscó refugio detrás de la imagen de una Virgen, fue acribillado. En total, 16 pelados fueron asesinados dejando una escena que María Lucía Arboleda Muñoz, madre de dos de las víctimas, recordó en octubre del 2017 en el Museo Casa de la Memoria de Medellín, a donde acudió para escuchar las excusas públicas del Estado. La mujer de 72 años, con voz resignada y cansada, y que para sobrevivir trabajaba en casas de familia, dijo ante la cámara de Teleantioquia que la tranquilizaba el hecho de que la imagen de sus dos hijos fuera por fin limpiada, ya que en su momento las autoridades los señalaron como milicianos. Oliveros recuerda que la masacre conmovió al movimiento estudiantil, que durante varios días salió a manifestarse frente a este acto que, al parecer, había sido ejecutado por paramilitares. La consigna que más se gritó en coro durante los recorridos hasta la Alpujarra fue: “Álvaro Uribe paramilitar, en Altavista mandó a masacrar”. Una masacre de tal magnitud no se veía en Medellín desde el 23 de junio de 1990, cuando en un bar llamado Oporto en el municipio de Envigado, concurrido por jóvenes de familias adineradas, fueron asesinados 23 jóvenes por una cuadrilla de hombres que llegaron en varias camionetas. A la fecha, como ocurre con la masacre de Altavista, las autoridades solo tienen hipótesis sobre quiénes eran los sicarios detrás de las capuchas.

El ágora de las disputas

El más significativo logro que había obtenido el movimiento estudiantil de mediados de los años 90 no fue haber enfrentado coyunturas tan fuertes como la exigencia del estudiantado de tomar parte en las decisiones más importantes de la U; o las exigencias de respeto frente a las acusaciones de que la Asamblea era una madriguera de haraganes. Ni siquiera lo fue la estrategia con la que enfrentaron los grupos ilegales o los agentes del Estado infiltrados. El mayor logro del estudiantado fue crear un mecanismo que les permitiera discutir los problemas de la universidad y el país en la lógica democrática con que estaba diseñada la Asamblea General. Así lo creen líderes de la época, como Elda Soler, María Múnera o Gabriel Bocanumenth, quienes tomaron parte activa en algunos de los episodios más coyunturales vividos en la universidad. Carlos Oliveros también lo cree así. El Teatro Camilo Torres fue el ágora de las ideas, de los debates, de los argumentos, de los puntos de vista, de los discursos beligerantes y reconciliatorios. Era donde se medía el pulso de las propuestas predominantes, donde se discutió desde la arbitrariedad de que Bienestar quitara las comidas gratis, hasta la necesidad de analizar quiénes estaban detrás de los continuos asesinatos de

estudiantes, docentes, empleados y pensionados de la ciudadela. Allí también ocupó la atención las opiniones alrededor de la injerencia que el movimiento estudiantil tenía en problemáticas de ciudad, por lo que incluso las instalaciones del Alma Máter, por iniciativa sobre todo de Gustavo Marulanda, se convirtieron en refugios temporales para desplazados. De hecho, para llamar a una Asamblea General, era necesario que el grupo de la iniciativa pidiera una cita en la Ceua, donde eran escuchados sus argumentos. Este momento era llamado reunión amplia, donde caían todos los combos de las facultades, y quien estuviese interesado. Luego se votaba si se justificaba llamar o no a la Asamblea General para crear la coyuntura. De igual forma, con el fin de hacer posible el debate, era ineludible tener una mesa central con máximo tres personas, que se encargaban de hacer cumplir las reglas de las intervenciones, velar por las nociones, el tiempo de estas, las síntesis, las decisiones y las propuestas. La mesa jugaba como notaria del aluvión de conjeturas y al final debía tener numeradas las conclusiones, sin errores de sintaxis ni ortografía, pues irían luego a una fotocopidora (la rectoría se encargaba de esto), y luego a las manos de los estudiantes desprevenidos y desinteresados por esas peleas, siempre amenazadas por todos los agentes que pugnaban por imponer su ideología.

Así aparecieron figuras que se especializaron en dirigir las asambleas. Quizá la más destacada fue Alba Luz Restrepo Holguín, una joven tímida, introvertida, de un metro cincuenta, con aura de no quebrar un plato y una sonrisa que iluminaba el mundo. Pocos sabían que detrás de aquella fachada de nerda habitaba un ser de carácter estricto, muy pegado a las reglas, que no le permitía un minuto más a nadie cuando intervenía en el auditorio, fuera de la posición política que fuera. Cuando acercaba el micrófono a su boca era mejor no contradecirla, y los bandos más extremos y belicosos respetaban su autoridad. Al fin y al cabo, permitía eso de lo que todos estaban orgullosos, una asamblea donde el argumento, a diferencia de nuestros tiempos, pesaba más que las emociones y la desinformación. El Negro la conocía muy bien, y recuerda cómo llegó a la mesa: “Una vez le dijimos que se sentara en la mesa, pues nos faltaba una persona. Ella estudiaba sociología y nos pareció bien. Y cuando se sentó en la mesa esa mujer se metió una transformación impresionante. Inspiraba autoridad, tenía paciencia, era ágil y precisa para dirigir el debate, y dejaba clara su posición cuando le interesaba hacerlo; pero nunca nadie la acusó de ser tendenciosa con su posición ideológica o política: marxista leninista. Su personalidad y deseos inagotables de aportar al movimiento estudiantil, contribuía a que se sacaran y pulieran las conclusiones. Era tan ágil que incluso no permitía que la discusión se desbordara en otros temas. Le decíamos ‘Alba mesa’. Ella dirigió la mesa todo el 96 y todo el 97. Hasta que la mataron en el 98. Era una figura respetada por los bandos en disputa, derecha, centro o izquierda, pues no le ofrecía distinción a nadie”,

recuerda el Negro con tristeza, pues con ella había logrado tener una fuerte unión que trascendió la amistad.

Los medios impresos de la época reseñaron de forma ligera la muerte de Alba Luz Restrepo, sin acudir a mayor fuente que las militares. El registro de su asesinato a manos del Ejército salió en medios solo hasta dos semanas después, luego de que las autoridades afirmaran que el explosivo que destruyó la oficina de seguridad y vigilancia había sido activado por miembros de las Farc. El grupo insurgente habría dejado volantes en donde se denunció la tortura y posterior muerte de cuatro personas, tres hombres y una mujer, en el corregimiento de San Antonio de Prado, el 25 de octubre. Del Batallón Atanasio Girardot de la IV Brigada salió la versión de que la explosión, ocurrida el 10 de noviembre, era una retaliación del grupo insurgente por la muerte de cuatro de sus miembros. En la nota digital que registra este suceso en *El Tiempo*, se lee: “El Ejército dijo que los guerrilleros portaban carnés de la Universidad de Antioquia y que les decomisaron una subametralladora, dos pistolas y dos revólveres. Sin embargo, quienes ayer cometieron el atentado dejaron un panfleto en el que aseguran que los muertos solo realizaban trabajo político y que estaban desarmados”. Los cuatro muertos fueron: Alfredo Pacheco Rodríguez, Jaime Antonio Giraldo Zuluaga, Edwin Bernardo Vásquez Cifuentes y Alba Luz Restrepo Holguín. Líderes de entonces, como Elda Soler Restrepo, más conocida en tiempos de estudiante como la Negra, aún no logran contener las lágrimas al recordar la imagen de su amiga. Oliveros, cuando cierra los ojos en un lugar silencioso, puede ver y escuchar su risa “de muchacha soñadora”.

La muerte de Alba Luz Restrepo, quien incluso habría sido abusada sexualmente antes de ser torturada y asesinada por el Ejército, sirvió para agudizar la sensación de miedo y zozobra en los líderes estudiantiles. Según versiones recopiladas por *Hacemos Memoria*, Alba Luz empezó su militancia en los Comandos Armados del Pueblo (CAP), milicias que para entonces comenzaban a tener fuerza en los barrios periféricos de la ciudad, pero Oliveros afirma enfáticamente que eso no es cierto. Luego pasó a hacer parte del Movimiento Bolivariano, un ala urbana y clandestina de las Farc. “Según la versión de su amigo, -dice el archivo de *Hacemos Memoria*-

, el compañero de Albita, Edwin Vásquez, era un delegado urbano de las Farc para tareas logísticas en Medellín. En el momento en que ocurrió su muerte, Albita y Edwin estaban comisionados para realizar actividades de exploración de corredores para la red urbana de las Farc, ‘la Jacoba Arenas’”. En el panfleto que circuló el día en el que una explosión destruyó la oficina de seguridad, sobre la que recaía la acusación de estar infiltrada por paramilitares, la Red Urbana Jacoba Arenas de las Farc recriminó al Ejército el acto de haber cometido

delitos de guerra cuando los implicados ya estaban capturados y no representaban un peligro. Al margen de su militancia, Albita había constituido una pieza en ese abanico de voces que hizo posible el debate en las asambleas. Eran encuentros que tenían por objeto replicarla apertura democrática promulgada en la Constitución, cosa imposible de ver en los escenarios políticos, donde el dominio de un par de partidos dirigía las riendas de un país sumido en el narcotráfico y el paramilitarismo, despolitizando reclamos de organizaciones que, incluso, pedían campo en el debate sobre las políticas públicas.

Existen referencias sobre la presencia de las Farc en la UdeA al menos desde los años 80. De ese tiempo, entre otros hechos, se conoce del secuestro y posterior liberación del docente de la UdeA, Jairo Duque Pérez. El abogado fue secuestrado durante seis meses y se reencontró con su familia en noviembre de 1982, luego de que por su liberación fuera pagada una recompensa. En noviembre del 93, tras la huelga de hambre y el fallido campamento, descalificaron y amenazaron al rector Rafael Aubad por el ingreso de militares a la ciudadela y por haber acusado a las Farc de la crisis que por entonces transitaba la U. Las Farc también habrían protagonizado tropes, como ocurrió en octubre del 95 cuando incendiaron una buseta en la calle Barranquilla, luego de izar una bandera de la organización, según la prensa. A finales del 98, el rector Jaime Restrepo Cuartas envió una carta a Manuel Marulanda Vélez, comandante de las Farc, para pedirle respeto frente a la neutralidad de la universidad.

Sobre la tensión que pesaba en la universidad por aquellos meses en los que había sido asesinada Alba Luz, Yanet María recuerda: “Supe que ahora sí al Negro lo estaba dominando el miedo cuando una vez llegó a la universidad con el afro tinturado de mono. Eso tuvo que ser durante el 98, después de que el Negro viajara a Argentina en una de esas dinámicas del movimiento, porque yo me gradué ese año. Por ese tiempo los panfletos amenazantes fueron constantes. Siempre que hoy lo recuerdo eso me da mucha risa porque yo le dije: ‘Uy, no hermano, Negro, es lo peor que has podido hacer en tu vida, cómo es que te vas a camuflar de los paras así, cómo pretendés verte distinto. Si lo que buscabas era pasar desapercibido no lo lograste. ¡Jueputa! Es que un negro como tú, bien alto y característico, con la misma ropa de siempre y ese caminado que se distingue a kilómetros, cómo se te ocurre pintarte el pelo de mono, es lo más absurdo que he visto en mi vida... ¡Quiénte está asesorando, por Dios!’. Jajaja. ¡Va la madre! Es que no se me olvida. Él pasaba por el bloque 9 de la Facultad de Educación y cuando lo vi, me dije: pero *qué* pasó acá. Y yo creo que me escuchó porque a los días se quitó ese color horrible. Eso ocurrió días después de que saliera por primera vez amenazado en un panfleto. Yo sí me sentí preocupada, pero suelo ser más racional, más centrada, no me dejo dominar por los sentimientos ni bloqueos como sí noté que les pasó a

muchos que parecían paranoicos”.

Siguiendo con los recuerdos del Negro: “Cuando a Alba Luz Restrepo la matan se monta otro loco a la mesa, conocido como el Barbas, Norberto, que le dio cáncer de hueso, osteosarcoma y, aun así, bajo las inclemencias de la quimioterapia iba a dar orden en las asambleas en las cuales se discutió el plan de desarrollo del presidente Pastrana. El Barbas iba recién salido de la quimioterapia, totalmente calvo, sin cejas, apenas pudiendo mover su cuerpo; tomaba lugar en la mesa y, siguiendo la disciplina que Alba Luz había dejado, dirigía el debate con autoridad, pero con un carisma que solo podía inspirar él. El Barbas ocupó su lugar hasta que las amenazas de la Autodefensas Universidad de Antioquia se encargaron de terminar de minar la poca confianza de los líderes estudiantiles. Y en parte, hay que aceptarlo, el asesinato de Marulanda, las amenazas, los exilios y la gravedad de la violencia que vivía la ciudad, hicieron desvertebrar en gran parte el movimiento estudiantil, rompiendo a finales de los 90 el empalme generacional, disolviendo el mayor logro: una asamblea verdaderamente deliberativa”.

El Negro hace memoria, reflexiona sobre cómo lo golpeó el continuo ambiente de amenaza de finales de los 90: “Cuando me amenazaron me faltaba poco para graduarme y el movimiento estudiantil estaba en todo su furor. Nosotros no paramos ante la adversidad. Había pasado el asesinato del profe Hernán Henao, los medios de comunicación no nos bajaban de bandidos, los tropes eran continuos y había tantos bandos que en algún momento no sabíamos quién pertenecía a qué grupo, pues se consolidó un hermetismo que estrechó nuestro círculo de amigos. La estrategia del miedo estaba funcionando: cada vez éramos más desconfiados. Hay que trasladarse a esa época para entenderlo todo. El punto de inflexión fue el asesinato de Marulanda. Es que había una determinación de vida. Uno pensaba que iba a terminar muerto, era una especie de sentimiento un tanto depresivo. Yo le atribuyo mi problema con el alcohol a eso. Tenía compañeros muertos, otros encarcelados y otros más desaparecidos; es como si uno hubiera merecido morir con la época. Todo el tiempo tenía miedo, al punto de nunca dejar nada en la casa que pudiera incriminarme, cualquier bobada, porque las autoridades se pegaban de eso para las órdenes de captura. E incluso salir de la universidad era todo un proceso. Yo iba hasta la entrada del Ferrocarril, me devolvía, entraba al baño, iba de un lado a otro, me fijaba que nadie me siguiera, subía al segundo piso del bloque cinco, bajaba y salía por el Ferrocarril, y esto lo hacía solo porque pocos me querían tener cerca. Y todos los días cambiaba de camino y rutas. Era lo que había que hacer. No le daba el teléfono a nadie ni con nadie me tomaba fotos. Yo no tengo fotos de esa época. Creía que debía haber muerto, porque otros habían dado todo por la lucha estudiantil. Entonces ¿por qué

hijueputas sobreviví! Esa era la recriminación que me hacía cada vez que me emborrachaba metido en las selvas del Chocó. Todos los demás lo habían dado todo y darlo todo era la norma. Aquí la excepción era los que sobrevivimos, y sobrevivir fue casi que un acto de cobardía”.

En las selvas del Darién

Llegué a Quibdó a la casa de doña Mirna, una de las hermanas del profesor Enrique Rentería. A ella comencé a pagarle una habitación y yo de la casa al trabajo haciendo el rural. Llegué para la inauguración del hospital de primer nivel de Quibdó, el Ismael Roldán. El gerente era de apellido Salamandra, una buena persona. Yo trabajaba como médico general y atendía urgencias, y me iba enterando de lo que sucedía en la universidad escuchando la radio. Creo que logré conocer todas las comunidades indígenas y negras del Darién. Trabajé con el hospital, luego con la Diócesis de Quibdó y después con dos ONG, la primera vasca y la segunda francesa. En el 2006, ya en Medellín y tras buscar fortuna y fracasar en un negocio propio, comencé a laborar en la Fundación Médico Preventiva, con los docentes hasta el año 2011.

En el Chocó me tocó asumir una forma de vida solitaria, alejado de toda dinámica con todo conocido, salvo con Yanet y algunas personas de mi familia. Ni siquiera le dije a mi mamá por qué estaba donde estaba. Los primeros meses no tuve descanso, en adelante me sentí un perseguido, un sentimiento que creí desaparecería por la distancia, pero era imposible sabiendo que recorría el Chocó donde los paramilitares imponían su ley cometiendo atrocidades que hasta el momento en los noticieros solo se le atribuían a la guerrilla. Las personas más cercanas que tenía en el Chocó sabían de mí sólo que venía de la UdeA, pero desconocieron siempre que había liderado, junto a otros, un colectivo que había escrito algunos de los capítulos más vistosos del movimiento estudiantil universitario. Y este asunto es muy duro, es negar el pasado, lo que me había identificado durante nueve años y de lo que me gustaba hablar y pensar. Pero yo ya no estaba allá en la Plazoleta Barrientos ni en el Teatro Camilo Torres; prácticamente era como ser otro hombre, era estar callando al mochilero rebelde. Entonces comencé a beber, bebía trabajando o no, sobre todo cerveza con ron.

Salamandra me dijo que yo era bueno para las brigadas médicas, entonces me llevó al municipio de Lloró, que parece un islote en medio de la selva entre los afluentes del Atrato y Andágueda. Estuve así mismo en una comunidad de casas de maderal llamada Las Mercedes,

ahí cerca. Meses después, Salamandra me recomendó con la Diócesis de Quibdó, que tenía un profesional al que le gustaba trabajar con las comunidades y le seguí en lancha para todas partes. Así comencé a trabajar con los curas, Álvaro que era diácono y Luis Carlos, el señor cura. Estamos hablando del año 2000. Donde había tomas guerrilleras, la población se quedaba sin los más mínimos servicios médicos, y la labor de la Diócesis era ir hasta esos poblados, casitodos a orillas del río Atrato o entre manglares, a prestar una asistencia, y el médico era yo. Vi la otra cara del abandono estatal y de esa guerra absurda por el dominio de un territorio inhóspito. Si la situación de orden público era imposible, no volvíamos por seguridad, pues incluso los servicios médicos en general eran mal vistos sobre todo por los paramilitares y el ejército que promovía el desplazamiento campesino, impidiendo la entrada de medicamentos, servicios médicos, alimentos, etc., y eso que los líderes nos rogaban que volviéramos pronto por los brotes de enfermedades. Siempre ha sido duro ver a un niño con los bracitos y los pies flaquitos y la barriga templada, sucios y con la misma ropa siempre. En estos poblados pasaba hasta dos semanas con el religioso, atendiendo en muchas ocasiones casos imposibles de tratar con los instrumentos y medicamentos que portábamos: picaduras de serpientes, varicelas, dengue, parásitos, huesos rotos, hongos, eccemas, aparentes fiebres amarillas, heridas que no cerraban y también gente herida por bala y por machete. Yo estaba a pocos kilómetros del municipio de Bagadó, en el alto Atrato, cuando la guerrilla se tomó el pueblo durante diez días, en enfrentamientos con el Ejército, dejando como resultado diez víctimas. Eso fue el 17 de octubre del 2000. La Diócesis también me llevó a El Carmen de Atrato, un municipio paisa en el Chocó, donde tuve la oportunidad de dar clases de primeros auxilios a comunidades de muy escasos recursos.

Después comencé a trabajar con una ONG vasca llamada Paz y Tercer Mundo, por recomendación de la Diócesis. Para ese entonces, esta organización trabajaba en el territorio comprendido por los poblados de Jiguamiandó y Curbaradó, en el municipio del Carmen del Darién, más pegado a la zona de Río Sucio. Allí fui a prestar unos pocos servicios médicos y a dar clases de primeros auxilios. En Curbaradó conocí una comunidad fantástica, negra, organizada, con una propuesta comercial y productos agrícolas interesantes. Había abierto su propia carretera para sacar productos a la cabecera desde varias veredas, principalmente plátano y yuca. Había una junta de líderes que se encargaban de hacer obras con el producto remanente. En ese tiempo era una zona controlada por las Farc. Había tres líderes en todo ese gran territorio. Uno de ellos era Botello, que era alcohólico y santanderiano; otro fue Juan Díaz, a quien le escribí una canción una vez que lo vipilando arroz mientras se escuchaba cerca de ahí un bombardeo. Y estaba Hombre Viejo, un señor llamado Pedro Murillo, un hombre sacado de novela, de caballo negro, de sombrero tejano y cadenas de oro, muy callado

y respetuoso, pero cuando hablaba era el veredicto. Paz y Tercer Mundo le dio a esta comunidad un trapiche, pero los paramilitares quemaron todo eso poco después. Entonces comprendí que el paramilitarismo no solo asesinaba a personas y las perseguía, como vi en la ciudad, también destruía todo sustento comunitario y colectivo. De hecho, la Brigada XVII, junto a los paramilitares, llegaban a los pueblos y firmaban juntos Los Grafitis, Ejército y AUC, como si esos pactos en el fondo del monte nadie los fuera a conocer. Sobre ese tema hay investigaciones y sentencias que corroboran lo que digo. Y esto porque todo ese terreno estaba destinado para la producción de palma aceitera, como de hecho pasó una vez se dio un desplazamiento masivo con la Operación Génesis del Ejército a partir de 1997, operación que desplegaron con apoyo paramilitar con el fin de sacar gente. La resistencia de las comunidades despojadas fue grande a su regreso, pues encontraron sus territorios sembrados de palma por grandes empresas agroindustriales. Entonces mataron a Pedro Murillo, líder de las comunidades desplazadas de Curvaradó y Jiguamindó, en enero de 2005 en el Chocó. A Botello lo metieron preso. Recuerdo que los ataques se intensificaban en tiempo de cultivo de arroz, la yuca, el plátano. Los enfrentamientos entre la guerrilla, el Ejército y los paras eran durísimos, e incluso se nos hizo común ver cadáveres flotar inflados en las aguas. Las escenas eran horribles y empecé a apreciar la existencia humana en su completa fragilidad. Recuerdo que una libra de sal en el 2001 costaba diez mil pesos en los pueblitos más escondidos y hostigados por los paras y el Ejército. Esta era comercializada por pescadores que se atrevían a navegar por horas entre la manigua para llegar a poblaciones donde pudieran conseguir la sal. Los paramilitares los detenían y les robaban sus compras, si el Ejército no se las decomisaba, y los pescadores terminaban echándole el cuento a uno cuando se les invitaba a una cerveza.

Los recursos económicos solo nos daban para dar clases de primeros auxilios en Jiguamindó, no para atender personas. Pero la situación que nos encontramos era dramática. Hubo una discusión incluso entre el equipo, en donde se debatió la necesidad de dar más que clases. Mi jefe tenía prohibida la asistencia médica y la llevada de medicamentos para atención de la gente, porque no estaba cubierto en la financiación del proyecto. Finalmente, varios colegas creímos oportuno hacer el esfuerzo de ofrecer servicios médicos. Las escenas de enfermos eran comunes y había, al menos, que aconsejarlos en su tratamiento. Comenzamos a cargar instrumentos para examinar y diagnosticar, además de algunas medicinas. Poco después salió un proyecto que consistió en que yo iba acompañado de un yerbatero, un hombre de gran conocimiento en medicinas tradicionales que llevaba por nombre Lucho Trujillo, y era, lo que se dice, un culebrero de trayectoria mundial como ya no hay. Llegamos a un acuerdo, yo trabajaba en un consultorio y el en otro. Fue un trabajo soñado. Sé que a muchos profesionales

de la salud les hubiera gustado trabajar en esas circunstancias. Así que todos los pacientes que podía se los enviaba, y él me enviaba otros pacientes. Lucho era un personaje mágico, ademásde que reparaba radios de comunicación, era radista de onda corta aficionado, abría cajas fuertes, y decía tener dos inventos que había enviado a Estados Unidos para que se los patentaran.

Después de trabajar con Paz y Tercer Mundo me fui para Bogotá, pues el proyectose acabó por la crueldad del conflicto. Traté de montar un consultorio privado y fracasé. Me tocó trabajar como vendedor de comidas en la calle con un megáfono en la localidad de San Cristóbal. Y me convertí en chequeador de buses, de siete a ocho y media de la mañana y de cuatro de la tarde a seis de la tarde. Lo que me ganaba apenas me alcanzaba para pagar el cuarto y no morir de hambre. Caminabamuchodel desespero y mantenía desaliñado. En noviembre del 2002 llevé mi hojade vida a Médicos del Mundo Francia. Yo quería buscar fortuna y no volver a Medellín, por el momento, pues sabía que la violencia no menguaba en la Universidad. Los tropeles seguían, los asesinatos, las amenazas y secuestros de estudiantes y profesores no paraban. Se seguían quemando buses. En noviembre del 2001 mataron a dos estudiantes en el bloque de Física mientras jugaban ajedrez; hace pocos días pasé por ese lugar y aún están las marcas de las balas. En Bogotá iba pasando el tiempo y me quedé esperando la ilusión del empleo. Llegué de nuevo en enero a las oficinas de Paz y Tercer Mundo y nada. Me enferméde gastritis, y mis amigos médicos recogieron plata y me la enviaron porque vomitaba sangre. Me traté. Me presenté en febrero y nada. En marzo, cuando no podía caer más bajo por la dura situación, me dijo el coordinador del proyecto que arrimara en abril, fecha en la que se abrían las contrataciones. Tenía un solo par de zapatos y por andar en los buses y en la calle, estaban rotos y despedazados. Me tocó, finalmente, ir a la entrevista así. Compré pegaloca y los pegué y cuando entréa la oficina se rompieron los desgraciados. Jajaja. Eran unos tenis grises. Entré al edificio y caminaba con cuidado, sonriendo y mirando a la gente a los ojos para queno bajaran la vista. Mi ropa estaba deteriorada, aunque bien aplanchada. Hasta queme di cuenta de que podía esconder los pies bajo los escritorios. Me hicieron pasara una oficina y me entrevistaron. Conté sobre mi experiencia en el Darién. Escuchélas palabras que esperaba desde hacía cuatro meses, y firmé contrato. El funcionario me dijo que tenía que estar el 4 de abril en Quibdó. Le dije la verdad, que no tenía un peso en el bolsillo. Me propuso un vuelo desde El Dorado, y más bien le dije que me diera la plata, que tenía que ir primero a Medellín para un asuntourgente, que en realidad era ver a mis familiares y a Yanet, el amor de mi vida, la mujer que nunca me abandonó a pesar de mi terquedad. El funcionario me miraba, escuchando mis explicaciones. Noté que se inquietó por mi aspecto y mi pelo. Finalmente dijo: “Vamos a hacer algo, te voy a dar 535 mil pesos”. Me

dio felicidad. De vuelta a casa en bus me bajé en un restaurante que me tenía loco por el olor a carne asada, y que se me había convertido en una obsesión en medio de la carencia. Era carne de oveja. Yo vivía en un cuarto en el barrio San Rafael, en la localidad de San Cristóbal. Cuando llegué a Medellín le conté a mi familia lo que me había pasado. En Quibdó me dieron un adelanto salarial a las dos semanas, cuando me vieron llegar con los mismos zapatos. Y me compré unos Adidas blancos de 200 mil pesos y metí los grises en un basurero cuando me dirigía a la oficina, no se me olvidó porque me despedí de ellos.

Con Médicos del Mundo Francia nos fuimos a trabajar a Bojayá y la sede estaba allado del centro de salud del pueblo. Viajábamos hasta allá en una “Panga” con motor de 200 caballos de diésel, la panga se llamaba Bunde Mapalé, en la que demorábamos en llegar tres horas y media desde Quibdó. Ese mismo recorrido, en una lancha con motor de 75, el viaje era de seis horas, y si la nave era impulsada por un motor de 40, el recorrido tardaba hasta 9 horas, y uno llega con los huesos despedazados y la cara ardiendo. El Bunde Mapalé era conducida por Wilson Palomeque, mi gran amigo, quien decía que esa lancha era el Mercedes Benz del río Atrato y eso parecía. Manteníamos enchaquetados e identificados como auxiliares médicos de una ONG extranjera. Éramos dos médicos que siempre estábamos. Nos daban dos meses de trabajo y cinco días de descanso. Teníamos dos sedes, una en Bojayá y otra en Murindó, y yo terminé en la de Murindó poco después de estrenar trabajo. Allá vivía en la casita de Chelo el mejor de mis amigos de toda mi historia hasta hoy, natural de Murindó y conductor de lanchas de Médicos del Mundo Francia, que luego sería alcalde del municipio. Y ahí me quedaba con él y con otro conductor, con quien remataba todos los días con ron y cerveza. Éramos un médico, dos conductores, un enfermero, y un extranjero por lo menos. Me gustaba lo que hacía y no tenía una perspectiva ya del mañana. Aunque en el fondo, lo sentía, estaba en estado depresivo de lo cual no era consciente y de consumo permanente de licor. Todavía no entendía el lugar que me correspondía en la existencia, es decir, perdí esa correspondencia, esa razón de ser existencial, que la lucha estudiantil me daba.

Parte de mi sueldo se lo enviaba a mi madre. Le enviaba plata a mi compañera Yaneth también y me quedaba con una parte para mis gastos. Y la verdad es que de ahorros nada. No ahorra y eso que tenía buen sueldo para ese tiempo. Enviarle plata a mamá sirvió para que, en una ocasión y con cooperación también de mis hermanas, el banco no se quedara con la casa que mamá se había ganado por su perseverancia de hierro, a pesar de que todas sus empresas, sobre todo comerciales, tarde o temprano fracasaban.

En esos tiempos conocí una médica de Bélgica llamada Therese de Foy, quien quedó embarazada de mí, lo cual vine a saber 15 días después de haberse ido del país. La hija que

nació de esa corta pero intensa relación se llama Elia, que hoy cumple 15 años. Durante este tiempo ni yo he viajado a verla ni ella ha venido a conocerme. Es una gran tristeza tener hijos en esas condiciones. Solo la he visto de manera virtual y ya hace años que no la veo, ni siquiera por Sky. Tengo claro que no tengo motivos para exigir nada distinto que su indiferencia, sin embargo, me encantaría algún día tener el honor de conocerla.

Yo quería hacer una especialización, una vez terminara mi carrera, y mientras estuve trabajando en el Chocó, poco a poco fui notando que las posibilidades se iban reduciendo. La necesidad de responder a las carencias de la familia, que siempre fueron urgentes e inmediatas, no me daban el lujo para decirme que iba a tomarme un periodo para estudiar. Y, por otro lado, fuera de la Universidad de Antioquia, todos los lugares eran totalmente inciertos para mí, aunque paradójicamente estuviera en la boca del lobo.

Volví a escuchar sobre Pedro Murillo, uno de los líderes más respetados, el de caballo negro y cadenas de oro, que siempre estaba dispuesto a ayudar a quien lo necesitara. Era un negro de 1,70 metros, de sombrero vaquero, que andaba por las orillas de los ríos como líder incuestionable, inteligente, astuto, dispuesto. Era un verdadero guerrero para su comunidad. Se cuenta que algunas veces tuvo que ensuciarse las manos de sangre por confrontaciones personales. Pero su liderazgo era lo más prominente que uno podía ver. Cuando llegaban los grupos de Derechos Humanos, o cuando llegaba la misma guerrilla con algún tipo de propuesta con respecto a las dinámicas de las comunidades, se encontraba con Pedro Murillo. En las reuniones él guardaba silencio mientras todo el mundo hablaba, poniendo atención a cada detalle, y cuando tomaba la palabra y planteaba su punto de vista, era imposible contradecirlo por la lógica de sus observaciones.

Esto me lo contó Alfonso de Colosa, el madrileño que estaba en Paz y Tercer Mundo que le tocó negociar con él la realización de los proyectos en Jiguamindó. Tal fue su reconocimiento y respeto, y de alguna manera el amor que le tenía la gente, que cuando comenzó a seguirlo la Brigada XVII y los paramilitares, él nunca se fue de las comunidades. Cayó en manos de sus enemigos porque una persona que se puso a trabajar del lado de los paras lo sapeó. Lo ubicaron, lo torturaron, lo asesinaron y después montaron su cadáver en una mula con la que lo pasearon de pueblo en pueblo con el fin de desmoralizar y destruir la resistencia de las comunidades. Eso no lo hacen con todos los líderes, y menos con líderes falsos, lo hacen con personas que en realidad están en el corazón de las personas. El nivel de maldad que hubo en este acto demuestra la bajeza de la guerra. Luego pusieron el cuerpo de Lucho Trujillo en unas instalaciones y lo dejaron pudrirse durante tres días, hasta que unas personas pudieron reclamar su cuerpo con la ayuda de un colectivo de derechos humanos, y así, pestilente, su

entierro fue monumental.

Había otro líder: Juan Díaz, un tipo muy sabio, parecía un papá Noel negro, de 1,80 con más de 60 años, fuerte, parecía indestructible. Lo mató un accidente cerebro vascular, en una crisis hipertensiva. Nunca se me olvida su sabiduría: una vez escuchábamos un enfrentamiento que se estaba dando en un pueblo llamado Buena Vista, a dos horas a pie de donde estábamos, otro pueblo llamado Bella Flordel Remacho, a orillas del río Jiguamiandó. Es el nombre de pueblo más bello que he escuchado. El caso es que escuchamos incluso bombas. Eran como las tres de la tarde cuando se nos apareció de entre el monte, como un fantasma, una niña como de tres años, nada más que con las pantaletas puestas, que había huido de la masacre en la que cayeron cinco campesinos. La niña, según mis cálculos, hizo tres horas de camino por un sendero muy verraco para transitar, entre la selva, dejando atrás a sus muertos. En medio de todas esas cosas que se habían dado, me tocó atender un herido ese mismo día, una mujer a la que le habían dado un fusilazo en el brazo derecho y tenía fracturados los huesos radio y cúbito. Al terminar de atenderla, me detuve a descansar cuando escuché el ruido de un pilón en un patio de piso de tierra: era Juan Díaz. Entonces me le acerqué y le dije, a modo de charla: Juan Díaz, ¿qué estás haciendo? ¿Pilando arroz? Y me contesta: “Aquí Carlitos, pilando porque si toca correr, es mejor correr con la barriga llena”. Su comentario no tenía que ver con la cobardía, sino con un entendimiento de la realidad sin dejarse azuzar del miedo. Luego le escribí una canción y solo me acuerdo del coro: *Y ahí va Juan Díaz, apilando arroz, va pilando amor pa' toda la pobrecía, allí va Juan Díaz, pilapila más, amor de mañana, amor tierra y dignidad.*

Hasta que decidí renunciar a Paz y Tercer Mundo. Mi jefe, la que no quería que hiciéramos atención médica, solo clases de primeros auxilios, comenzó a montármela, enviándome a hacer brigadas a poblados a seis horas de distancia en lancha, sin descansos, y porque había tenido un romance con una de sus compañeras. Así terminé volviendo a Medellín para rehacer mi vida.

Un tocayo amenazado

Hace ya muchos años un tocayo llegó a mi consultorio para una revisión médica. Nos saludamos con cierta efusión por la coincidencia que nos unía y quizá por eso me convertí luego en su médico. Varias citas después supe que había sido estudiante de derecho en la Universidad de Antioquia en los años 80, una especie de líder, y, por supuesto, le pregunté cómo vivió esa época tan cruda en la cual mataron a manojos a estudiantes y profesores, años

de procesiones tristes en las cuales cualquier expresión de izquierda era vista como una amenaza. Él puso la voz como para querer sorprenderme, me miró con picardía y me contó que el único gransusto de su vida había ocurrido en 1999, cuando su nombre apareció en una lista de estudiantes amenazados por el paramilitarismo, acusado de ser un mal estudiante, cuando él llevaba diez años graduado.

Pero esto no fue lo más sorprendente. Le dije animado: “¡Cómo va a ser!”. Y me dijo: “Sí, hermano, y ¿sabe que me tocó hacer? Me tocó pedir cita con Castaño y preguntarle por qué me había amenazado”. Yo lo escuchaba atónito. Continuó diciendo que, en efecto, Castaño le concedió un encuentro, sabe Dios dónde, y le contó su preocupación. Mi tocayo me narró que Castaño le respondió que debía ser una equivocación: “Voy a llamar a los muchachos para que te borren de la lista”. La anécdota era divertida y mi tocayo y yo nos reímos. Decidí ser prudente y no hablar sobre mi pasado que había aprendido a dejar en la sombra. No sé si el cuento habría sido verdad, pero esto también muestra hasta qué punto una amenaza puede cambiarle la vida a alguien.

Vannesa y Marco, un amor perseguido por los ecos de una explosión: el 10F

Vannesa y Marco son una pareja de artistas que, siendo estudiantes de la UdeA y de la Nacional, padecieron la persecución estatal luego de la explosión del 10 de febrero del 2005 dentro de las instalaciones de la UdeA.

Después de mucho insistir, Vannesa y Marco, como llamaremos a los protagonistas de esta historia, accedieron a una entrevista. Estaba en su casa de campo a horay media de Medellín, en una colina con vista a la autopista que conduce a Bogotá. La sala era una galería de pinturas, máscaras de seres míticos, maniqués performados, adornos de utilería teatral, y rebeldes seres que parecían asomarse de rincones, vértices y repisas. Una pequeña biblioteca ocupaba un lugar discreto junto a la ventana. Tres perros y dos gatos caminaban inquietos y sucios de tierra entre nuestras piernas.

Vannesa me puso en las manos una agenda con dibujos a lapicero, y me contó un poco de su historia. Marco era un hombre alto, peludo, y lo primero que me preguntó al verme fue si me gustaba el vino. Vannesa tenía un corte a lo Mia Wallace, la chica rebelde de la película Pulp Fiction, solo que Vannesa ostentaba un rostro a prueba de años y una piel de porcelana blanca. Era risueña, muy atenta, y fumaba de un cigarrillo eléctrico con olor a chicle sandía. Daba la impresión de concentrarse en exceso en cada palabra que emitía Marco sobre su parte de la historia.

Vannesa, hoy una artista plástica, estuvo a pocos metros de la explosión ocurrida en el bloque uno de la Universidad de Antioquia el 10 de febrero de 2005, en la cual quedaron heridos por quemaduras 17 jóvenes, y ella fue una de ellas. La explosión, que se dio dentro de un laboratorio donde estudiantes preparaban los elementos para las protestas en la calle Barranquilla, mató ocho días después a dos estudiantes cuyo rostro hoy hacen parte de murales en la UdeA. Las personas fallecidas fueron Paula Andrea Ospina y Magaly Betancur. Días después, las autoridades capturaron a catorce estudiantes acusados de ser terroristas de las Farc y el ELN. Los detenidos serían puestos en libertad poco más de un año después por falta de pruebas.

En aquella protesta, que comenzó poco después de las diez de la mañana, participaron al menos ciento cincuenta encapuchados de la UdeA, de la Nacional, el Politécnico Jaime Isaza

Cadavid, el Sena y la Institución Universitaria Pascual Bravo. Afuera en la calle Barranquilla los esperaban otro medio centenar de miembros del Escuadrón Móvil Antidisturbios (Esmad) de la Policía. Los motivos de la protesta eran en contra del Tratado de Libre Comercio que el gobierno del presidente Álvaro Uribe Vélez negociaba con Estados Unidos, y que, según los estudiantes, resquebrajaría la industria nacional, en especial la campesina.

Luego de la explosión, que le dejó un trauma que hoy apenas si logra contar, Vannesa vivió una persecución judicial que la empujó a contemplar el quitarse la vida. Por fortuna, su pareja Marco, hoy dedicado a la dirección de teatro, siempre la acompañó en este trance, convirtiéndose él también, en medio de su liderazgo estudiantil, en víctima de las fuerzas que pugnaban por mantener el control de la universidad.

Eran las nueve y media de la noche cuando comenzó esta conversación. La libreta que tenía en mis manos era el único objeto que Vannesa conservaba de aquel día, y que, hasta mi llegada, había permanecido en un cajón guardada hacía quince años.

Vannesa: Desde que salí del colegio quise estudiar artes, pero mis papás no tenían una visión buena de ellas. Pensaban que los artistas eran drogadictos, irresponsables y que vivían muy tirados. Ellos estaban rayados de que tenía que estudiar algo que me diera plata. Y lo que más se acercaba a eso era español y literatura: ser maestra. Antes de entrar a la Universidad de Antioquia, mi hermana, que es tres años mayor que yo, estudiaba regencia de farmacia y me llevaba a la U. Desde la primera vez que entré me encantó, tanto así que iba sola a la biblioteca, al museo, a los cineclubs, a los ensayos de teatro, a los conciertos de música clásica, a las canchas de deporte y a caminar, y siempre terminaba en la facultad de artes. Al salir del colegio comencé a trabajar en un restaurante de mesera, y cuando salía cogía para la U con las amigas. Luego íbamos a un bar que se llama Bantú, pasando la calle Barranquilla. Me encantaba conocer gente de artes, escucharlos, pasar por los pasillos de la facultad y ver a los estudiantes con sus obras. Yo me veía ocupando uno de esos puestos frente a un lienzo y viendo clases. Me decía, “Yo quiero hacer eso”, “yo quiero hacer aquello otro”. Y a la vez, me sentía muy frustrada por la presión de mis papás.

Uno de los momentos más alegres de mi vida fue cuando vi mi número de cédula en el listado de recién admitidos, a principios del 2004. No podía creerlo, además porque quedé en el puesto catorce. Eso me puso más feliz. Estaba ansiosa y cogí muchas materias, todas las que pudiera. Quería estar en la U todo el tiempo posible. No quería salir de ella.

Con el paso de los semestres mi expectativa sobre la carrera fue decreciendo. Digamos que pensaba que iba a conocer más de literatura, de autores, pero las formas de estudiar estaban muy cerradas a marcos teóricos. Tenía que leer lo que me pusieran, y había lecturas que por más que me esforzaba me daban pereza y sueño. Luego empecé a notar que me gustaba la pedagogía desde el psicoanálisis, y por ahí me metí, enfocando mis trabajos por esas pinceladas. Peleaba mucho con los egos de los docentes, eran muy autoritarios, ninguna alternativa les sonaba. La desilusión fue fuerte en el tercer semestre; no era la mejor estudiante, pero tampoco perdía materias. Seguía amando el ambiente que se respiraba en la universidad, me emocionaba mirar el arco iris que se forma en la fuente antes del mediodía.

Yo solo esperaba los espacios de clase en clase para irme a buscar un tinto y un cigarrillo. Me juntaba más con gente de artes que con los estudiantes de mi facultad. Cuando llegaba allá, dibujaba, pintaba, cantaba, jugaba juegos de mesa, era muy parchado. Y siempre que pasaba algo con capuchos y había que salir de los salones, yo me llenaba de terror, incluso tenía el problema de comerme las uñas hasta la raíz. Creo que eso me venía por haber estudiado la primaria y el bachillerato en un colegio de monjas, estricto y mojigato. Y también debido a que vivía en un barrio muy violento. Yo era de la casa al colegio y viceversa. En más de una vez después de salir de clases, me tocó con mi hermana correr en busca de refugio al prenderse una balacera. Nunca se me va a olvidar a una familia llorando a su mamá, que resultó muerta al recibir balas que no eran para ella. Y una vez que estaba en cuarto de primaria, a la salida del colegio, como al medio día, una bala perdida mató a una compañerita.

A pesar de que me causaban miedo, siempre me interesó saber quiénes estaban detrás de las capuchas y por qué se movían así. Pero no me involucraba directamente. La verdad mi educación política era pobre: yo vivía para el arte. A través de algunas personas conocí a un grupo de estudiantes que me fueron involucrando, y digo involucrando porque no sabía que pertenecían a movimientos rebeldes. Uno de ellos me invitó a formar parte de un colectivo de lectura; la idea era conocer autores, y como tenía interés en la literatura, me metí. El asunto tenía una marcada posición política, y seguí asistiendo a los encuentros más por curiosidad que otra cosa. Así empecé a formar una incipiente cultura política. La verdad es que yo era muy ingenua, una pelada de una familia conservadora y con un papá expolicía que no entendía otra idea más que 'Dios y Patria'.

Que yo haya pensado hacer parte de una organización rebelde no estaba en mis planes, y eso que notaba a muchas amigas que le jalaban a todo ese asunto. Lo cierto es que ese grupo en particular, entre otras cosas, todo lo hacían a las patadas y su espíritu era demasiado libertino. Y la frontera entre ser y no ser parte de los rebeldes, lo pienso ahora, era demasiado difusa.

Cuando una vez nos dijeron que fuéramos a un salón de la Facultad de Educación, cuando llegué vi que unas personas estaban armando papás bomba. Antes de entrar, todo se manejaba con misterio, unos y otros miraban en todas las direcciones, y yo iba avanzando de un lugar a otro. La intriga me iba llevando. Cuando entré al salón estaban armando las papas. Lo único que puedo decir con claridad es ver como rollos de papel aluminio pasaban de una mano a otra. Uno de ellos me dijo, a modo de charla, “¿Quieres guardarte una en la maleta?”. Le respondí, “Ni de riesgos”. Y el pelado que me había involucrado en todo ese rollo me dio unas instrucciones para el día siguiente, y me dijo: “Mañana a tal hora nos vemos en tal parte”. Yo le respondí: “Ah, pero no sé si pueda”. Y él me interpeló algo intimidante: “Ah, pero es que ya estás acá”.

Al día siguiente muy temprano en la mañana llegué a la U. Era el diez de febrero del 2005. Estaba con susto, con un mal presentimiento porque sabía que iba a ver protestas fuertes. Llegué haciéndome la boba. Yo los miraba y todos se llamaban ‘compa’. Ahora que lo pienso me faltó carácter en ese momento de pararme en la raya, pero era un miedo revuelto con ingenuidad, motivada por la emoción. El caso es que comenzaron las protestas y la cosa era fuerte. Yo estaba en el tercer piso del bloque uno, entre gente que iba y venía, por los laditos, sola, y sin participar en nada. Cuando de repente algo explotó durísimo, no sé si cerca o lejos de mí, y el impactode la honda me lanzó hacia atrás. Yo había alcanzado a levantar las manos para cubrirme el rostro. Y cuando recuperé el sentido, sentí un fuerte ardor sobre mi mano derecha. El saco que llevaba puesto estaba quemado por las mangas y parte del pecho, y se me quemó el pelo arriba de la frente, de hecho, hasta hoy no me ha vuelto a crecer cabello ahí.

Me paré aturdida y mareada, y salí corriendo por las escaleras porque todos lo hacían. En el primer piso entré a un baño a mirarme y parecía haber salido de una mina de carbón. Las manos me temblaban cuando me lavaba la cara. Salí al corredor, donde reinaba la confusión, y aterrada comencé a gritar la palabra clave para el auxilio. Llegaron varios manes con capucha y me preguntaron qué cómo estaba y les mostré llorando mi mano quemada. Ahí fue cuando me di cuenta que había mucha gente involucrada en ese rollo, mucha gente, que yo no conocía ni siquiera. Me ayudaron y uno me dijo que me iba a llevar a un centro de salud en Moravia: “Límpiate porfa que vamos a salir como si no pasara nada”. Otra chica me pasó un buzo limpio y me ayudó a peinarme y a terminar de limpiarme. Todo era una locura. Ahora más que nunca pienso que la vida es un teatro. El caso es que salí de la U en una moto con un chico. Cuando llegamos al centro de salud, me dijo que me quedara afuera, disimulando, y que esperara a que volviera con otra persona.

Mientras esperaba ahí parada nerviosa, vi policías que llegaron en moto como jaurías.

Entonces me dije, “Aquí no entro”, y me fui sigilosa por la acera. No sé cuantas cuadras caminé. Busqué un teléfono público y llamé a Marco a su casa; no éramos novios, pero salíamos juntos. Cuando le conté lo que estaba viviendo lo escuché tan enojado que pensé en colgarle y llamar mejor a mi mamá, aunque lo que menos quería era que ella se enterara del momento tan teso por el que pasaba. Además, yo tenía el bluyín sucio y los tenis que llevaba tenían los cordones quemados.

Marco: Eran unos tenis que te había regalado –intervino de repente Marco ante el relato de Vannesa. Hasta entonces, había escuchado las palabras de su compañera mirando las vigas del techo y acariciando su gato obeso. En el tiempo que Vannesa narraba, febrero del 2005, Marco era un estudiante de la Universidad Nacional, a la cual se pasó luego de renunciar a la carrera de literatura en la UdeA por un episodio amoroso que narró más adelante.

Vannesa: Usted no me regaló ningunos tenis, mentiroso –respondió Vannesa chupando de su cigarrillo eléctrico. Se había parado de uno de los muebles y ahora continuaba recordando ubicada atrás de la barra que separaba la sala de la cocina. Amasaba una gran cantidad de barro intentando darle forma de rostro.

Marco aprovechó para intervenir:

Marco: Bueno, el caso es que Vannesa lloraba desconsolada, me dijo que había tenido un accidente. La interpele y le pregunté si, en realidad, estaba en las manifestaciones en la universidad por eso del TLC. Ella vaciló y terminó confesándome: Sí. Y todas mis sospechas llegaron a una conclusión en desfavor mis intereses. Me contó lo de la quemadura en la mano. Yo desde que comencé a salir con Vannesa fui demasiado enfático e insistente en preguntarle si estaba metida en algo así. Pensé de buena fe que ella no tenía nada que ver con eso. Porque por capítulos anteriores de mi vida yo no quería tener vínculos afectivos con una persona que creyera que la rebeldía violenta o militante era la vía para cambiar el país. Entonces cuando comencé a escuchar a Vannesa al otro lado de la línea todanerviosa y paniquiada me dio fue rabia. Vannesa me dijo dónde estaba, y lo primero que pensé fue no ir, no ayudarla. Pero ya estaba involucrado emocionalmente. Salí a buscarla.

Vannesa: No, te equivocas, me dijiste, “Véngase para acá”. Yo tomé un taxi para tu casa y el taxista me miró y me preguntó qué me pasaba. Le mentí. Le dije que me había quemado por accidente. Y me recomendó que no fuera a un hospital, que lo que tenía podía curármelo, y le escuché decirme un remedio muy raro. Debí hacerle caso –expresó Vannesa, utilizando ambas manos sobre el barro.

Marco: Yo tenía amistades en la Facultad de Medicina y comencé a buscar, a llamarlos. Pero no encontré a nadie. Recibí a Vannesa y la vi angustiada, caminaba como encogida y con la mano contra el pecho. Miré sus quemaduras y su mano se ponía cada vez más fea, se le hinchaba más y más –Marco bebió de su vino y miró su propia mano como si apreciara la quemadura.

Vannesa: Es que la mano se me puso gigante –dijo, siguiendo la impresión de asombro que su pareja había dejado en el ambiente-. Inflada, como un sapo blanco y no podía ni siquiera apretar la mano. Ahí discutimos un rato y Marco estaba muy enojado, manoteaba y me reclamaba que por qué le había mentado.

Marco: Llevo años tratando de olvidarme de ese capítulo de mi vida.

Vannesa: En la casa de Marco, cerca del Museo Pedro Nel Gómez, en Aranjuez, él me prestó una sudadera que podía subirme hasta las axilas. Marco me insistió que tenía que ir al hospital, estaba asustado por comotenia la mano. Y yo lo interpelaba intentando que se diera cuenta de la situación terrible en la que estaba. Solo le decía, “Parce, ¿a vos cómo se te ocurre?”. Y Marco furioso, me repetía: “Tenés que irte para el hospital”. Y cuando llegamos a Policlínica, comenzó cristo a padecer.

Me dijo una enfermera ahí en la entrada, “Te quitas toda la ropa y te quedas en batay esperas acá”. Me condujeron a una sala y, oh sorpresa, estaban todos los quemados de la U. Y vi gente muy *heavymente* quemada.

Marco: Los meses posteriores fueron muy bravos. Hoy en día vamos a la de Antioquia, por algún asunto, y en algún momento nos sentimos incómodos, observados. No sé si sea el trauma que nos dejó esa experiencia.

Vannesa: Además porque hay gente que te estudia más de la cuenta. Yo recuerdo que antes que sucediera lo de la explosión, había un chico en particular que una vez se me acercó en el bar Bantú, y entonces supe que me tenía estudiada a más no poder. Sabía con quiénes andaba, qué estudiaba, dónde vivía, quién era mi hermana. Y eso que al man lo había visto pocas veces. Y luego de muchos años, quizá en el 2010, yo tenía una parcerera que era amiga de él, yo ni sabía, y la nena me fue diciendo una vez, “Ve, hay un man que te mandó saludos, dizque la mamacita de Vannesa”. Y le pregunté, “¿Y ese man de dónde me conoce?”. Ella me mostró la foto del tipo en el celular y lo reconocí. Le rogué que no le diera información de mí. Hoy en día cuando lo veo se me baja todo, me digo que no lo vi, y sigo, porque no quiero tener contacto con absolutamente nadie de ese tiempo.

Pero sigo con mi relato en Policlínica. Recuerdo que era un pasillo largo, con muchas camas, una al lado de la otra, y donde incluso había varios chicos ya dormidos, me imagino que sedados, con la misma bata que tenía yo, con vendajesen el rostro, en los brazos, en las piernas... El escenario era tétrico. Me hice a un lado en silencio, intentando no mirar a nadie directamente a los ojos. Esperaba la atención médica, sentada en un rincón. En la única vez que tuve a Marco cerca dentro de Policlínica, porque nos separaron ya adentro, le pedí que llamara a mi hermana y le contara en dónde estábamos.

Marco: Sí, la llamé, pero no inmediatamente, porque a mí también la policía me retuvo con otros acudientes.

Vannesa. Ah, bueno. No recuerdo mucho de ese día. Sé que me estallaron las vejigas de la mano y me vendaron, y en seguida me dieron unas recomendaciones. La mano con el tiempo se me puso negra en su proceso de curación, y me echabacremitas. Lo único que quería era fumar y fumar. Estaba ansiosa, pero no me dejaban moverme de donde estaba.

Se me había olvidado decir que alguien a la entrada de Policlínica se me acercó y me hizo algunas preguntas. Incluso me quitó la mochila que llevaba, la misma con la que había vivido la explosión. Ahí cargaba la agenda de dibujos y un cuaderno de clases. Con esa agenda se quedaron unas semanas los supuestos antiterroristas para sus investigaciones.

Marco: Esos hombres no solo estaban afuera. Dentro de Policlínica había salas adaptadas como lugares de interrogatorio. A mí me llevaron a un cuarto donde había otras personas familiares de los heridos. Nos interrogaban tanto policías como personas de civil. Después comenzaron a sacarnos, por turnos, y al tocarme a mí me di cuenta que lo que estaban haciendo era dividirnos en diferentes cuartos. Volvieron a preguntarme lo obvio: “¿Usted estaba en el momento del hecho? ¿Cierto?”. Ese *cierto*, esa última palabra, pronunciada con ese énfasis acusador, me previno a controlar mis palabras. Sabía que se trataba de una estrategia de interrogatorio. Las preguntas eran afirmativas, lo que quiere decir que desde un principio era yo culpable. También nos requisaron varias veces. Entonces entramos los acudientes a un círculo de momentos que tenía como propósito desgastarnos mental y físicamente. Hay que estar allí y allá, hablar con este y con aquel, nos juntan y nos separan. Eso les permitió a los policías infiltrados de civil intentar pasar desapercibidos y confundirse con los acudientes, y escuchar sus versiones de los hechos. Nos dejaban largo rato solos, y cuando entrábamos en un silencio patente, nos revolvían de nuevo. No nos dejaban ir por comida ni agua, y para ir al baño éramos seguidos por policías. Nos interrogaron en cuatro momentos distintos, y era las mismas preguntas, pero revueltas con otras. Años después caí en la cuenta que el mundo

kafkiano es más que real.

Con el paso de la tarde el grupo se fue reduciendo. Y a mí nada que me dejaban ir, y pensé que claro, quienes se habían ido eran las mamás, los familiares del fulano, pero yo era un joven estudiante universitario que había traído a una herida de una explosión dentro de una universidad pública.

Comencé a buscar cómo salir a hacer una llamada, y avisar a la familia de Vannesa de la situación. Vi en el pasillo a un tipo de civil que yo sabía que era un infiltrado. Me le acerqué y traté de írmele por los lados, insinuándole que necesitaba hacer una llamada. Utilicé mi discurso mamerto, pues lo había notado empático con los acudientes. Desarrollé mi personaje y le dije: “Mano, ¿usted no ha estado en una situación como la mía?, podría ser su hermana, su esposa, su novia. Permítame hacer una llamada”. El hombre se quedó como pensando, y me preguntó si la persona a la que acompañaba estaba recibiendo atención médica. Le dije que sí. Lo vi hablar con unas personas y antes de dejarme salir me dijo que solo contaba con cinco minutos.

Vannesa: Usted me dijo que fue un man de El Colombiano.

Marco: No. Ya voy para allá, ya cuento esa parte.

Llamé a la casa de Vannesa de un teléfono público que había en la entrada, y hablé con la mamá, que se puso muy preocupada. Le dije, tranquilícese que ella no está herida de gravedad, la están atendiendo, yo solo estoy llamando a reportar la situación, y por si alguno puede hacer presencia. La mamá me dijo que no podía ir porque estaba trabajando. “Pero le voy a decir a la hermana”, respondió y colgamos.

El movimiento en las salas de interrogatorio era agotador. Me sentaba, me paraba y me apoyaba en el muro, dialogaba con las demás personas y percibía que nadiemás que yo se daba cuenta del torbellino de espionajes en el que nos habían metido. Trataba de buscar a Vannesa con la mirada asomándome por el pasillo. En algún momento escuché decir que estaban preguntando por la paciente Vannesa afuera, pero que no podían dejarla ir y que podía salir el acompañante, y que solo tienen cinco minutos, y que mucho cuidado con irse. Hice presencia en la portería, me identifiqué y salí. Tomé a la hermana de Vannesa por el brazo y me la llevé hasta el andén y le conté la situación. Después no sé a qué hora de la noche fue que nos fuimos.

Vannesa: Era la tarde, no era de noche cuando salimos de Policlínica.

Marco: ¿Usted se fue conmigo?

Vannesa: No. Yo me fui con mi hermanita, en un taxi hacia la casa.

Marco: Ah, bueno. Decía que cuando me despedí de la hermana de Vannesa, un man me dio una tarjeta y me dijo: “Llámeme para lo que sea, yo soy un periodista de El Colombiano, yo estoy con ustedes, quiero hacerlos visibles, porque si los hacemos visibles la opinión pública se va a enterar de lo que está pasando, es una forma para protegerse...”, algo así me dijo. Guardé la tarjeta y días después lo llamamos.

Vannesa: Entonces llegó mi hermana y luego de un rato me dejaron salir para la casa. Me subí con ella a un taxi y lo primero que le pregunté fue si Marco estaba muy enojado, porque apenas si lo había podido ver, ya adentro, un par de veces. Nos habían separado y no me dejaron verlo –Vannesa seguía dando forma a la masa y ahora era claro que no modelaba un rostro, sino una oreja, una enorme oreja.

Marco: Antes de irme me hicieron una reseña, algo absurdo porque hasta ese momento la inteligencia ya sabía todo de mí. Los datos me los tomó una persona uniformada. Y esta fue la tapa del universo kafkiano.

Vannesa: Jajaja... Sí. Bueno, pero mi hermana me dijo que sí, que Marco estaba enojado, echando chispas.

Antes de irme con mi hermana recuerdo que un hombre con una camisa roja se me acercó y me preguntó, “¿Usted se llama Vannesa?”. Y añadió, “Lo que pasa es que soy de un grupo antiterrorista y estamos investigando qué fue lo que pasó en la universidad. Me preguntó la misma cosa que ya había escuchado antes: “Puede responder unas preguntas: ¿Qué estaba haciendo al momento del hecho?”. Dije: “Pasaba por ahí”. Me pidió que le mostrara las manos y las palmas las tenía limpias, y el sapo muerto arriba, ya vendado. Recuerdo lo de la camisa, pero no su cara. Seguramente nos siguieron, y es lo que creo después de lo que viví, y que he querido borrar de mi mente para siempre –manifestó Vannesa haciendo un gesto al cielo como un ruego.

Continuó:

Cuando llegué a mi casa comenzó lo más terrible. Todos estaban mal. Mi padre me culpaba de lo que me había pasado, y la cosa era peor porque él había sido policía. Lo tenía todo el tiempo sobre mi diciéndome que yo era una guerrillera. Yo no sé cómo es que no me enloquecí en ese momento. Le escuchaba gritar: “¡Quién sabe usted dónde estaba metida!”. Y lo peor fue que por Radio Paisa dieron la noticia de la explosión de la Universidad de Antioquia, que había más de no sé qué número de heridos; que había sido un acto de terrorismo y que todo

eso era orquestado por las Farc y el ELN. Casi se me sale el corazón cuando comenzaron a dar, uno a uno y muy bien pronunciados, los nombres de todos los heridos que habíamos entrado a Policlínica. Hoy pienso que esto muestra cómo actuaron las autoridades con los universitarios, exponiéndolos al público y cargando lo sucedido de puras acusaciones: el noticiero no informaba, acusaba, que es otra cosa. Toda la cuadrada del barrio se enteró que yo había participado en ese acto que fue noticia nacional. Fue una cosa *heavy*. Mi papá dejó de hablarme. Mi madre se veía baja de nota. Mi hermana en más de una ocasión me interrogaba, me pedía que le contara la verdad. Opté por quedarme cayada ante el miedo de que fuera incomprendida, avergonzada de haber terminado en un hecho que dividió la historia de la familia.

El abogado de la universidad me recomendó no salir con frecuencia, y estar atenta a quiénes estuvieran a mi alrededor. Ese señor me pareció muy buena onda y confiable. E incluso el man que me involucró en todo este rollo desde el principio estuvo muy pendiente de mí, comportándose apenado. Pero lo que menos quería era que ese tipo me hablara. Me asusté mucho y no salía. Lo que menos quería era volver a la U. No quería saber de ella, cuando estaba tan ilusionada, me encantaba, era mi segunda casa. Le cogí hastío y como no regresé, mis notas se fueron al piso. No recuerdo si cancelé semestre. Luego el abogado llamó a mi madre y le pidió que fuera a una reunión, ella no podía, así que fui con una prima y los abogados nos recomendaron: “Busca un espacio diferente a tu casa, porque tienen información completa de ti, de tu casa, de tus vecinos y tus amigos, saben quiénes te visitan y cuánto tiempo se quedan contigo”.

¡H, ¿Y para dónde me voy?!

Terminé viviendo un par de semanas con una tía. Allá me sentí más encerrada, ansiosa, como si mi vida se hubiera detenido en un nudo de problemas, y pensar que unos días atrás era perfecta. No hacía más que fumar. Se me olvidaba decir que incluso alguien conocido de la universidad me dijo que si quería me fuera para su casa, y yo: “No, gracias”. Lo que quería era alejarme de todo ese asunto, y sabía que él participaba en esas vueltas.

Luego volví a ver a Marco. Nos extrañábamos.

Marco: Creo que aguantamos sin vernos como un mes. Entonces ella me llamaba donde un amigo que teníamos en común, en Moravia.

Vannesa: Yo te llamaba al celular, uno de esos que tenían linterna, te lo conseguí por esos días.

Marco: No sé, la verdad. El caso fue que nos vimos en la casa de Amanda. Me gustaba que nos viéramos allá porque el barrio se prestaba para caminar y tener una vista completa del perímetro. Yo en ese momento estudiaba en la Facultad de Artes de la Nacional.

Vannesa: Viviendo donde mi tía comencé a verme con Marco en su casa. La cosa es que recuerdo que me quedé a dormir con él, y esa noche soñé algo tan horrible, que me estaban persiguiendo, como una fuerza maligna que quería encerrarme. En ese momento me llamó el abogado de la U a un celular que había logrado conseguirme. Eran como las 5:30 de la madrugada. Me dijo alarmado, “Acaban de hacer una captura masiva de estudiantes”. Me asusté y me insistió: “Ni te acerques a tu casa”. Entré en un ataque de pánico: Marica, ¡cómo es que no voy a poder volver a mi casa nunca más! ¡Qué es esta mierda que estoy viviendo! Entré en un bajón emocional que no se imaginan –dijo Vannesa sin dejar de mirar a Marco. Esa madrugada tuvo que haber sido la del 4 o la del 5 de mayo del 2005, días en los que la policía capturó a 14 estudiantes de la UdeA tras ser sindicados de hacer parte de las Farc y el ELN, por la explosión del 10 de febrero. La mayoría de detenidos eran estudiantes que Vannesa había visto en la sala de urgencias de policlínica y que aún seguían recuperándose de las quemaduras.

Marco: Yo ahí mismo pensé, si la van a buscar a ella, la van a buscar donde estoy yo, ellos sabían dónde vivía. Yo solo me imaginaba cómo volarnos por los techos en medio del fuego cruzado.

Vannesa: Jajaja, exagerado. Yo pensé, y ahora para dónde cojo sin ropa, sin nada ¡Qué chimbada! Hablamos un rato en la cama y decidimos salir. En la calle siempre nos preguntábamos si esa moto o ese carro lo habíamos visto antes. Recordé que alguien me había dicho que en estos casos debía caminar consciente, sin dejarme distraer de los pensamientos. Es que eso es otra cosa, la preocupación no te deja concentrarte en el presente y comportarte natural. Eres otra persona cuando te sientes amenazada, y más cuando sabes que detrás está la inteligencia militar. Me acordé de la película *La noche de los lápices*, y pensé que me iban a desaparecer. Algo que no se me olvida es que sentía que me estaban tomando fotos desde cualquier carro estacionado. Era una locura. Días después me hice unas modificaciones. Antes me hacía trencitas y rulitos, así que comencé a alisarme el cabello, que lo tenía hasta la cintura.

Marco: Uno se cansa del tema de los códigos de conducta y de estar alerta. Y si sales debes estarlo. Yo trataba de grabarme incluso las placas de los carros y las motos, y a veces eran las mismas. Entonces teníamos que abrirnos a un sitio seguro. Era terrible pensar que terminaríamos en una fosa común. Y en la universidad durante esos años nunca dejaron de presentarse asesinatos, desapariciones y encarcelamiento de estudiantes. ¿Qué más podía

pensar?

Se me olvidaba contar que yo después de lo sucedido en Policlínica, llegué a la casa a destruir un poco de dibujos y trabajos universitarios de la Nacho. Yo estaba metido en la película desde mediados de los 90, cuando tuve mi primer problema de persecución por el asedio que vivió mi papá que era sindicalista. Antes de la explosión yo estaba haciendo una serie de afiches críticos a los gobiernos totalitarios y fascistas. Recuerdo que había ido al Teatro Sinfonía, en el centro, cuando se estaba volviendo teatro porno, y me regalaron todos los posters que había en la bodega. Un material que todo artista quisiera tener. Los posters eran de películas antiguas, viejas, de clásicos, que de tenerlos hoy valdrían una fortuna. Las imágenes eran geniales y estaban raídas, deterioradas por el tiempo, pero bien conservadas. Con ellas había hecho unos montajes políticos de la coyuntura actual.

Bueno, pensé, si me encuentran esto me van a involucrar. Los quemé todos en el patio de la casa. Es que la inteligencia militar está compuesta por una maquinaria ciega y arrogante, concentrada solo en dar resultados, inflar cifras y satisfacer a superiores que, a su vez, luego exhiben como un trofeo sus resultados por los medios de comunicación.

Pienso así porque me tocaron dos atentados contra mi papá. Él lideraba un sindicato de trabajadores bancarios y con él iba a las marchas. A él le hicieron unos atentados. El primero fue en el barrio Castilla. Yo tenía como seis años. Él se había separado de mi mamá y estábamos en su casa en un segundo piso. Y en la entrada de las escaleras arrojaron un petardo. Luego mi papá me contó que el banco le ofreció un ascenso y un mejor salario si se alejaba de sus actividades sindicales y él terminó aceptando.

Vannesa: Luego del día de la captura masiva y de estar unos días perdida, la cosa se calmó y comencé a ir a la casa de mis papás. El abogado de la universidad me contó que en contra mía no existían pruebas para llevarme a juicio, al parecer porque mis heridas no me involucraban. En las semanas siguientes fui citada en la Fiscalía. No se me olvida la primera vez que tuve que comparecer. El abogado me advirtió, “Vas a notar que te van a llenar de terror, debes estar tranquila, ellos buscarán que contestes lo que ellos quieren”. Al ingresar en la oficina de la fiscal, ahí mismo noté a los infiltrados. Gente de civil entrando y saliendo de la oficina en actitud sospechosa mientras me interrogaban. El abogado ya había acompañado a otros estudiantes y la verdad me generaba tranquilidad, era un tipo inteligente y audaz.

Y ahí me di cuenta de algo terrible: la fiscal me sacó un libro, una bitácora sobre mí, y la puso delante de mis ojos. Comenzamos a mirarla. Tenían fotos de mi casa, delugares que había

frecuentado con amigos para salir de la depresión, tenían fotos de mi mamá, de mi papá, de mi hermana, de Marco, de mis vecinos, de la puerta de la casa, del barrio, de la calle donde crecí, incluso del perro callejero de la cuadra. Estaba abrumada.

Luego sacaron la agenda de dibujos que tenía en la mochila que me habían quitado en Policlínica. Me preguntó la fiscal que por qué dibujaba así, que esto qué quiere decir, que ese símbolo de dónde lo había sacado, que por qué la agresividad en los trazos... era una locura. La fiscal incluso me preguntó: “¿Por qué tienes una agenda con dibujos a rojo y negro?”. Y respondí: “Porque son los únicos lapiceros que tengo”. Y de hecho eran los que utilizaba para escuchar las clases, pues se me convirtió dibujar en una forma de concentrarme en la voz del profesor. Sabía que querían incriminarme y quizá tenían con qué, porque en mi cuaderno tenía uno que otro dibujo de personajes con el rostro cubierto. Era una cosa absurda. El azar, el destino, las constelaciones, el devenir, el espacio tiempo, el karma: hasta ese momento pensé que todo jugaba en mi contra. Me dije, “Juepucha, me clavé un cuchillo”.

Al final me entregaron la mochila con todo, incluso con una caja de cigarrillos que tenía entera, con la agenda, lapiceros, mis cosméticos, y no se me olvida que aún olía a pólvora. Creí haber salido bien librada, aunque por dentro estaba llena de ansiedad. El abogado me aseguró después que la orden de captura en contra mía había sido anulada: “Puedes estar tranquila, nada va a pasar, sigue con tu existencia”, fueron sus palabras. Pero yo no podía seguir así no más. Quizá fui como a cuatro interrogatorios, y cuando me sacaban la bitácora yo rogaba no ver fotos en momentos en los que me había sentido segura.

Cargué con tantas culpas por esos días, mis papás señalándome, culpándome por lo que había sucedido; no supe qué hacer con mi vida y lloraba mucho. Una vez en la terraza de la casa planeé mi suicidio. Miré hacia el techo, buscando donde colgar un lazo y me dije que era fácil, solo era subir a una silla, poner la cuerda alrededor de mi cuello y dejarme caer, y en unos segundos acabaría todo. Cuando estaba decidida a ejecutar mi muerte, un partero llegó a hacerme una visita; escuché sus golpes en la puerta. Y cuando lo vi lo abracé y me puse a llorar buscando consuelo. Me sentía angustiada, perdida, segada, no podía ordenar mis ideas. Él me salvó de matarme.

Ya era una buena noticia que no me fueran a judicializar, y se lo conté a mis padres para tranquilizarlos. Pero días después no sé a quién hijueputas se le ocurrió llamarlos a las dos de la madrugada, para decirles que estaban tratando de localizarme para que les entregara una marihuana que me habían dado a guardar. ¡Imagínense! Sí hay gente muy mala en esta vida. Mi papá me despertó y me gritó: “¡Yo no sé usted quién es! Dígame la verdad, usted

en qué está metida. Usted se metió a la universidad fue a vender drogas”. Mi vida fue una pesadilla, literalmente. Estoy segura que fue la Policía.

Esos meses fueron muy difíciles porque siempre me ha gustado rodearme de gente, y yo encerrada o con Marco, con nadie más hablaba, no quería que nadie me viera. Quería sacar esos recuerdos de mi memoria. Pensé que iba a ser juzgada constantemente. Entonces llegó la tapa de este drama: Me di cuenta que estaba embarazada de Marco.

Eso complicó las cosas, ahora sí pensaba que mis padres me iban a dejar, echar de la casa, sentía que ellos me odiaban, que los había decepcionado. Era darles la noticia de mi embarazo en momentos en los que ellos creían que era una completa delincuente. Mis papás me dijeron, “Usted es la oveja negra de la familia”. Ahí decidí definitivamente irme a vivir con Marco.

Marco: Pero antes de seguir quiero explicar por qué me enojé tanto con Vannesa ese 10 de febrero del 2005 cuando me llamó.

Yo había entrado a la Universidad de Antioquia en 1999, antes de entrar en la Nacho y conocer a Vannesa. Vivía en Aranjuez, un barrio con una tradición sicarial muy notoria. Pero el barrio también era la cuna de movimientos artísticos, rockeros y raperos. Incluso llegamos a conformar un grupo espiritista y de meditación, y nuestro escritor de cabecera era Carlos Castaneda; con él encontramos ese otro mundo que pocos advierten, muy de la mano con la idea de los universos, el punto de encaje y seres de otros mundos. Otra parte de la juventud de Aranjuez era muy existencialista y romántica, por eso nos rodábamos libros de Vargas Vila, y nos pasábamos los casetes de Sui Generis. Esta precuela antes de contar mi entrada a la UdeA, es por unos embragues que hay en la historia –dijo Marco, como si se hubiera metido en el papel de uno de sus personajes de teatro.

Recuerdo estar en el bloque 16 de la UdeA llenando el formulario, decidiendo si me metía a artes, que tenía una pésima reputación como futuro, y aun estando en la fila marqué español y literatura. Pasé becado y comencé un semestre intensivo que fue nocturno. En el segundo semestre comencé a involucrarme con las asambleas en el bloque 10, en lo político. En algún momento entramos en una anomalía académica por una fuerte discusión que se estaba dando en todas las facultades. En una de ellas, recuerdo unos capuchos que se llevaron a un tipo de la seguridad de la universidad porque nos estaba tomando fotos.

En el movimiento estudiantil había cierta polarización, pero se hablaba mucho de las acciones pacíficas y de las acciones de participación ciudadanas, que era del lado del que yo estaba. Y un sector de la asamblea hablaba de forma sarcástica, ridiculizando estas posturas; se mofaban de que ninguna revolución se había hecho sin armas y sin acciones contundentes. Y creo que

la mayoría pensábamos en las acciones pacíficas, además veníamos de un periodo de asesinatos y exilios. Recuerdo que hicimos una acción a la que llamamos, La toma de los pupitres, quedesplegamos en la calle Barranquilla. Sacamos pupitres y ocupamos la calle, todos en silencio. Entonces por delante nos llegaron unas tanquetas, y por atrás tres patrullas de la policía. Yo me paré a mirar qué iba a pasar, cuando veo que de las patrullas se bajaron dos sujetos de civil que se metieron entre los estudiantes, y sacaron de sus maletas papas que arrojaron a las tanquetas. Salieron corriendo, se subieron en una patrulla y esta arrancó. Las tanquetas, que en ese entonces tenían chorros, comenzaron a golpearnos con agua. Vi a varios compañeros volar por los aires, y las peladas que compartían conmigo la acción pacífica, corrían por todos lados empapadas. Ver a los infiltrados boicotear una acción pacífica me hizo perder una parte de mi inocencia. Ese día me di cuenta que existen los agitadores infiltrados, y meses después lo corroboraría por cuenta propia.

Entonces resulta que cierto día se llegó a la decisión de hacer una jornada artística y cultural, para dar a conocer a los demás miembros de la comunidad universitaria las problemáticas que motivaban el movimiento estudiantil. Se decidió que también era necesario que cada facultad tuviera su mesa. Me postularon y así terminé asumiendo esa vocería encargada de organizar el debate político dentro de nuestra facultad.

Creo que fue por esos días que sacaron a todos los vendedores ambulantes de la universidad luego del asesinato de dos pelados dentro de la U. –este doble homicidio referido por Marco ocurrió el 8 de noviembre del 2001, en el tercer piso del bloque de química, las víctimas fueron Juan Manuel Jiménez y David Santiago Jaramillo, y por este hecho se prohibieron las ventas ambulantes dentro de la universidad.

Lo cierto es que las ventas estaban afuera, a lo largo de la acera de la calle Barranquilla. En una ocasión nos tocó ver a unos capuchos incendiando un bus, luego de hacernos entrar a la fuerza a los vendedores. Y meses después, en octubre del 2002, fui testigo de un hecho muy trágico. Yo tenía un puesto de tintos y al comenzar las protestas nos apuramos a entrar por Barranquilla. En menos de dos minutos se armó una confrontación entre capuchos y agentes del Esmad. Los capuchos arrojaban piedras y papas a hombres del Esmad encaramados en el puente peatonal. Cuando de repente me dio por volver la mirada hacia la portería y vi a un tipo del Esmad dispararle a un capucho que salió corriendo hacia el interior. No sé con qué arma le disparó, pero el bolso que llevaba el rebelde explotó y la fuerza lo arrojó contra un caspete, un puesto de ventas. Las láminas de esa chaza quedaron retorcidas y por algunos segundos estuvieron envueltas en llamas. Me enteré de que había sido un menor de edad la víctima y que estudiaba en un colegio –según una nota de seis líneas y a una sola columna

aparecida en El Colombiano el 25 de octubre del 2002, un día después de los desmanes, la persona muerta tenía 17 años, hubo dos heridos más y tres detenidos. En un artículo del proyecto Hacemos Memoria con el que se amplió este suceso en su línea de tiempo, entrevistan al para entonces subintendente de la Policía, Jim Sanclemente. Según la nota, Sanclemente “observaba lo que estaba sucediendo a unos cien metros de distancia de la portería de la calle Barranquilla de la Universidad. Fue desde esa distancia que, aseguró, vio los movimientos de los manifestantes. “Tres de ellos sacaron un paquete grande y se les veía la intención de lanzarlo contra la tanqueta”, testificó Sanclemente. Había mucho humo, pero según el testimonio del policía, alcanzó a ver que otros encapuchados salieron a recoger a los heridos por la explosión y los llevaron al interior de la Universidad”. La persona fallecida fue Juan Esteban Saldarriaga Villa, estudiante del colegio salesiano El Sufragio, que no había pasado el examen de admisión.

Continuó **Marco**:

Por esos días me abordaron unos estudiantes, dos hombres y una nena. Y uno de ellos me dijo: “Ve, lo que pasa es que nosotros también estamos yendo a las asambleas, y tenemos un grupo de estudio donde nos reunimos a leer ciertos autores, y queremos invitarte”. Yo terminé yendo al encuentro y de inmediato me cuenta de la línea política de los involucrados. Leían a Marx y a Hegel. Yo me paré y le dije al grupo: “Hermanos, lo siento, pero a mí me gusta es la literatura y la antropología”. Es más, recuerdo que por esos días yo leía a Mircea Eliade y a Gerardo Reichel-Dolmatoff, y leía el Boom latinoamericano, a Onetti, en ese momento. Ver teoría política de Marx no era de mi interés. Y me fui.

Días después me pararon dos manes en una moto, por los lados del Jardín Botánico. Se la daban de bacanes, pero eran muy neas como decimos ahora. Comenzaron a interrogarme aparentando familiaridad. Que si estudiaba en la U, que qué estudiaba, que si participaba en las asambleas, que si me gustaba tirar piedras, etc. Entonces uno de ellos añadió: “Uy, pero tenga mucho cuidado que ahí hay mucho guerrillero”. Eso me pareció muy raro y me puso en alerta.

A partir de ahí comencé a entrar en un estado de nerviosismo. Sentí que estaba jalando mucho foco, como decimos, muchas miradas.

En las asambleas de la facultad comencé a ver seguido a una chica. Era emotiva y participaba en las discusiones. Me le acerqué y terminé haciéndome amigo de ella, y eso pasó a otro nivel. Se llamaba Bibiana y tenía unos ojos hermosos. Comenzamos a tener un romance, y noté que la atracción no solo era física, también ideológica. El asunto era bacano, nos íbamos

a leer al Aeropuerto todo tipo de autores. Me enteré de que era de una familia prestante, e incluso a veces me tiró la liga porque yo andaba tirado. Y noté que cada vez que había acciones y actividades, ella me sacaba el cuerpo. No asistía a marchas, ni a las asambleas generales, ni a las manifestaciones pacíficas, no aparecía ni cuando yo muraliaba.

Entonces en una actividad pacífica con canelazo en la Plazoleta Barrientos, salió de allí uno, de allí otro, de más allá otros. Eran capuchos con sus cuerpos acolchados en overoles, que se formaron delante de todos y gritaron al unísono una de sus consignas, y después accionaron tres disparos, y repitieron la acción nuevamente. Los rebeldes rompieron filas y comenzaron a entregar panfletos. Cuando se me acercó uno a entregarme el papel, lo miré a los ojos, y reconocí la mirada por la que estaba desviviéndome. Era Bibiana.

Ella quería que la reconociera. La increpé ahí mismo, pero me dio la espalda y se perdió entre la multitud. Nos vimos de nuevo varias veces, y entrábamos en discusiones motivadas más por los sentimientos que la razón. Ella me explicaba por qué defendía esos ideales. Y esos debates en lugar de separarnos nos unían. Como yo sabía en qué bando militaba, me confesó que a ella le tocaba perderse tres o cuatro días en el monte a hacer capacitaciones en grupos armados o campesinos. Era como una profesora, y la verdad no quiero decir a que organización pertenecía. Y la respuesta no es obvia.

Entonces un cierto día, cuando la universidad estaba agitada, me dijo, “Marco, esto está llegando a un punto crítico y creo que no nos podremos volver a ver. Tengo que tomar una decisión”. Le pregunté: “¿Qué vas a decidir?”. Y me dijo: “Yo ya no me puedo salir de esto, y no quiero irme para el monte. Mi familia ya lo sabe todo y me van a sacar del país. Pero no puedo irme sin confesarte algo”. En ese momento me imaginé mil cosas, menos lo que iba a escuchar. Le oí decir: “Yo llegué a vos por una orden de mis superiores, pero me enamoré de ti, me encantó tu forma de ser. Pero lo mío siempre fue una misión: tenía que enamorarte y averiguar de qué bando estabas”. El golpe emocional fue indescriptible. No me quiero ni acordar de eso. Me dio un beso, y vi su cuerpo hermoso perderse en un corredor de la universidad, para siempre.

Dejé la mesa de educación, y no volvía a participar en nada. Semanas después cancelé la carrera y me dediqué a pintar. Luego entré a la Nacho y conocí a Vannesa, que acababa de entrar en la UdeA. Por esa sola razón me enojé con ella, cuando me confesó que había hecho parte de las protestas.

Vannesa: No te preocupes, Marco, dejé de sentir celos por ese recuerdo tuyo hace años... - Vanessa abandonó su lugar detrás de la barra y el barro y tomó asiento junto a Marco-. Pero

bueno, después de esa pesadilla que venía contando, nos juntamos varios amigos y abrimos un primer taller de arte. Los nervios alterados aún los tenía, y duré con ellos más de cinco años. Hasta que la balanza de la vida nos obsequió muchos regalos: el nacimiento de nuestro hijo y un reconocimiento en el mundo del arte que nos ha permitido viajar por otros países. Me reconcilié con mis papás y ahora somos muy buenos amigos.

Eran las tres y media de la madrugada. La tercera botella de vino se había acabado y los protagonistas de esta historia dormitaban con los ojos vidriosos y entrecerrados. Durante el relato de Vannesa y Marco, yo había tenido la oportunidad de ojear la agenda con 43 dibujos a lapicero que la acompañaba desde hacía 20 años, y que, me dijo, no había vuelto a ojear, guardada en un cajón de recuerdos olvidados. Cuando me la entregó, antes de comenzar esta entrevista, lo primero que hice fue llevarla a mi nariz, y sentí un sutil olor a pólvora. Los dibujos eran hadas de una ternura lúgubre, en mundos hechizados de movimiento, y de otros seres fantasmagóricos.

Días de fuego en el tropel

Alejandro Sierra es hoy un docente de cátedra, pero hace 22 años atrás fue un líder estudiantil cuyo marco de acción era la defensa de los derechos humanos frente a la violencia política contra la comunidad universitaria. Lleva el cabello largo, barba descuidada y luce unos anteojos de marco grueso. El escenario escogido para contar el siguiente relato, parte de su historia, fue la ciudadela de la Universidad de Antioquia, de donde se graduó como historiador en el 2019, veinte años después de haber ingresado.

Ese viernes en la mañana asistí a una cita médica en la Clínica CES para que me extrajeran sangre. Llevaba días con un salpullido en manos y cara que, por ratos, me hacía ver como un enfermo de varicela que espantaba a la gente. Días atrás había participado en las protestas en contra de lo que se conoció como el Peajito Social, en Copacabana, y ahora estaba buscando soluciones para aquella extraña respuesta de mi piel, que solo se presentaba cuando pasaba por estados de estrés y nerviosismo extremo.

Antes de salir de la clínica, me aseguré de cubrirme la cabeza con una chompa gris, para no irritar más los eccemas, y me dispuse a asistir a una reunión allí cerca, en el mismo barrio Prado. Cuando salí a la calle, noté la actitud sospechosa de dos hombres que ocupaban un Chevrolet Swift 1.3, de color verde. La verdad, no les presté atención, me acomodé la mochila y caminé en dirección a la calle 61. Allí doblé a mi derecha, junto a una casa de minusválidos y viejitos que tomaban el sol. No llevaba diez pasos cuando me sorprendió ver el Chevrolet verde tomar mi calle en contravía y acelerar. Decidí devolverme, pero de inmediato una moto DT se subió a la acera y me cerró el paso. El parrillero, que llevaba una pistola en la mano, se apeó y me puso contra la pared. El vehículo frenó y el conductor se bajó, también armado, y de inmediato me ordenó con rabia, agitando una 9 milímetros: “¡Al carro, al carro!”. Yo estaba paralizado de miedo, pues hasta entonces había escuchado tantos testimonios de personas que buscaban a sus familiares que me dije: “Jueputa, me van a desaparecer”.

Mi reacción fue quitarme la mochila y ponerla frente a sus caras, y el tipo que estaba detrás de mí me pegó en la cabeza con la pistola y a empujones me metieron al carro. Mi mente comenzó a llenarse de confusión y el miedo me paralizaba el pensamiento: “Me van a

torturar, me van a matar...”. En ese instante, incluso, recordé los casos de Ángel José Quintero Mesa y Claudia Patricia Monsalve Pulgarín, activistas y defensores de derechos humanos, miembros de la Asociación de Familiares de Detenidos y Desaparecidos. De ellos no se sabía de su paradero desde octubre del 2000, luego de que a la fuerza fueran ingresados a un vehículo, según investigaciones de la Corporación Jurídica Libertad, por miembros del Gaula Rural de Medellín cerca de donde estaba yo sufriendo a mis verdugos.

Adentro del carro me esperaba otro sujeto que me obligó a agachar la cabeza. Recibí otra tanda de golpes y empezaron a hacerme preguntas que no entendía. Uno de ellos repetía, “Te vamos a matar si no respondes, te vamos a matar”. Recuerdo que me dio rabia no haberme despedido de mi madre en la mañana, pues la noche anterior habíamos discutido por una tontería. Me dije que era un idiota, por dejarme llevar por impulsos. Me angustió aún más pensar que mi mamá, quizá, terminaría siendo una de esas mujeres que yo tanto había escuchado en mi labor de denunciante de crímenes de Estado. Como la señora María Dolores Henao, madre de un compañero mío en la carrera de historia en la Universidad de Antioquia, Carlos Andrés Agudelo, quien paramilitares raptaron de la finca de sus abuelos en el municipio de Santa Bárbara, en abril del 2000. Por ese caso había emprendido, junto a unos profes, varias denuncias.

Me preguntaban, a la vez que revisaban mi mochila y mis papeles, y me identificaban por mi nombre, que para dónde iba, que qué hacía, que porqué caminaba con el rostro cubierto. La seguidilla de interrogantes y los dolores por los golpes me hicieron volver en sí. Me descubrí las manos y les expuse mi cara. Noté con miedo que el salpullido, en partes, supuraba y aproveché para explicar mi condición. Les dije: “Miren, lo que pasa es que estoy enfermo y creo que es contagioso, por eso vine a la clínica, miren, miren... señores, me siento muy mal”. Eran unas ronchas feísimas y calientes que, me imagino, habían empeorado por la carga de nerviosismo y pavor que intentaba contener. El que me tenía agarrado por la camisa para evitar que levantara la cabeza, me soltó y noté que hizo un gesto de asco.

El sujeto que había conducido el carro me encontró en la mochila unos volantes del peajito social, en donde se explicaban los motivos de las protestas. Además, el man estuvo ojeando un cuaderno de apuntes en el que yo había anotado algunas claves para entender leyes y concepto sobre derechos humanos, pues en ese momento yo encabezaba una serie de denuncias sobre la violencia política que estaba ocurriendo dentro de la Universidad de Antioquia.

Entonces escuché lo que me pareció una sentencia: “Vos sos guerrillero”. Conocía el contexto de la Universidad de Antioquia para ese 2003, ya que, incluso, me había tocado la muerte del

líder estudiantil Gustavo Marulanda, pocos meses después de que entrara yo oficialmente como estudiante en 1999. Por supuesto que sabía de otras muertes y desapariciones, sabía sobre la composición de los grupos que protagonizaban tropes en la calle Barranquilla, sabía de la vigilancia espía de grupos paramilitares dentro de la ciudadela, y conocía perfectamente la maquinariacriminalizadora de la justicia para enjuiciar a todo el que diera papaya o corriera con mala suerte.

Entonces uno de ellos me preguntó, uno que tenía un aspecto muy peculiar, como esos bareteros salseros de los años 80, de cara huesuda y de bozo:

- ¿Quién manda en la universidad?

-El señor Alberto Uribe Correa –dije, y las manos me temblaban.

- ¿Quién es él? –preguntó el otro.

-Es el rector, es el rector... –respondía y me pegaban.

Del miedo comencé a hablar como un loco, les daba excusas, les decía quién era yo, les dije para donde iba.

- ¡Cállate! –me gritaron.

-Sí, yo me callo..., pero tengan en cuenta que...

- ¡Que te callés!

-Sí, señor, yo me callo, pero mire que... -y tumm tumm, dos golpes-. Bueno, voy a colaborar...

Y me golpeaban en la cabeza. Los de la moto seguían afuera, o al menos eso lograba percibir. En un momento alcancé a levantar la vista y en la esquina vi a un señor que miraba con disimulada insistencia hacia el carro. Eso me dio esperanzas, pensé que quizá el hombre llamaría a las autoridades. Pero nada. Pensé en pedir auxilio, pero reflexioné que de esa manera firmaría mi sentencia.

Entonces se acercó un hombre a la ventanilla que se cubría el rostro con papeles y yo solo veía sus ojos, su mirada de rabia impaciente. En cada mano llevaba unas hojas; con unas se tapaba de las cejas para arriba, y con las otras de los ojos para abajo. Era una situación que, en vez de impresionarme, me causó aún más terror. Son escenas que no se me olvidan, porque me llegan a la mente sin que las evoque. El caso fue que uno de los hombres salió del carro y se quedó hablando con el extraño de los papeles. El que se quedó conmigo, cuando el silencio se prolongaba demasiado, cargaba y descargaba una pistola 9 milímetros, y yo apenas

apretaba los ojos para evitar escuchar la detonación y preparar mi cuerpo al disparo. Hasta me hice la pregunta, la misma que me hice muchas veces cuando fui un ferviente fanático evangélico que predicaba de casa en casa: ¿Qué se sentirá morir?

Yo creo que llevaba en esa incómoda posición por lo menos media hora y desde que me habían entrado al carro me aguantaba unas tremendas ganas de orinar. Fue tanto que le dije acobardado al tipo que me chuzaba un costado con el arma:

-Hermano, discúlpeme si me le orino aquí, no se vaya a molestar conmigo.

- ¡Mucho cuidado hijueputa! –y en seguida me dio un golpe con la mano empuñada.

Entonces uno de los manes que estaba afuera dijo:

-Bueno, ya delen.

Pensé lo peor.

La puerta se abrió y escuché que me ordenaron:

-Bájese del carro.

Yo apenas dije, con voz de achantado:

-No hermano, yo no me quiero bajar.

- ¡Que te bajés!

-No hermano... Yo no me bajo.

Entonces me bajaron a las malas en la acera y con dificultad me enderecé. Me tiraron la mochila. Uno de ellos me dijo que revisara si estaba todo. Uno de los tipos me amenazó:

-Sabemos quién es tu mamá –y dijo su nombre –. No te queremos ver en la universidad en ninguna actividad, y te vas.

Eso me tranquilizó un poquito. En seguida me ordenaron.

-Vas a comenzar a caminar hacia la casa de discapacitados, y no vas a volver a mirar.

Di algunos pasos y noté que tenía los pies entumidos por la posición en la que había estado durante tanto rato, y volví a escuchar la maldita arma cargando. Esperé el ardor de la muerte. Cuando llegué a la esquina, pasé la calle y me metí muerto del miedo a un Comfama que había ahí. Me senté y el celador me miró con desconfianza. Fue terrible, había quedado con la impresión de que todo el que me miraba hacia parte de la organización que acababa de amenazarme, todos eran sospechosos para mí.

Espías y agresores en la U

Yo quedé muy asustado y dejé de participar por un año en los tropes y las asambleas estudiantiles, donde tenía fama de discutir con estilo de predicador evangélico. Le comenté el asunto a algunos compañeros del movimiento estudiantil y noté muy poca solidaridad. Comprendí que todos tenían miedo y cada quien lo gestionaba como mejor podía. Yo, incluso, para ese entonces, asistía a clases de derechos humanos y no hallé acompañamiento frente a mi caso. Lamenté esto y me dediqué a estudiar. Ese 2003 fue relativamente tranquilo, aunque tenso, porque la ciudad acababa de pasar por una etapa de tremenda violencia desde el 2001 cuando el Bloque Metro de las Autodefensas Unidas de Colombia, AUC, comenzó una guerra en los barrios empobrecidos y periféricos de la ciudad en contra de las milicias populares. Estas estaban conformadas por brazos ideológicos y militares de las Farc, el ELN y los Comandos Armados del Pueblo, CAP, entre otros grupos. Su repliegue, luego de la Operación Orión en la Comuna 13, en octubre del 2002, dejó en parte acéfalo el movimiento estudiantil de la Universidad de Antioquia.

Cuatro años atrás, en 1999, cuando ingresé a la universidad a estudiar Historia, esta se encontraba muy convulsionada porque justamente estábamos en medio de protestas sociales y estudiantiles, cuando se estaba presentando el plan de desarrollo del gobierno de Pastrana. Pastrana, que promocionaba una línea educativa que desfinanciaba a nuestro entender la U pública, estaba adelantando diálogos con las Farc y a la vez implementaba el Plan Colombia. Así que la UdeA y las universidades locales estaban en completa agitación. Había protestas en las capitales.

Antes de iniciar clases, yo ya había participado en manifestaciones públicas en la U, había asistido a asambleas por invitación de amigos e hice parte de mítines y movilizaciones muy grandes que alcanzaron un nivel alto de violencia. Había un Comité Nacional del Paro que fue muy destacado porque sus integrantes eran de la Universidad de Antioquia, la Nacional, el Politécnico Jaime Isaza Cadavid, el Cefa, la Javiera Londoño, el Marco Fidel Suarez, el Inem, y de la Escuela Popular de Artes, artistas muy activos.

Y es que para ese año existía un fuerte movimiento estudiantil con lazos en los barrios más pobres, y muchos estudiantes pertenecían ideológicamente a estructuras del ELN o las

Farc. Incluso había unos que eran vieja línea del EPL, a quienes llamábamos Epilépticos, línea Caraballo. Esto está muy bien documentado en trabajos de investigación producidos por estudiantes. Los Epilépticos tenían unas viejas armas que ofrecieron a los tropeleros más atrevidos, unos viejos chopos, esperando que Francisco Caraballo, que purgaba 14 años de prisión desde el 94, saliera de la cárcel para que orientara. Pero cuando salió todos estaban viejos y no tenían aliento ni de empuñar un arma, y más aún cuando Caraballo anunció que trabajaría por la paz. Mucha gente de la vieja guardia de la parte del movimiento estudiantil más beligerante lo recuerda. Estaba también el MOIR, Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario, que estaba en contra de la lucha armada. Había otros más Maoistas, y otros grupos que no sabíamos que lecturas hacían por momentos. No hay que dejar de lado a la Juventud Comunista, muy perseguida por paramilitares, que salía a manifestarse cuando le convenía. Recuerdo otro sector que tuvo fuerza, el Frente Estudiantil Revolucionario, 'FER, sin permiso'. Ellos utilizaban la volantina como elemento importante para destacar y hacer conocer sus ideas.

Allí distinguí a Gustavo Marulanda y otros líderes, y llegué a asistir a reuniones a la Ceua, Coordinadora Estudiantil de la UdeA. Fue mi primer contacto con líderes. Yo venía de ser vendedor ambulante de comidas rápidas en Bello, que fue a lo que me dediqué luego de prestar servicio militar en el corregimiento de Pavarandó, en el municipio de Mutatá. Por ese tiempo, finales del 96 y parte del 97, esa región vivía desplazamientos y masacres, y el comandante de la Brigada XVII era Rito Alejo del Río, y el gobernador de Antioquia era Álvaro Uribe. A veces pienso que haber visto tanta injusticia allá, me impulsó a meterme en el tropel. Los tratos e insultos a los que éramos sometidos me hicieron comprender lo que me dijo un amigo antes de enlistarme: "Marica, si quiere sobrevivir, tenga una mamá de trapo". Llegamos en plena Operación Génesis, en un momento que se proclamó que Urabá iba a ser la mejor esquina de América. En un principio cuando nos metieron al monte me acuerdo de que con nosotros iban cuatro paracos, que me enteré habían sido guerrilleros del Ejército Popular de Liberación, EPL. Nuestro objetivo era detener a las comunidades afrodescendientes que estaban siendo desplazadas del Bajo Atrato.

Me tocó, como venía diciendo, los asesinatos ese 99 del profesor Hernán Henao, el vendedor de la cafetería Hugo Jaramillo y la del líder estudiantil Gustavo Marulanda. A su

vez, líderes de los 90 estaban ahogados en amenazas de las Autodefensas de la Universidad de Antioquia. En ese momento a mí no me amenazaron, fungía más como un estudiante que participaba en las revueltas a las afueras de la U. Eso sí, me tocó el reflejo que eso significó para la universidad. En junio llegó una lista de amenazas con 40 estudiantes y eso hizo que muchos se la pensarán a no seguir sus luchas. Gustavo, que valientemente denunció a las AUdeA ante los noticieros de televisión, se negó a irse del país y decía que era responsabilidad del Estado asumir la protección de la gente amenazada. Luego de su asesinato se cerró la universidad por ocho días.

Recuerdo que por esos días el rector Jaime Restrepo Cuartas se reunió con Carlos Castaño, a mediados de agosto. Este hecho para todos nosotros, los que hacíamos parte del movimiento estudiantil, fue muy sospechoso, pues la ciudadela abrió sus puertas sin líderes ni liderazgos. Restrepo Cuartas afirmó que su reunión con Castaño había sido para pedirle que respetara la neutralidad de la universidad. Terminar las materias ese año fue muy difícil. La gente no quería estar dentro de la ciudadela por temores de que algo peor sucediera, a pesar de que desde diferentes estamentos se impulsaban jornadas por la vida y el diálogo. Yo hice lo propio, tratando de pasar desapercibido y solo iba a la U para asistir a clases y de ahí me devolvía para la casa a pie, en Bello, a seguir con mis ventas de hamburguesas, pues tenía la responsabilidad de mantener parte de los gastos en la casa, ya que mamá apenas sí lograba conseguir trabajo.

Entonces ocurrió la desaparición de un amigo de carrera, en abril del 2000, la de Carlos Andrés Agudelo, quien fue detenido y desaparecido por paramilitares. Se lo llevaron cuando visitaba a sus familiares en Santa Bárbara. El rumor que nos alcanzó fue que lo raptaron porque en una requisita le encontraron el carnet de la universidad. Yo empecé a desarrollar algunos liderazgos para denunciar lo de Carlos Andrés, sentía que eso no podía quedar así, y más cuando escuché la tristeza y la angustia de su madre, una mujer humilde, sin protección. Esto me hizo notorio en la U al liderar las denuncias en compañía de dos profesores de Historia, con quienes conformé un comité de solidaridad con el que desarrollamos jornadas de concientización y de exigencia para que fuera liberado nuestro compañero. Por esos días nosotros los estudiantes y las directivas condenamos públicamente también el asesinato de Luz Adriana Aranguren, estudiante de Biología, cuyo cuerpo apareció con signos de tortura; y las desapariciones del profe de medicina Javier

Correa, y la de mi amigo Carlos Andrés Agudelo. Todos estos casos me tocó comenzarlos a investigar, con otros compañeros, para realizar las respectivas denuncias ante la Secretaría de Derechos Humanos de la Gobernación, que a su vez remitía las quejas a la Fiscalía. Ese año me dije que mi lucha dentro de la UdeA iba a ser denunciando este tipo de violencia, y me fui alejando paulatinamente del tropel, sin dejar de hablar con aquellos que veían al Estado como a un enemigo.

El 2000 transcurrió casi sin protestas, aunque no faltaron los carros incinerados. En el 2001, posiblemente, habían regresado algunos de los estudiantes amenazados en los panfletos del 99. Además, habían surgido otros liderazgos. Comencé a recibir invitaciones para hacer parte de organizaciones en la U, mientras adelantaba las denuncias. Incluso, el Defensor del Pueblo en ese momento, José Fernando Castro Caicedo, el hermano del gran periodista Germán Castro Caycedo, estuvo muy al frente de las diligencias exigiéndole a la Fiscalía que hiciera algo. Las denuncias, que se originaron desde varios frentes, eran que había ojos y oídos de Carlos Castaño en la UdeA, algo que sabíamos desde años atrás, por las mismas declaraciones que habían hecho las Autodefensas de la Universidad de Antioquia. Nosotros siempre quedábamos con la duda, pero teníamos las pruebas suficientes para señalar a algunas personas de la comunidad universitaria responsable de apoyar al paramilitarismo. En su momento se habló de Gabriel Atehortúa, jefe del departamento de seguridad de la ciudadela, el cual fue de hecho asesinado a mediados del 2003, en medio de la disputa del Bloque Metro con el Cacique Nutibara, el primero comandado por alias 'Doble Cero', y el segundo por alias 'DonBerna'. Fue asesinado por el Nutibara porque hacía parte del Bloque Metro, cuando se dio toda la división entre ellos por el control de los barrios. Así lo deja ver investigaciones sobre el caso.

Hubo personas de la vigilancia que nosotros denunciábamos, dos de ellos eran conocidos como 'Chamizo' y 'Gelatino'. Así lo creímos y parte de la historia nos dio la razón con los años. En medio de procesos de Justicia y Paz, algunos paramilitares confesaron que personas dentro de la UdeA, de hecho, pasaban la lista de los nombres de las personas a ser atacadas. Entre ellas está un profesor de filosofía.

Instrucciones para un tropel

En gran parte de los años 90 la asamblea fue muy organizada. Había movimientos bien consolidados, cada uno tenía su parche, y esto en parte se conservó en los años posteriores, cuando fui un militante activo. Si yo era de un combo y vos de otro, teníamos líneas de comunicación con las que convocábamos asambleas o tropes. Para llamar a una de estas actividades no todos hacían presencia en las reuniones. Muchas veces a esos encuentros la gente entraba con el rostro cubierto. Luego se hablaba del motivo de la reunión. Y ahí se decidía qué tipo de acción desplegaríamos. Si se proponía tropel, se daba una discusión y tras decidir, decíamos: “Listo compa, sale”. Y los que estaban de acuerdo informaban de qué disponían. La gente decía, digamos, que tenía trece personas y dos recursos, es decir, los fierros. O había alguien más que podía decir que tenía recursos, pero no gente. Cada uno decía con qué infraestructura logística contaba para el tropel. Incluso contábamos con médicos, y cuando teníamos heridos los llevábamos a sus casas o a un lugar acordado. El propósito era evitar los centros de salud y los hospitales, pues hasta allá llegaban las inteligencias militares y policiales y después de que eras fichado se te dañaba la vida, como les pasó a algunos luego de la explosión de febrero del 2005.

Estas reglas se volvieron muy estrictas a partir del año 2000. Por aquel tiempo eran muy fuerte las confrontaciones entre las milicias barriales y los paramilitares. Así que, durante los dos años siguientes, los tropes no faltaron, la quema de buses, el secuestro y asesinato de estudiantes y profesores; reinaba un estado de confusión tremenda, y por eso el tropel debía ser muy ordenado para evitar infiltrados. Dos cosas más exasperaron el ambiente, aunque no por mucho tiempo. La primera, el asesinato en noviembre del 2001 de dos estudiantes dentro de la universidad, en el bloque de química, mientras jugaban ajedrez. Esta muerte no se debió a paramilitares, fue un fuego amigo lamentable, una disputa y lío de faldas, entre un miliciano del ELN y un agente del CAP, pero esto no lo sabríamos sino hasta mucho después. Luego de esto, la administración sacó un reglamento prohibiendo las ventas ambulantes dentro de la universidad, pues se responsabilizó a los vendedores como cómplices del doble homicidio. Por otra parte, por supuesto, la elección de Uribe como presidente caldeó los ánimos. A Uribe yo lo conocía de frente cuando una vez fue a Pavarandó a un consejo comunitario.

El caso es que, digamos, se acordaba el tropel para una semana específica, pero no se

revelaba el día para evitar filtraciones. Finalmente, se pactaba la hora. Y faltando una hora para el tropel, una persona pasaba los códigos de comunicación, que eran gritados, y que podían ser colores. Podría ser: morado es retirada, azul es avanzar, verde tal cosa. A veces eran nombres de animales o marcas de carros, en fin. Los líderes comunicaban esta información y todo el mundo tenía que memorizarla. Hoy en día cualquiera se mete en el tropel y no se sabe si es o no infiltrado. Digamos, si éramos cinco grupos, coordinábamos cual salía de primero y lanzaba el primer explosivo, que era la señal. Y el grupo cerraba la circulación de carros en la calle Barranquilla. Al grupo dos, digamos, le correspondía pasar por la cafetería de deportes. Otros por artes, otros por la cafetería de Tronquitos, otros por Guayaquilito... Nos distribuíamos los puntos. En ese momento, la gente tenía la oportunidad de leer el comunicado que sacábamos y en el que explicábamos el propósito de la alteración. Los grupos llegaban finalmente a Barranquilla, ya cerrada, para confrontar al Esmad. Y cuando nos iba mal, resistíamos en la portería de la calle Barranquilla.

La gente nueva no podía lanzar petos explosivos, solo piedras, para evitar un accidente por la inexperiencia. Las jotas, por otra parte, eran petardos con metralla que solamente la utilizaban personas con temple. Cuando se acercaban los policías todos retrocedían, y el de la jota se quedaba para lanzarla porque eso cuando tocaba el suelo estremecía todo el cuerpo y lo dejaba a uno medio sordo. Había otra gente que tenía que pararse en la peatonal, simplemente mirando, con un recurso, esperando que nadie se filtrara o se confundiera con los tropeleros. Era la orden. Este personaje estaba acompañado de alguien de civil que le indicaba. Y dos o tres más se quedaban atrás del tropel, dentro de la universidad, por si ocurría un imprevisto. Si entraba el Esmad todo el mundo se retiraba menos un par, que se quedaba espionando sus movimientos. Otros estudiantes, casi siempre sin taparse la cara, gritaban consignas a favor del tropel con ayuda de un megáfono, en el techito, ahí en la entrada de Barranquilla. Y otros traían piedras y bolsas de leche. La lecheera para echarle en la cara a los pelados que, en un momento, no soportaban el ardor en la cara por los gases lacrimógenos, que en el peor de los casos te hacía sentir como si la cara se te estuviera derritiendo, pues ya en ese momento el Esmad utilizaba gases con compuestos alterados.

Cada uno sabía a dónde acudir para terminar la jornada, con el fin de que no todos tiraran para el mismo lado. Y la gente de civil se tiraba a la portería para impedir la entrada de la

policía. Todo esto se acabó en el 2002. Y lo terminaron dos cosas. La primera: es indudable que la Operación Orión, de noviembre del 2002, y que se conoce fue desarrollada con paramilitares, marcó un declive del tropel, debido a que muchos de nuestros apoyos eran gente de barrio popular, que habían crecido en medio de la carencia total, en sectores sin oportunidades y donde las milicias habían constituido formas organizativas que en gran parte se acabaron, como ya mencioné, con la entrada del paramilitarismo a la ciudad.

Luego, el ejército con al menos mil hombres llevó a cabo durante tres días la Operación Estrella VI, en el 2003, en el nororiente de Medellín. Santo Domingo, El Popular y Aranjuez, principalmente, se convirtieron en campos de guerra como había ocurrido en San Javier con Orión. Solo en Santo Domingo hubo al menos setecientos asesinatos, y sus nombres hoy están escritos en un costado de la iglesia del barrio, sobre un cristo de ladrillos rojos. Con esta operación casi que se fueron todas las milicias de la ciudad. Además de eso, a nivel regional comenzaron una serie de avanzadas militares, sobre todo en el Oriente antioqueño, con el Laboratorio de Paz y la implementación de la Seguridad Democrática de Uribe. Y esto es importante decirlo, porque con todas estas operaciones, se quebraron las comunicaciones que había dentro de las organizaciones estudiantiles que le jalaban el tropel. Un grupo de personas intentó mantener sus estructuras y liderazgos con un manto de emotividad. Y los únicos que quedaron intactos fueron aquellos que conformaban la parte del movimiento estudiantil que participaba en las asambleas y que rechazaban todo tipo de violencia.

En el 2000, cuando fui muy activo, yo manejaba las llaves de unos siete salones. Las guardaba porque les sacábamos copias cuando le colaborábamos a los profesores llevar, digamos, un televisor, o los acetatos y los proyectores. En esos salones los pelados se cambiaban de ropa y preparaban todo. Tres años después ocurriría mi retención en el barrio Prado, en medio de una crisis dermatológica. Aún debo mantener los medicamentos a la mano.

Explosión el 10F

En mayo del 2004 empezaron otras movilizaciones en contra de la firma del Alca (Área de Libre Comercio de las Américas) y luego del TLC (Tratado de Libre Comercio), ambos

con Estados Unidos. Siempre que había acercamientos en países se realizaban protestas nacionales. En una de ellas viajamos a Cartagena donde se adelantarían los diálogos. A pocos kilómetros de entrar a la amurallada, donde nos esperaban otros manifestantes, recuerdo que desde un helicóptero nos lanzaron gases lacrimógenos, una gaseada terrible y hubo varios heridos.

Decidimos entonces no volver a ir a las ciudades de las negociaciones y optamos por hacer protestas fuertes en Medellín. Esto provocó que el 10 de febrero del 2005 se organizara una fuerte protesta en una de las rondas de negociación por el tema del TLC. Aquello derivó en la explosión de la Facultad de Clínica Farmacéutica en la que murieron, días después, el 18 de febrero, dos estudiantes, Paula Ospina y Magaly Betancur. Hubo muchos estudiantes heridos, al menos 40, aunque siempre se manejó la cifra de 17 debido a que algunos prefirieron no acudir a Policlínica. Entre los quemados estuvo Martín Batalla, Mauricio, que terminó en las filas de las Farc luego de ser encarcelado y quedar libre.

Para ese entonces, la universidad era considerada el único foco de resistencia en la ciudad, asediada y captada por el Cacique Nutibara, estructura que filtró desde la policía hasta la Fiscalía. De hecho, el director de Fiscalías de Medellín de la época, Guillermo León Valencia Cossio, sería condenado a prisión pocos años después cuando se comprobó, entre otras cosas, que benefició a narcoparamilitares para que no fueran a juicio. El caso es que la explosión ocurrió durante lo que la periodista María Jimena Duzán llamo la ‘don bernabilidad’ de la ciudad. Incluso la única plaza de vicio que seguía tranquilamente era la de la universidad, conocida como El Aeropuerto. Esta plaza, tiempo después, entraría en disputa entre alias ‘Valenciano’ y alias ‘Sebastián’, ambos de la Oficina de Envigado, otrora Nutibara.

Una semana antes de ese 10 de febrero, algunos líderes estudiantiles discutieron la participación en el tropel. La gran mayoría estuvo de acuerdo, a pesar de que vimos que ya se había descompartimentado el asunto, ya era muy público, y si algo caracterizaba al tropel era su factor sorpresa. Yo fui uno de los que no estuve de acuerdo y un día antes de los desmanes, varios insistimos que no había condiciones. Nos dijeron que éramos unos cobardes. Ellos estaban seguros porque esperaban contar con una gran cantidad de protestantes no solo de la Universidad de Antioquia, sino también de la Nacional, del Sena,

del Politécnico Jaime Isaza Cadavid, el Pascual Bravo y algunos colegios.

Temprano en la mañana de ese día fatídico, me fui para la casa de mi asesor de tesis, en una urbanización al frente de la universidad. Cuando comenzó el tropel, a eso de las diez de la mañana, escuchamos las primeras explosiones. El Esmad, que ya sabía lo que iba a pasar y estaba afuera desde temprano, comenzó a replegar a los capuchos con gases lacrimógenos. El gaseo era tan terrible que recuerdo que una multitud de la urbanización salió a la calle tapándose la cara. Luego alguien me contaría que incluso los gases llegaron hasta la minorista, donde se paralizó el comercio. Yo estaba ya en la calle cuando escuché una primera explosión muy dura, y en seguida una peor, terrible, que estremeció el piso y las ventanas de todas partes. En ese momento corrieron muchos rumores. Y como yo sabía que se harían cosas fuertes, pensé que era parte de lo planeado. No pensé que hubiera pasado algo tan malo. Me dije que quizá la explosión había sido producto de un miple. Antes habíamos utilizado esa técnica, que es colocar el dispositivo en la cuneta de la puerta y activarlo por medio de unos cables conectados a una pila de 9 voltios. Así cuando pasaba la tanqueta le volábamos una llanta.

Yo me retiré en dirección al hospital, hasta la estación del Metro. Me fui a ver con un amigo en una cafetería. Lo esperé y no llegaba y no llegó. Vi pasar a alguien de la universidad y lo saludé. Me dijo, “Parce, se calentó la U”. Luego todo fue confusión, ya que comenzaron a llegar los heridos a Policlínica. Era, literal, una escena de guerra. La primera versión que hubo en ese momento fue que el Esmad había tirado un explosivo al Bloque 9. Pero no fue la realidad, y quizá nunca la sepamos.

Por este hecho se cerró la universidad y el Consejo Académico convocó al día siguiente a una reunión con los profesores. En los días siguientes desarrollamos todo tipo de manifestaciones culturales en apoyo a los heridos, ya que en los medios de comunicación se comenzaron a difundir versiones estigmatizantes. Al mes siguiente participamos en marchas varias universidades en medio de una anomalía académica total. La verdad, esperábamos que nos llegara un ataque terrible por parte del paramilitarismo, pues para entonces alias ‘Don Berna’ era el amo y señor de la ciudad.

En una de las asambleas, en donde no cabía un alma, una compañera y yo tuvimos una discusión porque ella planteó la creación de un grupo estudiantil que tuviera como

propósito quitar capuchas a los que torpedeaban. Alguien más propuso que de ahora en adelante solo utilizáramos el argumento como arma. Yo intentaba mirara los que habían organizado el tropel, y ellos se escondían, no decían nada en la asamblea, y a pesar de que tenía rabia con ellos terminé defendiéndolos. Ahí fue cuando me empecé a calentar casi que con todo el mundo, porque pedí la palabra y di un discurso en defensa de la capucha y el tropel. Fui el único que lo hizo. Ahí estaban las directivas de la universidad, escuchándome. Recordé en la asamblea que existían fuerzas paramilitares que habían acabado con la vida de personas como Gustavo Marulanda, como Jesús María Valle, como Héctor Abad Gómez y otros profesores; recordé el caso de Albita, Alba Mesa, quien en los años 90 hizo parte de la asamblea; recordé a Chuqui y muchos otros, gente que había sido asesinada simplemente por dar la cara, por expresar su inconformismo, por denunciar injusticias o llevar procesos barriales. Por eso manifesté que taparse la cara tenía su lógica. El tropel, en esencia, era la expresión última del inconformismo en contra de un gobierno que no nos tenía en cuenta para nada, mientras la universidad seguía siendo desfinanciada y los poderosos hacían sus negocios, y en las comunas la gente vivía sin oportunidades.

Los medios sacaron mi declaración y mi cara salió en pantalla. Por mi casa todo el mundo se dio cuenta de esa situación, de mi postura, que estaba defendiendo las capuchas, que era como defender terroristas, una palabra que puso de moda Uribe. Eso causó tensiones en mi familia, pero la adrenalina corría por mis venas y no podía volver sobre mis palabras: estaba convencido y lleno de miedo, una extraña sensación que provocó que mi autocuidado fuera total. Incluso, en algún momento, llegué a cortarme el cabello, que me dejé crecer luego de salir de prestar el serviciomilitar en Mutatá, donde fui testigo de tres suicidios, dos desertiones y dos enloquecimientos.

Me volví más conocido para las directivas y en compañía de otros estudiantes les exigimos que les dieran todo el apoyo a los heridos. Y se comprometieron en ello y delegaron para eso unas personas muy pilosas e inteligentes, aunque no faltó quien se opusiera. Sentí que había que asumir algún tipo de vocería frente a todo lo que había pasado, sobre todo luego de que nos llegara la notificación de la muerte de las compañeras. Me dio molestia con quienes organizaron el tropel, que después desaparecieron en los días posteriores. Pensaba que cuando se asume un liderazgo hay que hacerlo en situaciones favorables y desfavorables. Yo también fui un motivador de ese tipo de actividades, pero esta en

especial me pareció inconveniente. Entonces decidí asumir lo que se viniera. Desde entonces empecé a tener una relación tensa pero cordial con las directivas, principalmente con el vicerrector Martiniano Jaimes, y el rector Alberto Uribe.

Los hermanos infiltrados

Entonces el domingo primero de mayo, Día Internacional del Trabajo, tres días antes de la detención de 14 estudiantes, trece hombres y una mujer, se convocó como escostumbre una gran marcha. En ese momento los movimientos sociales estábamos divididos. Por eso hubo tres manifestaciones, una por la calle Ferrocarril, otra por Carabobo y otra por Bolívar. Una la lideraba el sector clasista de la CUT, la otra por la Central General de Trabajadores de Colombia, y la tercera por los estudiantes. Todas confluimos en el mismo lugar, el parque de San Antonio, donde curiosamente la alcaldía de Sergio Fajardo había instalado una tarima con artistas. En San Antonio había mucha confusión, temíamos que de pronto la cosa se calentara. Algunos se fueron y otros disfrutaron de un sancocho, y recuerdo que incluso había payasos y malabaristas. Nosotros estábamos en un rincón del parque e hicimos una vaca para comprar algo de tomar y comer. Pero todo estaba cerrado, no solo porque era domingo, sino porque los comerciantes temían disturbios. Lo único abierto era el almacén Éxito, a pocas cuadras de allí.

Recogimos el dinero y me fui con un compañero llamado Camilo. Ya dentro del Éxito, mi amigo se adelantó y subió por las escaleras eléctricas en dirección al restaurante, y en esas me abordaron dos hombres. Uno se hizo en frente mío, y el otro casi que detrás, algo intimidantes. El más grande y fornido me dijo en tono burlón: “Te tenemos ubicado, vas a responder por lo que le hiciste a mi hermano”. Me pregunté si no me habrían confundido, pero nadie más estaba cerca. El desconocido se ríe y casi de inmediato se puso serio, y señaló, acusativo:

-Vos fuiste el que mató a mi hermano.

-¿Yo maté a su hermano? ¿Pero, quién es su hermano?

Comencé a sentirme nervioso. Rodeado, intenté mirar quién era la otra persona, pero en cuanto daba un paso atrás, ellos daban uno adelante. En el Éxito solo estaban las cajeras.

Miré escaleras eléctricas arriba y Camilo me miraba interrogativo, haciéndome con la mano la señal de qué pasaba. Entonces le dije al desconocido que si lo que quería era hablar, que lo hiciéramos, que no había problema. Pero enseguida me detuvo y aseguró que debía prepararme para lo peor. Me hizo otras advertencias que no recuerdo. Finalmente me atreví a darles la espalda y tomé las escaleras. Compramos la gaseosa, comentamos la anécdota, y regresamos a San Javier. Meses después supe que quienes me habían abordado eran conocidos como los hermanos Muñoz David, reinsertados del EPL que trabajaban para la IV Brigada para ser testigos de la Fiscalía.

Tres días después, el 4 y 5 de mayo, se presentó la captura masiva de estudiantes: catorce en total, sindicados de pertenecer al ala terrorista de las Farc y el ELN, en una operación que llamaron, curiosamente, Álgebra II. Pensé que una cosa tenía que ver con la otra, y hasta me sorprendió que yo no hubiera sido uno de los detenidos, quienes fueron llevados a la sede de la Fiscalía y, posteriormente, a la cárcel Bellavista, y la única mujer a El Buen Pastor. La persona que había sido designada para la investigación, que no llegó a nada, fue la fiscal 51 especializada de Medellín, María Fabiola Mejía Muñetón. Cuando a veces hablo con estudiantes de la época y llegamos a este caso, todos me dicen lo mismo: “Creo que era la tinterilla de Uribe”.

Como yo ya venía acompañando a la gente herida, algunos de ellos detenidos en el operativo, decidí continuar adelante. El Consejo Rectoral y académico se reunió en pleno en el Teatro Camilo Torres para discutir cuál iba a ser la posición de la universidad ante los arrestos. Yo exigí ingresar a la universidad y entré junto a otro compañero, Víctor Hugo Tobón, que había sido detenido también, pero a las horas salió libre porque la orden de captura estaba mal diligenciada. Resulta que a él desde siempre entre los amigos le habíamos dicho Machado, y seguro los informantes de la Fiscalía creyeron que ese era su apellido. Pero no. Le decíamos Machado porque vivía en ese barrio. Él también estaba indignado y molesto, así que me acompañó.

Entramos al recinto y nos tomamos la palabra. Les dijimos que mientras los estudiantes no fuesen juzgados tenía que preservarse su presunción de inocencia, y exigimos asumir un acompañamiento de los estudiantes detenidos. Ya sabíamos las condiciones en las que la Fiscalía solía tener a sus presos, en condiciones inhumanas, sin

permitirles siquiera una visita familiar. Sabíamos que los detenidos eran estudiantes de escasos recursos, así que lo primero que hicimos fue un mochilazo. Recuerdo que recorrí las filas del auditorio con una bolsa plástica transparente y al primero que me le acerqué fue al rector Uribe Correa. El hombre me miró confundido, sin saber qué hacer y mirando a sus colegas. Sacó su billetera y extrajo un billete de 50 mil pesos. Pasamos por todos los decanos y luego por los profesores. Nos recogimos tres millones en solidaridad. Con el dinero compramos comida y utensilios de aseo para los detenidos. Los meses posteriores fue de total normalidad, e incluso grupos de estudiantes de varias universidades hicimos manifestaciones a la entrada de la sede de la Sijín. Poco después, la defensa de los muchachos fue ejercida por profesores abogados de la universidad y la Corporación Jurídica Libertad, entidad a la que meses después colaboré como investigador.

A partir de allí los estudiantes conformamos un comité de solidaridad con los detenidos, con el fin de buscar apoyo de sindicatos y otras organizaciones, y seguir recogiendo fondos. Eso hizo que se generaran dos situaciones. Por un lado, que la fiscal Fabiola Mejía Muñeton comenzara a decir que tenían que investigar a Víctor y a mí porque ella no comprendía por qué estábamos haciendo un comité de solidaridad; para ella eso era inentendible. Y lo otro fue que varias personas comenzaron a ser hostigadas por los hermanos Muñoz David, que hasta el momento yo no sabía quiénes eran y por qué mantenían en la universidad. Es como si hubieran aparecido de la nada y hasta tuvieron su minuto de fama cuando le concedieron años después, al periodista Guillermo Arturo Prieto, conocido como Pirry, una entrevista donde se hicieron pasar como víctimas.

A mediados de julio de ese año el Tribunal Superior de Medellín revocó la medida de aseguramiento contra seis de los estudiantes, sobre los que pesaban los delitos de rebelión, terrorismo y hurto agravado y calificado. Los estudiantes que conformábamos el comité de solidaridad nos sentimos felices con la noticia. Para esa liberación, le pedimos a las directivas que tenían que preparar una logística y ayudar a salir a los compañeros, pues temíamos que atentaran contra ellos una vez salieran de la cárcel. Nos facilitaron un microbús. Llegamos a Bellavista al mediodía y hasta las once de la noche los dejaron salir. Pensamos que era una estrategia para atacar el microbús en la noche. Los recibimos y, por fortuna, los logramos llevar a sus casas durante toda la madrugada. El último que recobró la

libertad fue Gabriel Bocanumenth.

Seguí dando declaraciones a medios de comunicación, lideraba asambleas y mi perfil subió. Incluso los comandantes de la fuerza pública me identificaban, y terminé convirtiéndome en el vocero de los estudiantes frente a este caso. La libertad de los estudiantes motivó a que otros se unieran al comité de solidaridad, que ya sabíamos era objeto del asedio de las autoridades. Fue entonces cuando nació un colectivo al que le dimos por nombre Comité de Derechos Humanos Gustavo Marulanda, al que se adhirieron algunos de los que habían cobrado su libertad. Para ese entonces éramos dieciocho personas y dijimos que la primera actividad que íbamos a hacer sería el 11 de octubre, con el fin de que la comunidad universitaria y la opinión pública conocieran nuestros objetivos, y dejáramos de tener ese manto de irregularidad con que la fiscalía de Fabiola Mejía Muñetón quería cubrirnos. Escogimos esa fecha porque en ella se conmemora el asesinato del Jaime Pardo Leal, candidato a la presidencia por el partido de la Unión Patriótica, ocurrido en 1987.

Ese día estábamos muy entusiastas. Planeamos una actividad cultural en la plazoleta en la que también recordamos el genocidio de la Unión Patriótica y pusimos varias fotografías de personas que habían sido asesinadas o desaparecidas. Una semana antes de realizar la actividad, le avisamos al rector de nuestro propósito. Recuerdo que el asesor jurídico de ese momento, Mauricio Aramburo, al escuchar nuestra propuesta, dijo una frase que aún comentamos los que estuvimos ahí ese día: “No podemos darles el apoyo porque, ¿qué tal que a todo el mundo le dé por defender derechos humanos?”.

Un día antes de la actividad habíamos creado un correo electrónico, que era toda una novedad porque ni los celulares se habían hecho masivos. Y el primer correo que nos llegó fue del Departamento Administrativo de Seguridad, DAS, pidiendo nuestra colaboración en la denuncia de los encapuchados. Lo peor fue que durante el evento, que desarrollamos en la Plazoleta Barrientos, una amiga del colectivo fue al baño del Bloque 6, y dos hombres la encerraron y la amenazaron de muerte. Ella se devolvió toda asustada a contarme lo que le había pasado y me manifestó que era mejor no seguir en el comité. Al día siguiente nos llegó una amenaza de muerte de las Autodefensas de la Universidad de Antioquia por el mismo correo. Denunciamos los hechos, pero todo quedó en el papel. Así que el día de la

inauguración de nuestro proyecto éramos dieciocho personas, y a los dos días éramos de nuevo los cuatro peludos de siempre.

Nos siguieron llegando intimidaciones, y los hermanos Muñoz David no nos dejaban en paz. En lo personal implicó que yo cambiara mi ritmo de vida, calculara mis horas de salida y de entrada. No frecuenté salidas nocturnas, y no supe que fue una fiesta hasta muchos meses después. Los fines de semana trabajaba como vendedor de comidas ambulantes. No tomaba el bus a la misma hora ni en el mismo lugar, cambié rutas de salida, y fui muy disciplinado con eso. Es una sensación de continuo acecho y zozobra. Aunque estaba confiado en que mi lugar como personaje público me protegía, pues me aseguraba de no andar con compañías que pudieran incriminarme. Por eso entonces yo solo tomaba tinto en Asoprudea o en Tronquitos, apenas si llevaba algo para comer y ese hábito hizo que bajara de peso. Me puse flaco y ojoso. Entonces conocí a una muchacha de Ciencias Económicas que comenzó a traerme comida, y con ella comencé una relación bonita.

Años del comité Marulanda

Tiempo después yo estaba en el departamento de historia con unas compañeras luego de una clase de seis de la mañana, y sin advertirlo los hermanos Muñoz David me cogieron por detrás, en frente de ellas, buscando inmovilizarme. Uno de ellos me dijo: “Ya cogimos a tus parceros, llegamos por vos”. El otro repitió: “Ya cogimos a tus amigos, seguís vos”. Entonces todo encajó para mí: los hermanos Muñoz David estaban involucrados en la detención de los estudiantes. A la fuerza y ya con rabia disimulada logré zafarme y me les paré en frente. Les dije: “Viejos, viejos, ¿qué es lo que pasa?”. Ellos se rieron y uno dijo: “Vamos a vengar la muerte de mi hermano”. La frase ya hasta me sonaba molesta. Y les preguntaba de nuevo: “¿Quién es su hermano, de quién me hablás? Si quieren nos tomamos un tinto y conversamos a ver qué es lo que pasa”. Eso se repitió varias veces, me decían en los pasillos: “La estás pagando Alejandro, la estás pagando”.

Luego supe que yo era a quien menos me había ido mal con los tipos, porque a uno de los liberados, René, sí lo llegaron a aporrear. También a Rollo lo agredieron. A mi amigo Víctor Tobón lo empujaron por las escalas de la Asociación de Institutores de Antioquia, Adida, y le fracturaron unapierna. Y años después a Pedro Pablo Restrepo, representante

de los pensionados de la universidad, le tocó defenderse de uno de ellos con violencia. Uno de los peores golpes que tuvimos los agredidos, fuera de que las directivas de la universidad no tomaban cartas en el asunto a pesar de las denuncias, fue saber que uno de ellos trabajaba en la biblioteca, y tenía acceso a nuestros datos.

En medio de la desesperación y nuestra lucha por mantener a flote el comité de derechos humanos que habíamos creado, un hombre nos contactó y nos dijo que quería hablar con nosotros. Era alguien que había pertenecido al EPL, era un viejo que andaba de civil. Nos confirmó que los hermanos Muñoz David habían hecho parte de la guerrilla del EPL, y que sí tenían un hermano que años atrás había muerto, no por un asesinato, sino supuestamente por mano propia: se había quitado la vida y era conocido como Jota. El hostigamiento de los hermanos también fue denunciado ante la Fiscalía, pero eso nunca prosperó. Nos dimos entonces cuenta de un proceso que se estaba fraguando en contra nuestra, los integrantes del Comité y el movimiento, por parte de la red de inteligencia militar. Nos dimos cuenta por pura coincidencia. Un abogado que defendía a su cliente ante los militares me aseguró que había visto mi cara en un organigrama. Me dijo: “Parce, su foto está en la IV Brigada con la de este y este”. Analizamos la situación con unos abogados a ver qué hacer contra eso. Nos recomendaron que fuéramos a comparecer a la Brigada, y meter un derecho de petición y conocer qué tenían en contra nuestra. Porque, por ley, si estabas metido en una investigación tenían que notificarte. A la Brigada nos presentamos como treinta estudiantes. Una fiscal nos dijo que de los que nos habíamos presentado, tenían investigación sobre cuatro. Ahí corroboramos que los hermanos Muñoz David aparecían como reinsertados y que hacían parte de la red de inteligencia militar, que estaban patrocinados por el Ejército y que también habían trabajado con los paramilitares. Así que ellos arrastraban unas cadenas largas y pesadas. Eso explica que siempre anduvieran con *walkie-talkie*, y eso azaraba mucho. En la Brigada aseguraron que yo era investigado por presuntamente pertenecer al frente 47 de las Farc, e incluso dijeron que yo había perdido una pierna en combate en el municipio de Sonsón, cuando yo nunca había ido a ese pueblo. Los falsos datos, al parecer, los había suministrado a las autoridades un reinsertado que buscaba beneficios implicando a varios universitarios como integrante de las milicias. El dato de que me faltaba una pierna a causa de un combate fue lo que creo me salvó. Decidimos no tocar a los hermanos. Era más que claro que lo que ellos querían

era que nosotros los agrediéramos para incriminarnos. Esto fue entre el 2005 y el 2006, cuando yo ya colaboraba regularmente con la Corporación Jurídica Libertad y era muy activo en el Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado, recién creado en junio del 2005. Mientras tanto, trataba de sacar adelante mi trabajo de grado sobre la minería enclave en el municipio de Segovia.

Años después, cuando Alonso Salazar era alcalde, me tocó de nuevo ir a la Fiscalía pues me habían abierto otra investigación. Quien llevaba mi caso me dijo que tenía fotos mías hablando con encapuchados. Yo le dije a la fiscal que sí, que era cierto, que me tocaba hablar con ellos porque hacía parte de una organización de derechos humanos y mi labor era interlocutar con ellos y las autoridades para evitar enfrentamientos. Me preguntó quién podía dar fe de eso. Le dije que llamara a tal y tal coronel, con quienes con regularidad hablaba. Añadí: “Hable con el alcalde Alonso Salazar, hable con el secretario de gobierno, con la gobernación”. El hecho de ser visible evitó que me detuvieran. Fue un interrogatorio de varias horas. Me notificaron que estaba en una investigación que precluyó en el 2011. Se me impidió salir del país y tenía que presentarme cada cierto tiempo a la fiscalía. Los delitos que me endilgaban fueron rebelión y concierto para delinquir.

Ya en el 2006 los capuchos llegaron a criticar al Comité Gustavo Marulanda por nuestra interlocución, pues incluso denunciábamos a algunos por robos dentro y fuera de la universidad y por desmanes sin sentido, sin política de fondo. Por supuesto que en la universidad había expresiones abiertas y a la vista de todos, pero también resistían las clandestinas. Dos eventos marcarían ese febrero del 2006, la conmemoración del primer aniversario de la explosión donde murieron dos estudiantes, y la recordada persecución judicial que vivían aún ocho más, detenidos desde mayo del año pasado. Y segundo, la conmemoración de los 40 años de la muerte del comandante Camilo Torres, líder sacerdote del ELN. En mayo de ese año rodaría por los pasillos una nueva amenaza de las AUdeA, con los nombres de 23 integrantes de la comunidad universitaria, entre ellos varios de los estudiantes que habían salido libres meses atrás, además de algunos profesores. Varias organizaciones defensoras de derechos humanos denunciaron el hecho, incluso con Amnistía Internacional, como ya lo veníamos realizando con otros casos ante la inoperancia de la justicia nuestra. Estudiantes, profesores, trabajadores y pensionados

rechazamos esta amenaza y realizamos una marcha hasta La Alpujarra. Ahí también actué de interlocutor con las autoridades para que la manifestación no se desbordara en desmanes. El Día del Estudiante Caído sí me fue imposible intermediar porque es costumbre que la cosa se prenda. En julio, finalmente, los ocho estudiantes que quince meses atrás habían sido detenidos, recobraron su libertad porque la fiscal Fabiola Muñetón no pudo recolectar las pruebas suficientes para vincularlos con las Farc y el ELN. Por eso lo de tinterilla de Uribe. Fue un año duro, entre otras cosas porque fue el periodo de desmovilización de las Autodefensas Unidas de Colombia, que más que una desmovilización fue una reorganización, una fachada.

Por entonces yo ya estaba buscando alejarme de todo ese trajín, estaba por los 30 años, y más cuando vi, como lo observaron otros, que algunos capuchos estaban inhalando drogas. Dijimos, esto se volvió lumpen, esto perdió su nivel político. Por supuesto que expresiones auténticas del movimiento seguían vivas, pero era inevitable no hablar en las asambleas estudiantiles de ese fenómeno al que pedimos regular por parte de algunos líderes, y que sospechábamos era motivado desde El Aeropuerto. Esta situación sin duda se daba porque faltaba organización, incluso una vez dije en la asamblea: “Si todos fuéramos tan organizados y disciplinados como los evangélicos, nada de esto estuviera pasando”.

Entre biblias y fusiles

Yo hice parte de mi bachillerato en el colegio Pedro Nel Gómez, en el barrio Florencia y entré a finales de los años 80. Era un colegio para niños de familias de escasos recursos. Era una época dura y violenta que está muy bien descrita en libros como *No nacimos pa' semilla*, de Alonso Salazar, o *El peladito que no duró nada* de Víctor Gaviria, o en películas como *Rodrigo D no futuro*. Y el municipio de Bello estaba repleto de bandas criminales conformadas por lo que hoy llamamos valijas, hombres al servicio de Pablo Escobar. Estando en décimo entraron sicarios a matar a una pelada, luego fue asesinado el portero y antes había sido asesinado mi profesor de matemáticas. Yo no vi esa materia ni en octavo, ni en noveno, ni endécimo, porque nadie quería ser profesor. Hasta que me echaron del colegio por mal estudiante, el mismo año en el que me volví un ferviente seguidor de la Iglesia Pentecostés Unida de Colombia.

Hernando Mejía, el rector del colegio de esa época, le apostaba al arte, a motivar la creación artística de los jóvenes con el fin de alejarlos de las drogas y las malas compañías. Pero, aun así, las bandas de Florencia captaban a los pelados y se montaban al muro del colegio y molestaban a las niñas, o miraban las contiendas deportivas entre la gritería y las risotadas. Era la lógica de la ciudad. Cuando comenzamos a hacer los bailes de garaje, teníamos que comenzar a las cuatro de la tarde y terminar a las siete de la noche por los toques de queda en toda la ciudad. Y también es sabido que la policía entraba a los barrios y hacía masacres. Ahí en Florencia había una banda, La 74, que trabajaba para Escobar y cada vez que mataban a un policía, los uniformados llegaban en la noche y asesinaba a gente inocente.

Yo era muy tímido, más que ahora, cualidad que había heredado de mi madre, concorte de cabello valija de ese entonces y muy rockero. Algo que me marcó particularmente fue la conmemoración de los 400 años del descubrimiento de América en el 92. En el colegio hicimos murales y escuchamos charlas en donde secuestionó ese genocidio que fue la conquista en nombre de Dios y la reina. Ahí hubouna profesora muy activa, que vestía raro para mí, como una hippy, que después supe era egresada de la Universidad de Antioquia. Fue la primera vez que escuché de la universidad. Por ese tiempo a mí no me importaban nada, era mal estudiante, y poco entendía de la conmemoración, pero ese tipo de cosas me hicieron cuestionar la realidad en que vivíamos.

En la materia de religión nos pusieron de tarea ir a varias iglesias con el fin de acercarnos a sus dogmas. Así que me fui con tres compañeros, y en medio de ese trabajo terminamos enganchados a la Iglesia. Fue tremendo. Al mes había destruido todos mis casetes de rock. Y me dije, ahora que asistía a la iglesia, que me convertiría en un buen estudiante con la ayuda de Dios. Pero Dios no me ayudó y me echaron. Durante los meses siguientes me leí tres biblias: la de Nacar-Colunga, que es la católica; la de Cipriano Valera, que es la de los protestantes; y me leí la versión *Dios habla hoy*. Aún recuerdo cientos de versículos y reflexiones sobre ellos que hacíamos grupalmente. Incluso, para sostener la iglesia, caminé todo Medellín predicando de puerta en puerta y vendiendo sebos mata cucarachas. No volví al colegio porque nos decían que el conocimiento iba en contravía de la fe. Y éramos testigos de tanta maldad que creíamos que la segunda llegada de Cristo estaba cerca. A

mis amigos los iban matando y yo solo trabajaba y vivía para Dios, un dios omnipresente al que le llegué a temer demasiado por muchos años. Me salí de la iglesia dos años después porque no aguanté más y me acosté con una novia que tenía.

Hasta que una vez impedí que robaran una tienda del barrio y me gané unas culebras peligrosísimas que incluso casi matan a mi madre. Por eso me presenté al Distrito 48, y cuando pasé me dijeron que había sido escogido para ser policía. Les dije que no, que lo que quería era ser soldado, para no volver a la casa. Primero metocó de recluta en La Estrella, en Pueblo Viejo. Y otro tiempo me tocó en Belén Aguas Frías y en Belén Altavista. Esperaba hallar un ambiente de orden y rectitud, y en cambio encontré que al ejército llegaban jóvenes tan malos como los que querían matarme. Teníamos un compañero al que le decíamos Pedrini, por Pedro Navaja, le encantaba la salsa. Ese man se trababa todo el tiempo por Ditaires, en Itagüí, y cuando cogían a los chirretes este man los degollaba. Tenía 17 años y le tenía miedo. Se metió al ejército por las mismas razones mías, que lo iban a matar por la casa. Había otro al que le decíamos Leche, no me acuerdo por qué, pero era de los que se embadurnaba la cara de barro dentro de la ciudad. Se creía Rambo y tenía unos imaginarios todos absurdos y sus patrullajes nocturnos eran miedosos.

Una vez me quejé con el comandante porque un cabo me golpeaba por cualquier cosa. Le dije, “si me siguen pegando voy a poner la denuncia”. Y el comandante me sacó de la fila y dijo delante de todos, “No lo toquen a él, no le vayan a hacer nada”. Y puso a voltear al resto del pelotón. Me di cuenta de que lo que había hecho era poner al resto en contra mía. Yo sabía que algo me iba a pasar, porque los demás se me arrimaban y me insultaban. Al final de la tarde a un muchacho de apellido Torres le dio por contar a superiores dónde el pelotón tenía la marihuana. Le cogieron la vareta a todo el mundo. Me acuerdo de que ese día en la noche me acosté muy nervioso y logré dormir. Y en medio de la noche me desperté, levanté la cabeza y vi las sombras de un montón de personas. Pensé que me iban a coger golpes. Cuando iba a huir, rodearon a Torres, que dormía en un catre de arriba. Le pusieron una cobija encima y de las puntas comenzaron a jalarla con el fin de inmovilizarlo, mientras otros lo golpeaban con medias a las que les habían metido jabones. Ese pelado quedó de siquiatra y le dieron de baja. Días después me pusieron un sobrenombre que era Susy, porque mi apellido es Sierra, y me decían Susy o Susana,

entonces me decían: “Soldado Susy, usted es un marica”. Y yo: “Sími cabo, soy un marica”. Ese cabo tenía un fetiche raro, nos castigaba empelotándonos y obligándonos a caminar detrás de él.

Hasta que nos enviaron a apoyar a un batallón en Urabá a finales del 96. Íbamos como agregados. Perteneíamos a la IV Brigada y nos enviaron a apoyar a la XVII, donde estaba Rito Alejo del Río. Llegamos en plena operación Génesis y nos dejaron en el corregimiento de Pavarandó, en Mutatá. Nuestro objetivo era detener a los desplazados para que no llegaran al pueblo. Me acuerdo de que con nosotros iban cuatro paracos.

Meses después, en un consejo comunitario encabezado por Álvaro Uribe en Pavarandó, la comunidad comenzó a quejarse de la presencia de paramilitares. Incluso un líder tuvo el valor de ponerse de pie y señalar a los que iban con nosotros: “Mire que ahí están”. Nos ordenaron que los cogiéramos y los sacamos afuera, y los pusimos en una camioneta y luego se los llevaron en un helicóptero y a los quince días los volvía ver. Al final, Uribe y su cúpula tuvieron una reunión a puerta cerrada con líderes de varios territorios. Yo estaba registrando a la gente en un libro cuando un militar de alto mando se me acercó y me ordenó que no anotara a tal fulano. No lo hice. Y cuando se acabó la reunión, como a los cien metros, compañeros lo cogieron y se lo entregaron a unos hombres de civil. Horas más tarde, mientras comíamos, escuché narrar las atrocidades que le hicieron al hombre. Alguien preguntó: “¿Será que no era guerrillero?”. Lo picaron y lo enterraron. Eso fue entre mayo y abril del 97.

Yo mantenía con dos compañeros, Silvano y Andrés, personas que como yo preferían pasar desapercibidas. Éramos testigos del desarraigo de cientos de personas que habían caminado por kilómetros huyendo de las confrontaciones entre la guerrilla, el ejército y los paramilitares. Supe incluso que muchos de esos territorios que terminaron abandonados fueron adjudicados luego a grandes empresas de palma de aceite. Por esos días la ONU llegó a Mutatá a investigar sobre el líder desaparecido, y encontraron el libro de la reunión comunitaria general, y ahí si estaba el nombre de él. Se armó un tremendo escándalo, y un militar me gritó: “¿Por qué hijueputas lo anotaste?!”. E hice cara de idiota, algo que me quedaba muy fácil de hacer. Lo cierto es que mi temor a Dios aún seguía latente, además de que no dejaba de ser testigo de todo tipo de injusticias y violaciones a

los Derechos Humanos. Me sentía triste, encerrado, prisionero en aquel uniforme. El caso fue que me castigaron muy fuerte.

Recuerdo otra anécdota, el día de mi cumpleaños, en mayo. Me dieron permiso para bajar a una cabina telefónica de Telecom que había en las afueras del corregimiento y hablar con mi madre. Y antes de mi turno, la operadora salió y preguntó: “¿Está el soldado Vanegas?”. Él no estaba. Entonces tomé la llamada. Al otro lado de la línea una muchacha me dijo que la madre de Vanegas había muerto. Salí y le conté a quienes me acompañaban y todos quedamos muy impresionados. Pasábamos por un momento crítico, depresivo. Estábamos muy susceptibles, al punto de no poder tolerar nada porque ahí mismo descargábamos el fusil. Al llegar al batallón le dije lo de la noticia a mi superior, y este, en tono confidencial, me dijo: “No le diga nada a Vanegas, y mañana cuando vayan a Telecom, antes de que él entre a la cabina, le quitas el arma”. A los dos días lo dejaron ir a la casa de lo mal que quedó.

Otra noche pasamos un susto tremendo en medio de confrontaciones. Las noches tienen sus ruidos, crujidos, y la vegetación se comporta diferente que en el día, y salen otros animales que uno no ve. En ese momento había calma, pero un compañero del susto, en una época en la que también la guerrilla se estaba tomando a Las Delicias en el Putumayo y a Cartagena del Chairá en el Caquetá, se metió al monte y comenzó a disparar como Rambo, y eso puso en peligro a todos. Le decíamos Tom Sawyer. Me acuerdo de que el cabo nos gritó: “Que nadie se mueva, esperemos que se le acaben los tiros y lo cogemos”.

El fusil mío era un G3 con un hundido en el ánimo, lo que me obligaba a quitar la vainilla manualmente. Por eso casi no disparaba y me dije que si me tocaba un combate a mí sí que me matarían facilito, y creo que por eso muchos me cogieron desconfianza, porque me tenían como un cobarde. Como a los cinco meses de estar allá, de 74 que éramos, a 70 les dio paludismo. A mí no me dio, porque mantenía en La Ranca castigado. Nos ganamos el aprecio de nuestros compañeros, los mismos que nos insultaban, porque comenzamos a atenderlos en sus delirios de fiebre y malestar de frío. A otros les dio pito y leishmaniasis.

Por esos días, un soldado regular se suicidó luego de robarse una plata de los víveres que nos llegaban en helicóptero. Le decíamos Películo. Antes de enterarnos quien había sido,

nos hicieron desnudar a todos y nos amenazaron de que, de no aparecer la plata, nos iba a ir peor. Alguien encontró los billetes enrollados en un bolsillo escondido en el lado interior de una cargadera de morral que pertenecía a Películo. El man, al verse descubierto, contó delante de todos que lo había hecho porque su pareja, una jovencita menor de edad que estaba embarazada, pasaba hambre en un rancho en Medellín. El capitán Londoño lo hizo tirar al piso y cogió un palo de guayaba y lo golpeó de tal manera que la sangre le cubría la espalda, hasta que no aguantamos ver esa tortura y le montamos el fusil al capitán, que perdonaba los falsos positivos, pero no que se robaran 170 mil pesos. Eso fue como a las cinco de la tarde. A las nueve de la noche estaba yo patrullando en la parte baja del corregimiento cuando escuchamos un disparo. Encendí un radio 730 de comunicación y nos contaron que el soldado Películo había aprovechado el descuido de su centinela, para tomarle el arma y accionar el gatillo con la boca del fusil bajo la barbilla. Agonizante lo montamos en una chiva en dirección al hospital de Mutatá, y a medio camino falleció.

Cuando ya nuestros nervios estaban al borde de reventar y el cuerpo no nos daba para más, nos dieron la noticia de que nuestro servicio militar acabaría en junio. Cuando llegó ese día, un helicóptero hizo tres viajes antes de embarcar el último pelotón de 17 soldados, al que pertenecía yo. Cuando llegó nuestro turno, por radio nos comunicaron que debido al mal tiempo nos recogerían al día siguiente en las horas de la mañana. Estábamos sucios, hambrientos, malhumorados, débiles y mojados de lluvia. Desmontamos el campamento y nos fuimos a esconder al monte. No dormimos. Nos sentamos en el suelo con la espalda apoyada sobre la de otro compañero, con los fusiles listos para disparar, pues sabíamos que la guerrilla estaba cerca y que era muy probable que nos emboscaran. A las seis de la mañana nos dijeron que nos recogerían al mediodía. Al mediodía nos dijeron que a las cinco, y cuando escuchamos el ruido de las aspas, amontonamos unas hojasecas que teníamos guardadas para que no se mojaran con la lluvia. Les prendimos fuego y esperamos. Cuando el helicóptero tocó tierra el primero que salió corriendo fue el comandante y antes de que pudiera subirse, lo detuvo, me imagino, alguien de mayor rango. A los rasos nos dejaron subir primero y cuando despegamos, el alma me regresó al cuerpo.

Ya en el aire vi lo que creo que ha sido hasta hoy la imagen más bella que he visto en mi vida. Por una entrada del helicóptero aprecié la enorme selva del Darién, que tanto había

caminado sin conocerla un centímetro, cubierta por espesas nubes que se desplomaban en lluvias. Y hacia el otro lado vi el ocaso pintando de colores hermosos el mar del golfo de Urabá. Ahí conocí el mar, mientras algunos compañeros lloraban.

Al desembarcar en el aeropuerto de la ciudad de Carepa, de un avión Hércules comenzó a bajar una gran cantidad de soldados rasos. Cuando los tuve cerca, noté su juventud y candidez, ahogados en uniformes más grandes que sus cuerpos, con la cara limpia y bien afeitados, no como nosotros, que apenas arrastrábamos las botas. Alguien nos dijo que ellos serían nuestro remplazo. Meses después, me enteraría que al menos cuarenta de ellos habían muerto en diferentes emboscadas de las Farc, y otros tantos habían sido secuestrados. Año y medio después estaba yo tirando piedras y viendo clases en la Universidad de Antioquia.

Con sabor a jengibre

Entre el 2005 y el 2008 el Comité Gustavo Marulanda fue muy activo. Interveníamos en las manifestaciones en la medida que podíamos, pendientes de los estudiantes que eran capturados y manteniendo líneas de comunicación entre la asamblea, las directivas de la universidad y las autoridades. Yo estaba ad portas del trabajo de grado y comencé a postergarlo por todo este movimiento. Me metí de lleno a Gustavo Marulanda, y eso me ocupó mucho espacio. Digamos que en lo colectivo y político me iba bien, pero yo ya estaba por los 30 años y me preguntaba para dónde iba mi vida. Comencé a buscar un trabajo formal y tuve la oportunidad de participar en investigaciones esporádicas con la Corporación Jurídica Libertad. Bajé mi incidencia en la universidad y comencé a delegar trabajo a otros estudiantes entusiastas con el proyecto. A veces el tema del reconocimiento en la U lo adsorbea uno. El asesor me había aprobado el trabajo y tenía que adelantar algo para graduarme, pero no lo quise hacer. Me costaba mucho dejar ese liderazgo, en la U era alguien, fuera de sus puertas es otra cosa. Tengo amigos que soltaron una oficina estudiantil hace diez años, y aún vienen a intentar ofrecer orientaciones. Eso puede ser.

Mi última clase fue en el 2008 pero hasta el 2011 seguí dando lora por acá, y en algún momento me dije que no quería volverme otro Rollo. Trabajé esporádicamente en ONGs. Con una compañera decidimos montar un café cultural que se llamó Café jengibre, junto al

Parque del Periodista. Este espacio lo tuvimos entre el 2012 hasta el 2018. Por los laditos, cuando había tiempo, participaba en talleres con víctimas e investigadores. Pero en todo ese tiempo yo no me había graduado, solo me faltaban los trámites. Volví a la universidad y le pregunté a Albita, la secretaria del departamento de historia, qué debía hacer para obtener mi título. Me dio unas indicaciones y me gradué en abril del 2019. Me dijeron que debía asistir a la ceremonia en el Camilo Torres, para graduarme con un montón de jóvenes. Era una gran ceremonia y en cuanto escuché mi nombre me acerqué a la tarima a recibir mi diploma, vestido casual, de camisa, de mochila y de gorra, y salí del auditorio. La verdad, sentía rabia conmigo mismo por no haber hecho esto antes, quizá mi camino hubiera sido otro.

Años atrás yo estaba en el Centro Comercial Unión, sentado tranquilamente cerca de una fuente de agua. Me tomaba un tinto y los vi. Se me quedaron mirando feo. Eran los hermanos Muñoz David. Yo estaba tranquilo, no sentí nada verlos. Ellos, que caminaban por el centro de la placita, me notaron porque sigo siendo el mismo mechudo, barbudo, de mochila y de gafas. En cuanto cruzamos miradas cambiaron su semblante, y hasta pensé que cómo era posible que estos siguieran con la bobada. Se me quedaron mirando feo, feo, feo, y por eso uno de ellos se cayó a la fuente de una forma tan dramática y graciosa, que me quedó difícil contener la risa.

Como si los árboles lloraran

Juana Ales es una profesora de consumada vocación. Desde hace 21 años ha consagrado su ser y saber a la práctica pedagógica, empleando gran parte de su tiempo a la escuela. Ha desempeñado su labor como docente de las áreas integradas en la educación primaria, pasando por instituciones educativas como La Pastora, el Jesús María Valle Jaramillo, la Institución Educativa Vallejuelos, entre otras, como el Pedro Luis Villa. En el 2000, obtuvo el título de Licenciada en Educación Primaria en la Universidad de Antioquia. De ahí, que sufriera en carne propia la persecución y fuera testigo de primera mano de algunos de los capítulos más oscuros del Alma Mater. Este es su testimonio.

Cuando entré a la universidad tenía 22 años, era marzo de 1994. Ingresé a la carrera de Licenciatura en Educación Primaria. Por aquel entonces, vivía en el Doce de Octubre, barrio que ha estado dominado por bandas criminales en disputa con otras del municipio de Bello. Por ese tiempo me tocaron esos tiroteos que me remitían a los años de mi adolescencia, cuando vivía en el barrio Manrique Central, donde los pelados eran sicarios pagados por el Cartel de Medellín, es decir, por Pablo Escobar. Era un barrio, como lo es aún, muy popular, con carencias y ruidoso. Allí se dieron muchos desplazamientos a sus gentes por causa de la violencia y la falta de oportunidades. Por el tiempo en que entré a la universidad, laboraba en la panadería Pastelitos, en el barrio El Poblado.

Poco antes de terminar mi primer semestre, tuve a mi hijo el 31 de julio de 1994. Días después me tocó presentar un parcial de psicología, que, de no hacerlo, me hubiera tocado esperar otros seis meses para retomar mi proceso de formación. Así, recién había dado a luz, iba a clases, saliendo lo más pronto posible hacia la casa para amamantar a mi hijo, que cuidaban mi mamá y mi hermano. Como tenía nuevas responsabilidades económicas a veces trabajaba en cafeterías los fines de semana. Tenía tres jornadas intensas al día: atendía a mi hijo, trabajaba y estudiaba. Creo que por esto es que no tengo muchos

recuerdos de esos primeros semestres. Recuerdo los tropeles, y en los pasillos era muy cotidiano hablar sobre los estudiantes desaparecidos y asesinados.

En 1995, me presenté a una convocatoria en el departamento de educación infantil como monitora. Plaza que pude obtener por buen promedio académico y la sostuve hasta graduarme. Como monitora realizaba funciones de mensajería, llevaba papeles de un lugar a otro y colaboraba a los profesores en lo que necesitaran. Esto me permitió ir conociendo a todos los funcionarios y docentes de mi facultad y la universidad, e irme involucrando y conociendo las corrientes políticas que agitaban las asambleas.

Recuerdo que, por allá en el tercer semestre, en uno de los cursos, planearon un viaje al Nevado del Ruiz. Como carecía de recursos, inicié un emprendimiento con una de mis compañeras y vendimos arroz con leche para sufragar los gastos del viaje. Como este emprendimiento nos dio resultado, continuamos con él, e igualmente, vendía tortitas y marrocos. Los marrocos eran ciruelas rellenas de maní con arequipe y cubiertas con chocolate. Es por eso que algunos compañeros de aquella época aún me llaman Marroco. Por aquí comenzó, de forma incipiente, mi postura en favor de las ventas ambulantes de estudiantes como forma de sustento.

Por otro lado, fueron varios los factores que me involucraron en el movimiento estudiantil, especialmente aquellos que se daban en la Facultad de Educación. Desempeñarme como monitora me permitía, a la vez, estar casi que todo el día dentro de la universidad. Por eso me fui involucrando en los problemas estudiantiles. Creo que lo que me impulsó definitivamente a tomar cierta vocería mayor fue un proyecto que presentaron algunas profesoras de la facultad, quienes querían imponernos un modelo que había sido un fracaso, dizque el Seminario Alemán²⁹, basado en una práctica pedagógica a la que, en nuestro contexto, no le veíamos ni pies ni cabeza. En una primera asamblea de facultad, en la discusión sobre este seminario que nos querían imponer, les dijimos a las profesoras proponentes que, si eran tan creativas, por qué nos querían someter a un modelo obsoleto,

²⁹ El seminario alemán es una estrategia de estudio y formación, en donde, básicamente, un grupo expone un tema determinado, su tesis, antítesis, y cada presente juega un rol específico. El docente es el encargado de dirigir y guiar la clase, pero apoyando la labor participativa de sus alumnos, quienes deben investigar por su cuenta los temas propuestos, con la asesoría del docente, y luego exponer lo conseguido de una manera participativa y a la vez constructiva. Entre los roles que se deben adoptar para el seminario están, el moderador, el relator, los correlatores, el secretario y el auditorio.

que no había servido ni en Alemania.

A raíz de este hecho, comenzó a crecer un movimiento llamado el Cefe, que era el Consejo Estudiantil de la Facultad de Educación. Aunque éramos el movimiento y liderábamos las asambleas y diversas actividades, siempre dejamos en claro que el Cefe se encargaría concretamente de problemáticas de la facultad, pero nos fue imposible no integrarnos a las dinámicas de la asamblea general.

Las problemáticas nuestras eran los procesos de acreditación, los cambios de programas, la autonomía universitaria, las matrículas y algunas decisiones administrativas. Recuerdo particularmente dos luchas: protestar por los procesos de privatización de espacios de la universidad, como el Teatro Camilo Torres y la piscina, que la administración quería entregar a privados, con el fin de recolectar recursos y llenar el hueco fiscal que estaba ahogando las finanzas de la universidad. La segunda lucha fue por los árboles de la ciudadela, especialmente los más grandes y hermosos, que de un momento a otro desaparecían, como estaba pasando con los estudiantes y los profesores. La zona verde junto al bloque de artes, y el sector de El Aeropuerto, eran áreas casi que boscosas. La administración tenía sus razones, nosotros, el grupo de protección ambiental, las nuestras. Y preciso, lo que antes eran zonas verdes, hoy son parqueaderos.

Igualmente, noté que mis compañeros de facultad tenían posturas muy claras, muy coherentes en sus discursos y de ellos aprendía. Era gente que estudiaba, con una conciencia social muy cohesionada. También pensaba en mi hijo, pues como iban las cosas terminarían privatizando toda la universidad. Eso me hizo tomar conciencia. La universidad le abre a uno los ojos en lo político. Por eso desde que me gradué en julio del 2000, y soy docente de primaria, procuro motivar a los niños a estudiar, a que sean críticos, reflexivos y proponentes con las problemáticas de sus barrios. Lo hago porque sé que muchos de ellos, tendrán dificultades al ingresar a la universidad.

Del mismo modo, las luchas causaron persecución tanto a los estudiantes, como a algunos de los profesores, por parte de los directivos. Esto era un secreto a voces. Todo empezó con el decano Rafael Flórez, que de palabra era peyorativo frente a los estudiantes, quienes éramos los que más protestábamos y reclamábamos los derechos fundamentales violentados en la universidad.

Lo que sí hizo Flórez, fue facilitarnos los materiales e insumos necesarios para las actividades del Cefe. A raíz de la lucha emprendida por el movimiento, la universidad movilizó de alguna forma que desconocemos, la renuncia de este decano, quien fue sustituido por una nueva postulación con propuestas más afines a las necesidades de la comunidad estudiantil. El profesor elegido fue Queipo Franco Timaná Velásquez, a quien respetábamos mucho, este contaba con una bella experiencia de docente rural en el Cauca.

Como movimiento apoyamos al profesor Queipo por su coherencia y su apoyo casique incondicional con los reclamos estudiantiles. Su posesión como decano se hizo en un auditorio en el piso alto del museo. Para ese día yo había redactado una carta que quería leer en la ceremonia. Le dije a la encargada del protocolo que si por favor la leía, y ella respondió que no estaba permitido. “Muy fácil –le dije-, si usted no la lee, la leo yo”. La carta mostraba el apoyo de una gran parte de los estudiantes, a la vez que le advertíamos que no perdonaríamos ninguna falta. Recuerdo que el profe Queipo estaba feliz, sonriente. Yo creo que ha sido la primera vez en la historia de la universidad que un movimiento estudiantil entra a la posesión de un decano para apoyarlo. Y fue muy buen decano: nos ayudó con la gestión de recursos necesarios para la comunidad estudiantil y su movimiento. No se me olvida que incluso después de que mataron a Gustavo Marulanda, no permitió que pintaran de un solo color las paredes de la facultad, pues la administración quiso borrar nuestras consignas y dibujos.

A la par con mi participación en el movimiento, también me desempeñaba como monitorea y realizaba ventas ambulantes. En ese entonces el difunto Atehortúa, jefe de seguridad de la universidad, comenzó a perseguir también a los estudiantes que vendíamos cosas para sostenernos. Él no permitía esta actividad, pero lo ignorábamos continuando con nuestras ventas. Eso provocó que se diera una carrera de estigmatización y hasta nos prohibieron el ingreso a la universidad. El discurso que se utilizó fue que éramos terroristas.

Me acuerdo de que me acusaron ante altos administrativos, a raíz de una discusión que días antes había tenido con Atehortúa en un pasillo. Me dijo que me saliera de la universidad, que la universidad no era un mercado. Como no me quise ir, me amenazó, me dijo que me iba a arrepentir de eso, y el arrepentirme fue que cuando hubo una protesta de venteros, en

Barranquilla, me acusó de la entrada de unos supuestos terroristas. Ese día no estuve en la protesta, porque como era monitora de Educación Infantil, mientras estuviera en horario laboral no me involucraba en nada. Esa fue la condición que me pusieron cuando me contrataron, y si algo me hacía falta era la plata.

Al momento de las protestas, mi jefe me había enviado al Palacio de Cultura a llevar unos documentos. La queja llegó a la decanatura. El decano Timaná me dijo: “Beatriz, venga que necesitamos preguntarle algo”. La reunión fue también con mi jefe y el vicedecano. El decano indagó si era verdad lo que estaba diciendo Atehortúa. Mi jefe me defendió: “Qué pena, ese día Beatriz estaba a la hora de las protestas en el Palacio”. Después de eso Atehortúa no volvió a molestarme.

Otro acoso que viví fue por parte de María, no me acuerdo del apellido, la jefa de uno de los departamentos de la Facultad de Educación. Según personas muy serias, entre ellas profesores, María decía que yo era una guerrillera, entre otras cosas. Varios compañeros me confirmaron esto también, de ahí que fui a hablar con ella y con mucho respeto le pregunté que si en algún momento yo la había ofendido, o le había hecho algo malo, que me disculpara. Ante lo cual ella expresó que no sucedía nada. Entonces le pregunté por qué decía que yo era guerrillera, y que, desear así, que lo demostrara. Ella dijo que eso eran mentiras. Le aclaré que era una acusación muy delicada, que ponía mi vida en peligro, sobre todo, en un tiempo en el que las Autodefensas de la Universidad de Antioquia comenzaban a identificarse, y los asesinatos y desapariciones no cesaban. Ella negó nuevamente el haber difundido las acusaciones y me pidió disculpas, incluso llamó a un profesor para que me dijera que todo era mentiras. Finalmente, la situación quedó así.

En el año 99, cuando nos llegó una amenaza masiva de las AUdeA, ella me propuso que me fuera para España en caso de sentirme en peligro. Le dije que no, que le agradecía su preocupación, que no me sentía amenazada. Ciertamente es que sí era y éramos objeto de vigilancia y amenazas por estar en el Cefe.

Que lo tildaran a uno de guerrillero en ese tiempo era muy peligroso, y más aún cuando yo estaba a la vista de todo el mundo, por lo que sabían dónde encontrarme. Yo sí participaba en las asambleas y las diferentes actividades culturales y políticas que se hacían en la universidad por diferentes temas que afectaban la vida estudiantil.

Me acuerdo también cuando me enviaron un payaso, o sea, un joven que al parecer era nuevo en la facultad. Este llegó a la oficina donde yo era monitora, con una actitud excesivamente entusiasta. Me preguntó si yo era Juana. Cuando le dije que sí, me interrogó sobre qué debía hacer para integrarse a las discusiones que se daban en la asamblea de educación. Me pareció algo extraño. Le pregunté que quién le había dado mi nombre y le había dicho que me hablara. Obviamente, no sabía que decir, y me dio un nombre desconocido. Le contesté: “amigo, yo no puedo ayudarlo, nadie lo mete a uno en la asamblea, usted debe asistir a los encuentros, pedir la palabra y participar”. El joven se fue, pero lo seguí viendo por varios días mirándome y apareciendo por los lugares que yo frecuentaba. Por eso, una vez entré a una clase en la que vi que él estaba, me le acerqué al profesor, que era amigo mío, y, disimuladamente, hice como si le preguntara sobre él. Después de eso no lo volví a ver.

Los actos de injusticia social siempre me hacían subir la sangre a la cabeza, y más aún cuando nuestras protestas eran legítimas y justas. La represión abusiva de la policía y los entes judiciales eran el pan de cada día. Cualquier cosa era indicio para que te acusaran de guerrillero y te persiguieran. Aunque uno no fuera el que se pusiera una capucha para exigir sus derechos, no era extraño verse uno tirando piedras o recogiendo piedras para dárselas a quienes sí se tapaban la cara para no ser reconocidos.

Después de todos estos años transcurridos veo y pienso que es triste que antes se hayan dado peleas tan bravas y en la actualidad, muchos están desubicados. De igual forma, duele ver cómo han dejado perder tantos derechos adquiridos, como el que la administración nos suministrara los documentos que requeríamos para las asambleas, e insumos para las actividades culturales y políticas.

Otro recuerdo, es cuando nos tocó amanecer en la universidad, antes de que mataran a Gustavo. Íbamos para una marcha de antorchas en la noche, justo en mayo del 99. Esta se planeó días después de que asesinaran dentro de la universidad al profesor Hernán Henao. Me acuerdo incluso de que yo estaba en la cafetería cuando escuché los disparos que lo mataron.

El día de la marcha íbamos a salir a las seis de la tarde por la portería de Barranquilla e íbamos a hacer un recorrido hasta La Alpujarra. No habíamos cruzado la portería cuando comenzaron a lanzarnos gases lacrimógenos y los agentes del Esmad golpearon a muchos

estudiantes. La escena era realmente injusta, tanto así que no logramos salir y nos tocó quedarnos encerrados por ese motivo y para salvaguardar nuestras vidas. Esa noche estuvimos hablando con Marulanda y otros líderes de la situación de la universidad, de las amenazas, de la persecución, de la represión, del miedo. Yo a Gustavo lo conocí por el movimiento, incluso nos hicimos amigos después de una discusión que tuvimos días antes. Participábamos en las reuniones y en las asambleas. Era un ser muy lúcido, sabíamuchito de política, hablaba muy bien. Seducía con la palabra, era coherente, y sé que lo vincularon con alguna guerrilla, pero nunca lo vi metido en eso. Era orgulloso, altivo y de buen humor.

Esa noche el rector Jaime Restrepo Cuartas, llegó a la una de la madrugada a pedirnos que desalojáramos la universidad. Nos insistió que la policía ya no estaba esperándonos en la calle. Y la verdad es que ningún uniformado se veía en esa soledad oscura. Y cuando se fue en su carro, graneaditos, fueron apareciendo policías de nuevo, en las cuatro puertas de la universidad. ¿Si eso no es violencia estatal, entonces qué es? En ese tiempo el alcalde de Medellín era el conservador Juan Gómez Martínez.

Al otro día, a las cinco de la mañana llegó Juan, el de la cafetería de Tronquitos, que quería mucho a los estudiantes. Estaba furioso porque no le habían avisado de la situación, sobre todo, porque todo el mundo se estaba casi que muriendo de hambre a raíz del encierro. Lo primero que hizo fue poner a hacer jarradas de café que repartió a los estudiantes, y regaló toda la parva que le llegó para la venta. Me acuerdo de sus palabras exaltadas: “¡Cómo es posible que los estudiantes estén aguantando hambre, eso no tiene perdón!”. Juan murió el año pasado. Era un buen ser humano y fue muy perseguido en la universidad por apoyar al estudiantado.

Un día antes de que mataran a Gustavo, el viernes 6 de agosto del 99, llegaron dos hombres y le dispararon a don Hugo Jaramillo, el dueño de la cafetería de la Facultad de Derecho. Él se encontraba en una caseta provisional de Postobón, pues la cafetería hacía parte de las zonas que estaban remodelando en el bloque 9. El quiosco se encontraba entre los bloques 9 y 14, en el primer piso. Algunos amigos nos encontrábamos en la cafetería de Pastora, en Barrientos, cuando escuchamos los disparos. Como soy impulsiva salí corriendo en dirección a las detonaciones y escuché gritos, me acerqué al quiosco y la esposa de don Hugo gritaba: “Lo mataron, lo mataron”. “Pero a quién, a quién”, le interpele. En ese

momento todo el mundo estaba paralizado, nadie se movía, como si el tiempo se hubiera detenido. El impulso mío fue abrirme paso entre la gente y vi el cuerpo de don Hugo en el suelo. Me metí al quiosco, me agaché para tocarlo y enseguida introduje mis manos debajo de sus hombros para levantarlo. La gente seguía sin moverse, paralizada, era una escena de película. Yo gritaba, “ayúdenme, ayudenme”. Finalmente, uno de sus trabajadores me ayudó a levantarlo. Luego otras personas comenzaron a ayudar también. Una persona que a mitad del pasillo del bloque nueve apareció, insistiendo, “vengan, vengan que tengo un carro”.

La verdad, no me acuerdo de ninguna cara, solo sé que seguimos al hombre. Daniel, un señor que también había trabajado en Pastelitos, se me acercó y me dio unas indicaciones para meter a don Hugo al vehículo. Y ya adentro, cuando pude recobrar la compostura, me di cuenta de que había quedado con los pies del herido sobre mí. La esposa se había montado en el puesto de adelante y arrancamos. Cuando llegamos a Policlínica lo bajamos y al momentico nos dijeron que ya estaba muerto. Yo estaba en shock, actuando en piloto automático, con la blusa y el bluyín empapados de sangre. Y así, con las manos ensangrentadas, llorando, con miedo, hice el tramo de regreso a la universidad, con los ojos contra el suelo, recreando una y otra vez esa escena de muerte. Días después de lo de don Hugo y lo de Gustavo, un compañero se me acercó y me dijo: “Negra, yo te gritaba que sabía de primeros auxilios y no me escuchabas, todo el tiempo al lado tuyo estuve gritándote”. Pero no me acuerdo de eso.

Yo iba pensando en sacar mi maleta, que la había dejado en la cafetería de Pastora, e irme para la casa a cambiarme. Pero en la portería de peatones, cuando iba a entrar a la Universidad, un vigilante que me distinguía me preguntó: “Negra, qué le pasó”. No le quise contestar. En ese momento salía uno de los trabajadores de mantenimiento, que era amigo mío, y le dijo al portero con rabia: “No le preguntés nada, dejala tranquila”. Me cogió, me abrazó y me llevó hacia la facultad. Me acuerdo de que no tenía plata y arrimé donde Pastora. Todo el mundo me miraba y yo estaba en automático, el cuerpo apenas si me respondía. Le dije, “Pastora, présteme por favor algo de plata para tomar un taxi para mi casa”. Y ella, qué pecado, ella apreciaba mucho a don Hugo, estaba calladita, con la tristeza que le salía del alma, y seguramente también con mucho miedo, porque ella era

propietariade un negocio. Me dio para el taxi. Un amigo me acompañó y volvimos un par de horas más tarde.

Dentro de la universidad los compañeros del movimiento de varias facultades estaban realizando una ceremonia en Barrientos, con velas, algo muy bonito. Saludé a los muchachos y me dirigí a mi oficina de monitora, y al sacar las llaves seme hizo en frente el profesor Oscar, mi psicoanalista. Me agarró de la mano y me dijo mirándome a los ojos: “Venga muchacha, que yo sé que usted está muy mal, vámonos de aquí”. Me llevó a una oficina en el primer piso, cerró la puerta y me dijo con ese tono suyo tan firme: “Llore, llore hasta más no poder, desahóguese”. Y sentí que todo el cuerpo se me vaciaba por los ojos, y lloré, y lloré... y lloré tanto. Yo amo a ese profe por eso. Él es un ser humano maravilloso.

Ese mismo día, alguien se me acercó y me dijo que había sido testigo del asesinato de don Hugo y que quienes le habían disparado eran dos hombres vestidos de negro, que incluso estuvieron allí en el momento en que ayudé a sacar el cuerpo.

Al día siguiente, el sábado, nos encontramos en la universidad para irnos juntos al entierro de don Hugo que era en Copacabana. Cuando llegamos al velorio, junto a la puerta de la sala, un compañero que luego desaparecieron los paramilitares se me acercó y me preguntó preocupado: “Negra, ¿quiénes hay acá?”. Y le di varios nombres. “Dígales que vengan ya mismo”. Y yo, que ya tenía los nervios a flor de piel, pregunté: “¿Qué pasó?”. Dígales que vengan. Le insistí ya con rabia. Le escuché: “Es que mataron a Tavo”. Pensé que iba a morirme.

Nos fuimos para el anfiteatro y allá otros compañeros del movimiento nos contaron lo sucedido sobre la muerte de Gustavo. Su muerte estaba rodeada de hechos previos que señalaban al mismo lugar. Entre otras cosas, porque antes de que Gustavo saliera de la Universidad, las porterías fueron cerradas antes de la hora oficial, lo que obligó a Gustavo a salir por ferrocarril. Nos contaron que cuando veníasaliendo se vino una moto de los lados del Parque Norte y desde ella le dispararon. Y cuando los amigos que lo acompañaban quisieron socorrerlo, los sicarios les dispararon a ellos también.

Lo velamos en la sala de Villa Nueva. Para su entierro, íbamos detrás del féretro, al igual que casi toda la policía de Medellín, soldados, agentes del Esmad y otros cuerpos de las

fuerzas armadas de la ciudad. Literalmente, estábamos rodeados como si fuéramos una banda criminal que iba a ser emboscada. Casi no me acuerdode esa velación, sé que hablaba con uno, y con el otro, y con el otro; hubo intervenciones de amigos, gente llorando, y todos estábamos tristes y cansados. Laviolencia nos tenía acorralados.

Cuando sacamos a Gustavo para el cementerio Jardines de Monte Sacro, íbamos detrás en buses, no sé cuántos, pero eran muchos. Y adelante, por los lados y por atrás, la “justicia” nos seguía. Llegamos al cementerio y notamos que estaba militarizado. La ceremonia fue rápida y muy emotiva. La novia de Tavo dijo unas palabras llorando. Al final, y como no sabíamos si nos iban a desaparecer en el camino, de regreso, dentro del bus nos cambiamos de ropa, y, cuando teníamos oportunidad, nos arrojábamos sin que este se detuviera. Podíamos ver cómo nos seguían motociclistas de civil.

La universidad la cerraron una semana. Y cuando volví, la vi tan triste, como en esas películas donde muestran lugares muy bellos y solitarios, sin dejar de ser melancólicos. Todo estaba gris, triste, como si los árboles lloraran.